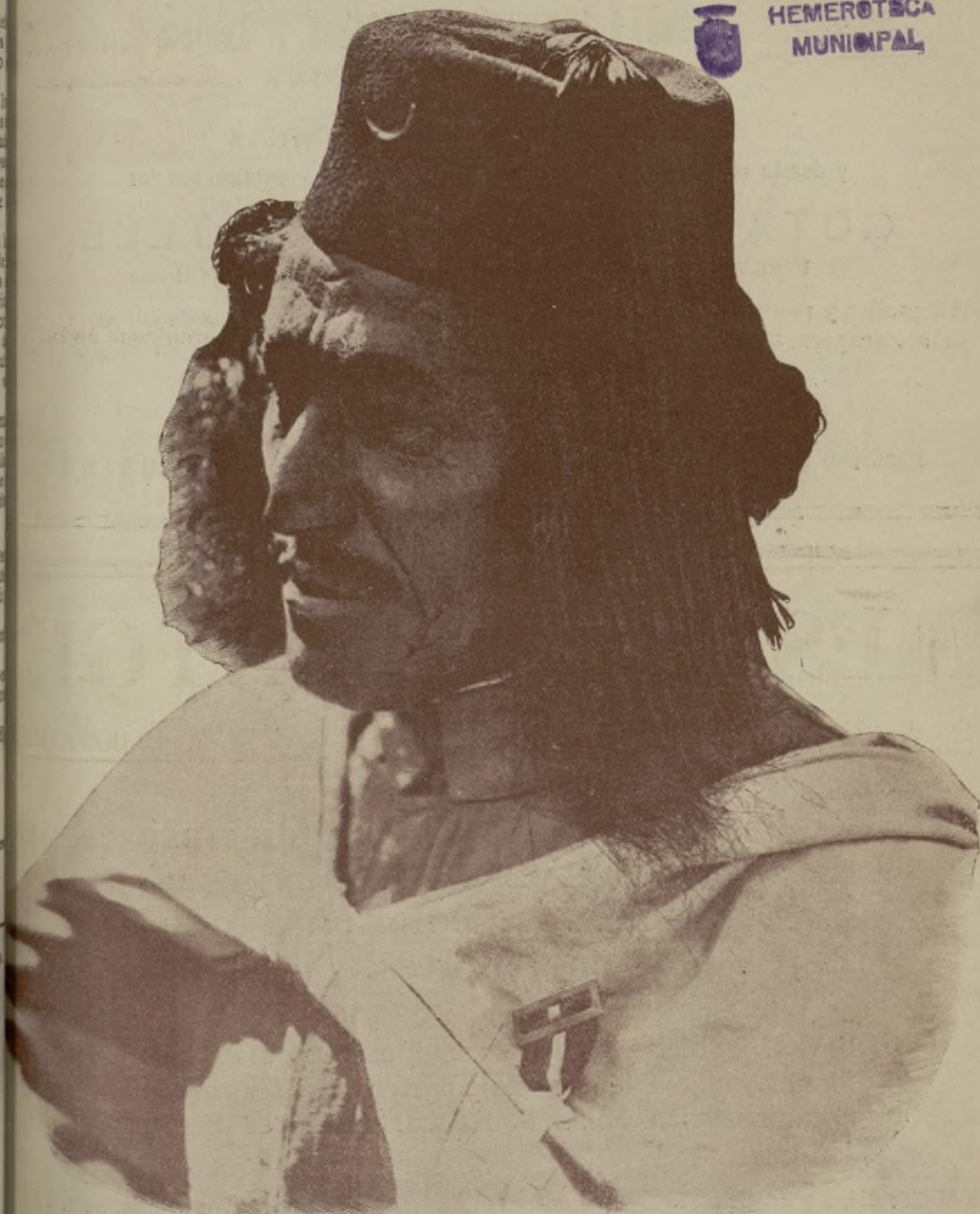


# ARMAS Y LETRAS



HEMEROTECA  
MUNICIPAL



AÑO II

NÚM. 21

DIRECTOR-PROPIETARIO

SEPTIEMBRE, 1921

CENTE VALERO DE BERNABÉ

Ayuntamiento de Madrid

Número suelto 1,30 pesetas.





**Gran almacén de perfumería LA FLORIDA**

**De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor**

**Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 28**

**BARCELONA**

**ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS**

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

**GOTAS HELENIANAS BATLLE**

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRÁ, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

**MESTRE & BLATGE**

**S. A. ESPAÑOLA**

**CAPITAL: 10.000.00**

**La casa mejor surtida en toda clase  
de Accesorios para automóviles ci-  
clos, aviación. Artículos para todos  
los deportes.**

**Faros, faroles y proyectores Besnard, magnetos  
Simms, bujías Oléo, bañdaje para frenos Thermoid,  
rozamientos a bolas F. S., carburadores Zenit.**

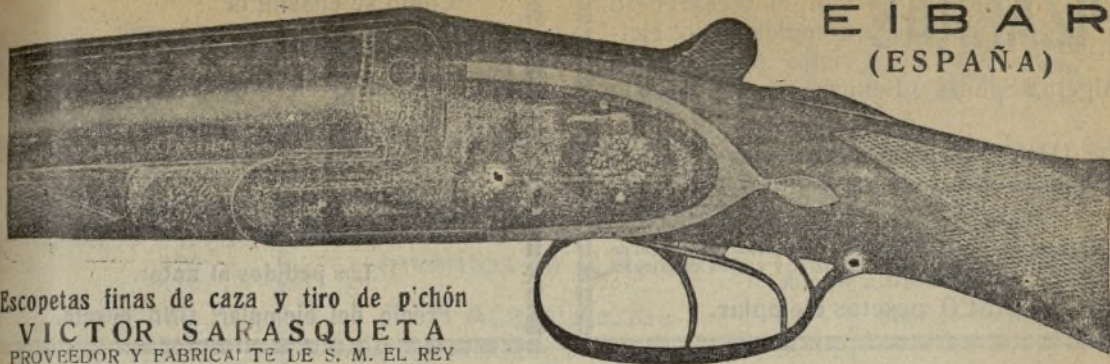
**MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15**

**Teléfono S. J. 022**

**BARCELONA: Balmes, núm. 5**

**Teléfono A 437**





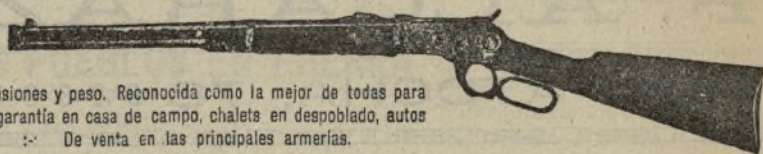
**E I B A R**  
(ESPAÑA)

Escopetas finas de caza y tiro de pichón

**VICTOR SARASQUETA**

PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY  
D. ALFONSO XIII y de S. la Infanta D.ª ISABEL

Carabina de doce tiros "TIGRE"



Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.

Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑÍA :: EIBAR ::

## GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.—TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

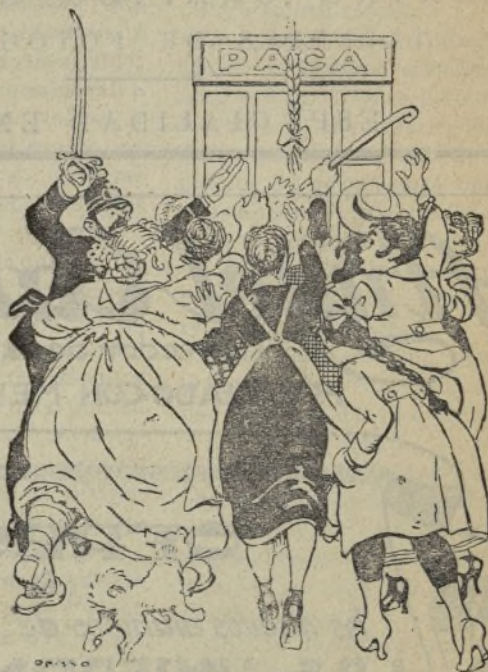
Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en **ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

## SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.—TOLEDO

### NOTA DE PRECIOS

Pts.	Pts.
Capote paño 1.ª..... 150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calzón..... 150
Capota paño o estambre.. 210	Idem id. de dril, con id... 70
Peliza de 1.ª, rizo de id. 120	Volver pelliza con todos los avios y dorados.... 70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada..... 225	Idem guerrera con id. id. e idem..... 50
Guerrera de paño o estambre..... 120	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache... 17
Pantalón Rey con franja seda..... 60	



Cuanto más polvos me ponga más querida voy a ser. Estos polvos PECA-CURA acrecientan el querer.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

### ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa, Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal, Chipre, Rocio, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel, Muguet, Violeta, Jasmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas. Frasco con estuche.

**CORTÉS HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)**

Ayuntamiento de Madrid



**PIZARRAS** con el desarrollo completo de los ejercicios prácticos del Algebra Salinas y Benítez, por el Capitán E. G. A.

DE UTILIDAD para afianzar, con la práctica inmediata, las teorías estudiadas en el texto.

**PEDIDOS**

a su autor, Capitán D. Eugenio Egea, Profesor del Colegio de Huérfanos de la Guerra, Guadalajara, y en las principales librerías, al precio de

CINCO pesetas ejemplar.

Cómo se enseña la  
**ESGRIMA DEL FUSIL  
CON BAYONETA**

Autor: Capitán D. LUIS PUMAROLA  
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio del ejemplar: UNA peseta.

**F. ALCARAZ**

SOMBREROS, GORRAS  
PARA TODA CLASE DE  
— UNIFORMES —

ATOCHA, 78

Precios económicos

CENTRO GRAFICO ARTISTICO  
TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE CARAY, 32  
TELÉFONO 22-09

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR

*Angel Carlos*  
Proveedor de la Real Casa  
PREMIADO CON MEDALLA DE ORO

**OFRECE**

*los nuevos alumnos de Infantería*  
**LOS UNIFORMES MAS  
ELEGANTES**  
Y DE  
**MEJOR CALIDAD**



Sastre de la Academia de Infantería

Zocodover, 33 al 37 • Teléf. 325

**TOLEDO**



# ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

## Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas.  
Semestre... 7,50 »  
Año... 15,00 »

## EXTRANJERO

Semestre... 12,00 ptas.

Año II Núm. 21  
SEPTIEMBRE 1921

Ciencias & Artes  
Inventos & Literatura  
Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO:  
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

## OFICINAS:

Calle Mayor, núm. 86  
MADRID  
Apartado correos núm. 886

## Administrador:

José Valero de Bernabé

## LA LEYENDA DE LOS PUEBLOS EN GUERRA

### LA LEYENDA DEL KIRGHIZ

No es esta la venturosa historia de Zadig, que refieren los viejos libros.

No es esta la canción de Zobeida, que cantan las madres para arrullar a sus pequeñuelos.

No es ninguna de las leyendas de oro o de rosa, ni las del sultán de Kandahar, ni la de las montañas azules.

No es tampoco el alegre cántico guerrero de la tribu de los Benivader, ni el relato de las desdichas de Nabussan, ni la balada de los reyes de Sevendib.

No es el cuento de Lobna, la criatura blanca como la leche que nació en un río de sangre.

No es el poema de la reina Asarté, apasionada del último de sus vasallos, ni la peregrina historia de Moabdar, ni la de Satoc el aventurero.

Esta es la leyenda del Kirghiz. Vivía feliz en el Turkestan el más misero de los esclavos, Itobad, hijo de Arbojad y de la gentil Zarina.

Conocía el placer, que es un regalo, y la pena, que es la sombra de la satisfacción. Sabía que el fastidio es una enfermedad, y que el trabajo la cura; que el amor es un bien enlazado con la desdicha; que el templo del favor es grande, pero con puertas demasado estrechas y bajas; que el dolor es pasajero, como lo son todos los goces; que la resignación es un

filtro para adormecer los pesares; que el cuerpo no es libre, pero que siempre lo es el pensamiento; que la conformidad es un bálsamo, y la codicia un monstruo insaciable; que los tesoros del corazón valen más que las preciosas piedras, y que quien puede vivir con menos vive siempre mejor, sin necesitar de los otros ni desprenderse de la virtud.

Por estas cosas, más que por los secretos que conocía, le llamaban sabio. Su dueño era cruel, y algo todavía peor, pues era repugnante. A medida que los tratamientos de Kissel brillaban más por su crueldad, enaitecíanse con la resignación las virtudes del esclavo.

Los hombres libres de la tribu se reunieron para libertar a Itobad. Y le dijeron a Kissel:

—Danos a tu siervo: si quieres oro por él, tendrás oro, y si no quieres oro, tendrás que tomar hierro.

Y contestó Kissel:

—Sea libre por mi voluntad.

Pero Itobad no quebrantó su cadena porque no quiso ligar el bien que se le daba con el agradecimiento a quien no le merecía.

Y dijo:

—Muera yo en triste esclavitud, mas no se manche mi corazón, porque agradecer a Kissel es una mancha. El no ha deseado libertarme: le obliga el temor, y a mí tendría que obligarme la gratitud

o consumirme el remordimiento. Siga cada cual su senda.

Entonces, los hombres libres de la tribu mataron a Kissel, y dijeron a Itobad:

—Ya eres de los nuestros.

Pero Itobad repuso:

No aplaudo vuestro proceder ni admito la libertad empapada en sangre. Era el fiel esclavo de Kissel, lo soy, continuaré siéndolo. Tengo mi lugar al lado de su sepulcro. No me apartaré del amo que murió sin quebrantar mi cadena y que murió por mí. ¡Ilos.

Los hombres libres no supieron dar una respuesta a Itobad. Y se retiraron silenciosos.

Y el esclavo y el amo siguieron todavía juntos, separados tan solo por la piedra de la sepultura.

En esto apareció la guerra, porque apareció el enemigo. Los batalladores kirghiz marcharon al combate, y les fué contraria la suerte. Perdieron su valeroso caudillo, y su vieja bandera, y su atambor sonoro.

Cejó la derrotada hueste, y se reunió junto a la tumba de Kissel, y los jóvenes y los ancianos dijeron a Itobad:

—Sé nuestro caudillo. Condúcenos a la pelea.

Y les respondió Itobad:

—Sí haré; porque está en peligro la patria, y nuestros hogares, y la tumba de mi señor; porque al resonar sobre nuestra tierra los malditos pasos del extranjero, está escrito que el criado abandone al amo, y el hijo a la madre, y el esposo a la esposa, y el amante a su



adorada, y los fieles al sacerdote, y los sacerdotes al altar. Y como está escrito, ha de ser, y yo, Itobad, os conduciré a la pelea.

Y los condujo. Y rechazaron al enemigo.

Pero el enemigo volvió a la carga con triplicados refuerzos, y tras del primer escuadrón llegó otro, y otro en seguida y todavía otro después. Cinco, diez, quince, veinte hombres para cada kirghiz, veinte sables contra uno, cuarenta brazos contra dos. Y los kirghiz retrocedían matando, mas parecía que de cada uno de los muertos retaban tres feroces vivos, y era peor matar que retroceder. Así llegaron hasta la tumba de Kissel, y sobre ella se arrojó Itobad, herido en el pecho por una bala. Y dijo a los suyos:

—No hay cielo para los cobardes; no hay patria para los que viven mirando en ella al enemigo. ¿Qué, aguardáis de nuevo para caer sobre los apiñados escuadrones? ¿Hay cabezas que hendir? ¿Hay cuerpos que atravesar?

—Sí hay, le contestaron todos.

—¡Pues a ellos!

Y tornaron los kirghiz a la desigual batalla, y volvieron a retroceder. Pero Itobad les preguntó:

—¿Teneis pólvora? ¿Disparan bien vuestros fusiles?

—Tenemos pólvora y nuestros fusiles disparan bien, respondieron los que quedaban.

—¿Pues a que venis?

Y volvieron a cargarlos kirghiz, y otra vez se retiraron. Pero Itobad les preguntó:

—¿Os quedan fuerzas? ¿Cortan bien vuestros sables?

—Tenemos fuerzas, y nuestros sables aún no han perdido el filo.

—¡Pues cortad!

Y en otra desesperada carga perdieron los kirghiz la mayor parte de su gente. Cuando Itobad los vio volver gritóles desde lejos:

—¿Retroceden vuestros caballos?

Y los kirghiz dieron con rapidez media vuelta cayendo sobre la enorme masa de sus enemigos.

Quedaron ocho, y volvieron junto a Itobad, y éste les preguntó.

—¿Estáis vivos?

—Sí, le respondieron los héroes.

¿Pues a qué venis?

Y retrocedieron los ocho, tornando a la pelea, y ninguno pudo volver.

Entonces se aproximaron los enemigos a la tumba de Kissel, y cuando Itobad los vio llegar, les preguntó:

—¿Ya no quedan kirghiz?

—Ni uno, le respondieron; puedes entregarte.

—¿Se han batido muy bien?

—Todos cumplieron como buenos. Rinde las armas.

¿Han peleado sin vacilar hasta el último instante?

—Sí. Te perdonaremos la vida.

—¿Habeis tenido muchas pérdidas.

—Muchas. Pero no dispaes tu fusil, porque te mataremos,

—¿Hubo algún kirghiz que se mostrara cobarde?

—No. ¿Qué vas a hacer?

—Voy, dijo Itobad disparando su fusil sobre el enemigo, voy a enseñaros como se muere por la patria.

Cayó muerto el valiente jefe de los vencedores, y cayó Itobad acibillado a balazos sobre la tumba de Kissel.

Esta es la historia del esclavo Itobad.

Esta es la leyenda del Kirghiz.

ADOLFO LLANOS.

=====

Para estudiar el planeta Marte

## Un pozo convertido en telescopio

Dos hombres de ciencia, norteamericanos que han dedicado su vida y sus millones a las investigaciones astronómicas, planean la fabricación de un originalísimo telescopio gigantesco, que permitirá estudiar las particularidades del planeta Marte a una distancia de dos kilómetros y medio.

He aquí como explica uno de ellos su proyecto:

«El planeta podrá verse tan claramente como un observador colocado en la cima de la columna de Nelson vería con buen tiempo

la cúpula de la catedral de San Pablo, de Londres.

Desde hace años me dedico, en compañía del profesor Todd, a practicar trabajos en ese sentido. Y hemos resuelto aprovechar la ventaja que nos ofrecerán las circunstancias excepcionales en que Marte se encontrará durante el año 1924, que es en el que estará más cerca de la tierra de lo que ha estado desde hace más de una centuria. Para lograr nuestro propósito, fabricaremos un telescopio superior en magnitud a cuantos se han construido hasta el día:

El profesor Todd ha encontrado el pozo de una mina en Chanaral (Chile) desde donde Marte se ha visto varias veces en el cenit durante el año 1924. Utilizaremos el pozo a manera de tubo de nuestro telescopio, que será recubierto en un diámetro de 15 metros.

El espejo reflector constituye la mayor dificultad en un gran telescopio, y eso lo sustituimos por un sistema de mi invención: una cubeta de 15 metros de diámetro, conteniendo mercurio. Un movimiento rotativo de esta cubeta producirá en la superficie del mercurio la concavidad necesaria para convertirlo en magnífico espejo.

Merced a la gran fuerza luminosa del telescopio, podremos tomar instantáneas, en vez de emplear el tiempo en exposiciones. Con este telescopio y fotografías microscópicas, lograremos obtener una amplificación de 25 millones de veces. De forma que la superficie de Marte, que está a 560 millones de kilómetros de la tierra, podrá traerse a una distancia de dos kilómetros y medio del observador.

Entonces nos será dable saber, no solamente si existe allí vida humana, sino también determinar las condiciones de esa vida, y obtener una idea de su civilización.

Mr. Mac Afee cree que Marte se halla habitado por seres inteligentes, y confía en demostrarlo en 1924.

Durante ese año permanecerá



haciendo observaciones en Chararal. En 1922 comenzará a llevar a cabo los preparativos. En la próxima primavera saldrá Mac Afee, con su compañero y algunos otros expedicionarios, en el yate de 700 toneladas «Zarife», para Chile.

## El capitán Don Taciano Tocinete y Lomillera

(CONTINUACIÓN)

### CAPITULO PRIMERO

Bosquejo, a brocha gorda, del héroe de esta novela

D. Taciano Tocinete y Lomillera nació al atardecer del día 13 de Agosto del año 1895. Por cierto, que fué uno de esos días en que el sol apabulla, en que cada ser humano suda como un botijo que se rezuma, y es inútil apelar a los medios extremos de leer «El desierto de hielo» o abanicarse con la carta que un amigo nos ha escrito desde Rusia, para sacudir el calor.

La madrina de este capitán en pañales, llamábase Ana. Este nombre, debidamente masculinizado, pretendió que fuese el de pila del nene, pero por considerarlo gráfico y hasta indecoroso lo rechazó enérgicamente el padre de la criatura. Doña Ana, propuso entonces que se le pusiese el nombre de Casiano, pero como esto era lo mismo que sin casi, tampoco fué aceptada la proposición. Tras grandes vacilaciones y tropiezos se llegó al acuerdo de poner al rorro el apelativo de Taciano, complaciendo en parte a la madrina sin detrimento del buen del recién nacido.

Don Taciano mostró desde la infancia gran inclinación a la

música, tanto es así, que a los ocho años tocaba la flauta con tanta perfección como puede tocar el violón un ministro de España.

Al corresponderle ser soldado ingresó en la música del Regimiento de Luchana y, entusiasmándose por la profesión militar, logró llegar a ser músico mayor, pasando a prestar sus servicios a un batallón de cazadores, donde obtuvo la asimilación a capitán.

El tiempo, lejos de aminorar sus entusiasmos, los elevó a la veínteava potencia. Estudió con placer táctica, balística, logística, etc., y en breve fué tan competente en arte y ciencia militar como cualquier capitán del batallón.

Sentíase feliz, casi por completo. Y decimos casi, porque le llenaba de dolor el que la banda y música fuese una fracción no combatiente más que en casos muy extremos. De esto se resentía su ardor bélico, y obsesionado por esta nube que manchaba el cielo de su felicidad, dedicóse a realizar estudios pacientísimos y ensayos sin número para resolver el problema de construir instrumentos musicales capaces de transformarse en armas ofensivas cuando fuese preciso.

Sólo le faltaba para dar por terminado su trabajo el difícilísimo punto de hacer del bombo arma mortífera. Pensó en cargarlo con gases asfixiantes y dotarlo de una pequeña espita para darles salida en un momento oportuno, pero esta solución no acababa de satisfacerle.

Tenía preparada una memoria que titulaba:

«Las bandas y músicas del ejército, como elementos combatientes de primera línea». «Instrumentos musicales ofensivos y defensivos».

Y a continuación procedía, des-

pués de un discurso preliminar, a detallar la forma de los instrumentos, terminando en esta forma:

«Apenas terminase la música de tocar los preliminares del ataque a la bayoneta, cada músico procedería a la transformación de su instrumento y se lanzaría al ataque, sin perjuicio de tocar un pasodoble tan pronto como estuviese terminada la operación».

No era este el único invento del capitán Tocinete, pues tenía un espíritu creador de primera fuerza, que le había conducido a la realización de otros varios.

Daremos cuenta de los principales:

1.º Una especie de bozal que colocado en la boca de cualquier orador le impedía decir cosas que estuviesen en contraposición de sus sentimientos.

2.º Una máquina de honradez, que puesta en el mostrador de cualquier tienda insultaba al tendero a voz en grito en cuanto aumentaba a más de un 200 por 100 el coste de la mercancía que vendía.

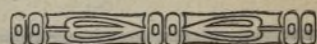
3.º Un termómetro que puesto a cualquier enfermo tocaba oración si el médico era responsable del asesinato de más de cien desgraciados.

Era soltero, y vivía en república con cuatro oficiales del batallón, siendo por su carácter el lugar geométrico de las bromas y camelos propios de la juventud.

Carácter bondadosísimo y cariñoso, admitía las bromas con agrado y jamás se resentía aunque éstas revistiesen en ocasiones la pesadez del plomo.

SINESIO DARNELL

(Continuará)





Un certamen para formar el alma nacional

## EL LIBRO DE LA PATRIA

El noble deseo de formar el alma nacional de la España del mañana ha inspirado al ministro de Instrucción Pública una hermosa y simpática iniciativa, que ha llevado ayer a la práctica convertida en decreto, que sometió a la firma de Su Majestad el Rey.

«El problema de rehacer nuestra alma—dice el señor Silió en el preámbulo de su disposición—es, ante todo y sobre todo, un problema de educación, de educación que actúe sobre cada uno y le habilite para la vida individual, pero que, al propio tiempo, le funda en el grupo español y le inspire, con el propósito del esfuerzo, la confianza en su eficacia; que le haga amar la tierra en que nació y vive y le impulse a servirla, convencido de que su afán no será estéril, de que a su afán se juntan otros afanes, y obra de todos será el éxito; que

forje el espíritu nacional ni aventurero ni medroso, ni jactancioso ni encogido, consciente de la fuerza y el valer de la voluntad, aleccionado en la desgracia, seguro de sí mismo, capaz de contemplar serenamente el porvenir, que está abierto para cuantos trabajan, luchan y creen.

Estos conceptos hay que arraigarlos en el entendimiento y en el corazón del niño.

Ningún medio tan eficaz a tal propósito que la lectura de breves, substanciosas, sentidas páginas en que culminen los hechos gloriosos de nuestros mayores, el inventario de nuestras aportaciones al progreso mundial y las realidades más salientes de nuestra vida actual.

Tal libro deberá hablar más al corazón del niño que al cerebro del niño; habrá de conmover más sus íntimos sentimientos que su inteligencia, porque su finalidad principal es hacer vibrar aquéllos y no ésta, ya que el amor a la patria, como el de los padres, es sentimiento instintivo que no requiere las reflexiones de la razón, y el individuo ama a su Patria, como su familia, no por ser la mejor sino por ser la suya.

En otros países, eximicos escritores han realizado esta pedagógica labor. Libros como los de Amich y Mantegazza, en Italia, y Brun en Francia, son al par dechado de belleza literaria y eficaces inculcadores de patriotismo.

Se deja sentir en nuestro pueblo donde hay materia aprovechable pero desperdigada y a retazos, la necesidad de algo análogo.

Para lograrlo, ningún medio parece más abonado que el de un amplio certamen, al que pueden concurrir, y concurrirán de seguro,

RESERVADO  
PARA LA CASA

H. Y V. ALVAREZ

IMPORTADORES  
DE ACEROS  
RECOLETOS, 6  
M A D R I D



o, los más preclaros escritores de España.

Y el Real decreto, en su articulo, fiel a esas ideas, dispone los siguientes:

«Artículo 1.º Se abre un concurso para elegir un libro dedicado a dar a conocer a los niños lo que es y representa España y a hacerla amar.

El trabajo que resulte premiado en primer término, se declarará de texto y lectura obligatoria en todas las escuelas nacionales.

Art. 2.º Se crean dos premios: uno de 50.000 y otro de 25.000 pesetas para premiar los mejores trabajos que se presenten al concurso abierto entre escritores españoles, con las condiciones siguientes:

Primera. El plazo para la presentación de trabajos será de ocho meses, a partir de la publicación en la *Gaceta* del presente decreto. Los indicados trabajos se presentarán en el Registro general del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, debiendo formar,

después de impresos, un tomo en 8.º mayor del cuerpo 10 y de un máximo de 401 páginas.

Segunda. El autor de la obra a quien adjudique el Jurado calificador el primer premio, recibirá la suma de 50.000 pesetas.

El libro quedará de propiedad del Estado, y le editará el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, intercalando en él los grabados que su texto permita o aconseje. Se pondrá a la venta a precio de coste.

Tercera. Se adjudicará otro premio de 25.000 pesetas, al trabajo que considere el Jurado sigue en méritos al primero, quedando la obra de propiedad del autor.

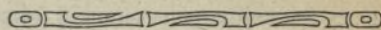
Cuarta. La presentación de los trabajos se hará en sobre cerrado y lacrado, el cual se señalará con un lema, y aparte, también en sobre cerrado, el lema y las señas y firma de puño y letra del autor.

Quinta. El Jurado calificador de este concurso se compondrá de siete miembros, que elegirán su presidente.

Serán miembros del Jurado un académico de cada una de las Reales siguientes: Española de la Lengua, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas; un consejero del de Instrucción Pública, un catedrático de la Universidad Central, un profesor de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio; un periodista, en representación de la Asociación de la Prensa. Todos ellos serán nombrados por el expresado Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, a propuesta de las respectivas Corporaciones.

Sexta. Este Jurado emitirá su fallo en el plazo de tres meses, a contar de la finalización del concurso.

Artículo adicional. El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes consignará en sus Presupuestos las cantidades necesarias para el cumplimiento de este decreto.



## LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (AVILES) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3.ª Sección de la Escuela Central de Tiro

**VENTA** de muebles y cuadros antiguos y modernos, bronce, porcelanas y objetos.

**COMPRA** a altos precios todo lo que se venda.

**= VICENTE BAYÓN =**

(Que fué de la casa Vegaillas.)

**NO CONFUNDIRSE**

Peligros, 7. — Entrada por Jardines, 40. — Tel.º 4.676-M.

# PARISIANA MONCLOA

Restaurante de primer orden.

Servicio de automóviles.

UNA PESETA ASIENTO

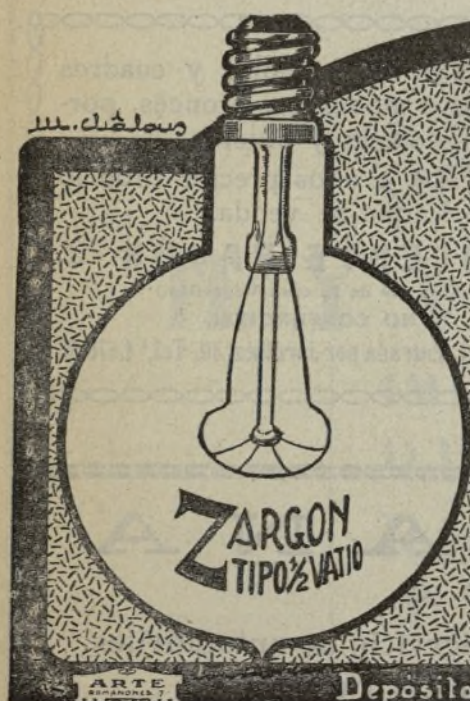
TELÉFONO 290 J.





Todo aquel que  
dedique su vi-  
da à trabajos  
delicados debe  
usar lámpara

**Z ARGON**  
TIPO  $\frac{1}{2}$  VATIO  
por su luz blan-  
ca y suave



Fábrica en  
**BARCELONA**  
Cortes 397

Deposito en Madrid: Encarnación 12

LOS TIROLESES

Ayuntamiento de Madrid



# ARMAS Y LETRAS

INFORMACIONES DE ACTUALIDAD

## ESPAÑA EN MARRUECOS

### Antecedentes

Es en el año 459 cuando por vez primera pasan los españoles al otro lado del Estrecho; y son millares los que siguen al Monarca Genserico iniciando así el avance de España sobre Marruecos, poniendo el sillar de nuestra expansión africana y señalando el rumbo de gobernantes y de gobernados.

La irrupción de los árabes impide la prosecución de los iniciados ideales; pero cuando en Las Navas de Tolosa declina la pujanza morisca asoma nuevo anhelo al alma de la raza; y es el grito de Africa, el clamor de los cristianos luego de haber rendido la ciudad de los floridos cármes, la paradisiaca medina de los árabes decadentes.

Pensando en Africa, muere Isabel la Católica; obedeciendo a su Reina, Africa es para Cisneros el amor de sus amores; por engrandecer su Imperio, Carlos V entra en Túnez desposado con la gloria; bajo el sol de las victorias, Tetuán abre sus puertas a los soldados de O'Donnell; y en lid sangrienta, la espada vencedora de Berenguer rasga el misterio de la santa Xexauen.

Africa es el ensueño de la raza, siempre latente a

*Pensando en Africa muere Isabel «la Católica». Obedeciendo a su Reina, Africa es para Cisneros el amor de sus amores. Por engrandecer su imperio, entra Carlos V en Túnez. Tetuán abre sus puertas a los soldados de O'Donnell, y Berenguer rasga el misterio de la santa Xexauen.*

través de la diplomacia, siempre lozano por la bazaría del soldado; pero ese ensueño unas veces es fecunda energía y otras amargas consecuencias. Ensueño histórico que se admira en innumerables proezas, en victorias nacarinas y en rotas portentosas. Ensueño admirable cuando un Cardenal

empuña el cetro de la victoria cuando un manco soldado inmortaliza su duro cautiverio.

### Los tratados entre España y Marruecos.

El primer tratado hispano-mogrebino es el de 1767, firmado en Marakex en 26 de Mayo; por él se declaró libre el Comercio entre ambas partes, se nos concedió autorización para tener Cónsul general y Vicecónsules en los puertos y se nos otorgó (con exclusión de los súbditos de otra potencia) el derecho de pesca en las costas del imperio.

El de 1780 tuvo carácter comercial fir-

mándose en Aranjuez el 30 de Mayo. Se nos facultó para extraer de Marruecos trigo y otras provisiones y para levantar casas en Marruecos; se nos eximió en el Imperio de hospedar ni mantener a nadie; se nos ofreció no solamente el reconocimiento de Gibraltar como ciudad española caso de que llegase



Al pie de los riscos, en las juntas de las rocas y bajo las viejas jaimas, los indómitos rifeños fraguaban su traidor ataque contra la noble España que procuró su bienestar...





Mientras que con una mano cogía el moro la cosecha abundante que le permitía nuestro protectorado, pensaba en el espléndido botín que podía proporcionarle...

a serlo, sino la ayuda de Marruecos en caso de guerra; nosotros, entre otras ventajas, ofrecimos idéntica protección para contiendas bélicas y la seguridad para los comerciantes marroquíes en los puertos de Barcelona, Alicante, Málaga y Cádiz.

El de 1782, referente a Melilla, obligaba a las kábilas fronterizas a no apedrear ni hacer fuego sobre los fuertes exteriores, huertas y explanadas.

El de 1785 es puramente comercial y por él se autoriza el levantamiento topográfico del litoral mogrebino.

El de 1799 es de paz, amistad, navegación, comercio y pesca. De él ha dicho Cánovas que «es un monu-

mento insigne de humanidad por parte del Sultán y de previsión política por parte de nuestro gobierno.»

El arreglo de 1843, incumplido por la inercia de la diplomacia marroquí, estipuló la devolución del terreno usurpado en la zona ceutí.

El pacto de 1844 evitó la contienda entre España y Marruecos dándonos como reparación, el saludo a la Bandera, la restitución a Ceuta de los límites señalados en el tratado de 1782, la adopción de medidas conducentes a evitar las agresiones contra nuestras Plazas Africanas, etc. etc.

El de 1859, firmado en Tanger el 26 de Agosto, refiere a la ampliación jurisdiccional de Melilla y a la seguridad de las demás plazas.

Los de 25 de Marzo, 26 de Abril y 19 de Noviembre de 1860, fueron el triste corolarlo de la heroica campaña acaudillada por O'Donnell, de aquella breve campaña donde el sol de las victorias arrancó rayos de gloria a las aceradas bayonetas de nuestros soldados, de aquella nacional campaña a la que así pretendió contribuir la Reina Isabel II: «Que se vendan todas mis joyas si es logro de tan santa empresa

y que se disponga sin reparo de mi patrimonio. Disminuiré mi fausto; una humilde cinta brillará en mi cuello mejor que hilos de brillantes, si esto pueden servir para defender la honra de España».

Los de 30 de Octubre y 20 de Noviembre de 1861 refiérense a la evacuación de Tetuán, pago de la indemnización y relaciones comerciales. Triste es consignar que el segundo fué desastroso para España, toda vez que otros países obtuvieron la cláusula de nación más favorecida.

El de 1862 estipuló los límites de Melilla y de su campo neutral originando violentas agresiones de los rifeños, felizmente terminadas por el acuerdo del 14 de Noviembre del siguiente año.

El de 1866 fué el término de las negociaciones entabladas para establecer las aduanas en los límites de Ceuta y Melilla.

El Protocolo de 1871 satisface en varias de sus reclamaciones por asesinato de españoles, hostilidad contra Melilla, etc. etc.

El de 1877 amplía ventajas comerciales y otorga beneficios de residencia en varias ciudades del Imperio.

La conferencia de Madrid en 1880, iniciada por Inglaterra, tuvo por objeto resolver a cerca del derecho de protección ejercido en Marruecos robusteciendo así la autoridad del Sultán. Fué dice Yanguas el último destello que en estos tiempos decadentes ha destacado la personalidad política de España; representa la consagración de la política internacional que en relación a Marruecos convenía a España asegurar; España alcanzó entonces el puesto honroso requerido por sus derechos históricos los hechos han atestiguado después la trágica adversa en que se ha ido extinguiendo su influencia».

El convenio de 1894, fué la satisfacción que nos otorgó Marruecos a consecuencia de los ataques de los rifeños contra Melilla en Octubre y Noviembre del año anterior, los que dieron lugar a señalados heroísmos y a épicas hazañas.

De la paz que originó este Convenio dijo Cánovas que «era una prodigiosa, una maravillosa paz debida exclusivamente a la habilidad, a la paciencia al patriotismo, nunca bastante alabado del dignísimo general Martínez Campos».

## La política europea en Marruecos

En 1900, la diplomacia francesa inspirada por Delcassé, inicia nueva orientación de la política europea en los asuntos de Marruecos manifestándose ante las Cortes de Londres, Berlín, Roma y Madrid y los deseos del estadista francés llegan a nuestro gobierno por conducto de León y Castillo. Embajador de España en París.

Silvela, Presidente del Consejo de Ministros, contestó al gobernante francés que la aspiración de los políticos españoles era la conservación del statu-quo en Marruecos; pero al mismo tiempo que adoptaba esta política de contemporización consultó a los Gabinetes de París y de Londres de «como estimaban los derechos de España».

París rechazó la primacía de los derechos históricos de España en Marruecos recabando para Fran-





...el asalto de posiciones que vivían tranquilas y confiadas en la aparente sumisión del rifeño que coadyuvaba a la defensa del recinto. Esta fotografía representa la posición de Testutin antes de la rebelión.

cia la propiedad del problema africano, originaria en la victoria arrancada a un Omniada en los campos de Poitiers bajo el cetro de Carlos Martel. Londres respondió que reconocía la legitimidad de cuantas empresas intentase España.

Poco después quedaron paralizadas las negociaciones franco-españolas.

León y Castillo, que no participaba del criterio de Silvela, continuó insistiendo en la necesidad de pactar con Francia. «El statu-quo —decía— es la sombra, el fantasma de un sistema político; no hay medio de aplazar la solución; se va a llegar a ella de un momento a otro, con nosotros o sin nosotros; y en este caso contra nosotros.»

Silvela entregó en aquellos días el poder al partido liberal; pero de tal modo le impresionaron las advertencias del Embajador en París que cambió de orientación, mostrándose partidario de una inteligencia con Francia para el problema mogrebino. «Es en Francia—decía—donde hemos de encontrar una inteligencia más natural, apoyo más seguro, no ciertamente para la guerra, pero sí para la participación equitativa y razonable».

León y Castillo siguió labrando en pro de las negociaciones franco-españolas; obtuvo el asentimiento del Duque de Almodóvar del Río, Ministro de Estado; consiguió de Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros, la aprobación del criterio de su Ministro de Estado manifestándole que «contemplaba gozoso

la perspectiva de un segundo Tratado en París, desquite completo del primero, por virtud del cual España ganaría mucho más de lo perdido en 1898»; y logró la adhesión de Silvela, el que hubo de decirle que «el estadista que tal ocasión dejare escapar no merecería perdón de Dios ni de la Historia».

Ultimamente dió cuenta nuestro Embajador a Su Majestad la Reina Regente; y en el ánimo de la Augusta Señora encontró la más favorable acogida escuchando frases laudatorias y promesas de apoyo.

Con la conformidad de los partidos políticos turnantes y la anuencia de Doña María Cristina, regresó nuestro Embajador a París redactando de acuerdo con Delcassé el Tratado franco-español de 1902.

En virtud de este Tratado, las dos naciones pirenaicas consignaban que solo ellas tenían derecho preeminente en Marruecos, comprometiéndose a no celebrar con otra potencia convenios que condujeran a la intervención en Marruecos. (Francia había convenido con Italia en 1901 en desinteresarse de Trípoli a cambio de que ésta tuviera la misma reciprocidad con respecto a Marruecos). La zona de influencia adjudicada a nuestra Patria abarcaba no solo un amplio hinterland hasta Fez sino una extensa zona en la región del sur; a cada una de las altas partes contratantes correspondía en su zona la misión de mantener el orden, proteger las vidas y los bienes de las personas y garantizar la libertad de las transacciones mercantiles.



En el arenal de Taxdir donde hoy se batían nuestras tropas, un sencillo monumento conmemora los triunfos de 1909, en los que tomó notable parte el actual comandante general de Melilla.



Corolario de este Tratado iban a ser los acuerdos franco-inglés y franco-italiano; pero la política española dió lugar a que en lugar de un Tratado hispano-francés (1902) seguido de la aprobación inglesa se firmase un Tratado franco-inglés (1904) seguido de la adhesión española.

¿Qué había sucedido cuando solo faltaba la firma de España?

La situación conservadora, con Silvela, había vuelto a la gobernación del Estado; las anteriores declaraciones de este político hacían creer en que se sancionaría el Tratado; pero Silvela negóse a ultimar dicho pacto, alegando que era preciso rumbar nuevamente las negociaciones entabladas.

Silvela decía en una carta que hizo pública la prensa: «El convenio negociado por los Sres. Du-

que de Almodóvar del Río y Marqués del Muni me pareció y me sigue pareciendo en sí mismo, excelente, una gloria indispensable para ellos; el apoyo diplomático de Francia para ultimar convenios sobre el asunto, lo estimo insuficiente; esta rectificación de juicio la

hago en posesión de conocimientos que proporciona el ejercicio del Gobierno, por virtud de los cuales pude apreciar cuanto importa asegurar nuestra acción en Marruecos contra dificultades de terceros interesados; preferí, prefiero ahora, y preferiré siempre en los negocios de la Patria menor beneficio con titulación libre de riesgos y litigios, a ganancias gruesas con aventuras que correr entre contiendas de poderosos».

Gibion Boules, hablando en el Parlamento de Londres de la situación de Gibraltar ante una ofensiva española, produjo alguna frialdad entre los Gobiernos de Inglaterra y de España; el incidente egipcio de Fachoda, creó así mismo una tibieza entre las relaciones de la Gran Bretaña y Francia.

Negociar con Francia a espaldas de Inglaterra, sobre todo en una cuestión tan interesante como la del estrecho de Gibraltar, ofrecía grandes peligros. «Si nuestro corazón y nuestra sangre—decía Montero Ríos—nos empujan hacia Francia, nuestra cabeza y nuestro interés nos inclinan hacia Inglate-

rra». «Si en aquellas condiciones y en aquel momento—exclamaba D. Antonio Maura—la firma de España se hubiese puesto y él perteneciera a un Gobierno que la pusiera, jamás habría conciliado el sueño en el resto de sus días».

Entre tanto, la tesis política dió paso a un Gobierno presidido por Villaverde, y cuando este Gabinete comenzaba a enterarse de la cuestión marroquí, retiróse de la gobernación entregando el Poder a Maura; adverso al Tratado por haberse negociado sin contar con Inglaterra, aplazó la resolución del problema mogrebino.

## Negociaciones diplomáticas

La diplomacia francesa ante tan continuos aplazamientos, volvió las espaldas a España tornan-

do su mirada a Inglaterra; así pues, quedó en proyecto el Tratado franco-español de 1902.

Las pro digalida des de Del cassé con Españaha bían exas perado a partidoco lonialfranc és cuyas aspiracione nes eran sentida mente an glófilas por que concedier do a la se l ent ces acu nic del glé nos una terr yac y d cae de el dej ell adn cos del



España se halla decidida a mantener sus derechos en Africa y a vengar cumplidamente el sangriento ultraje. Por eso a todas horas los barcos atracados al puerto de Melilla vierten en la plaza millares de soldados animosos y valientes.

Gran Bretaña la neutralidad de Tánger, la libertad de Egipto y otras concesiones siempre menores que las derivadas del Convenio con España, podría adueñarse de Marruecos enlazándolo con Argelia fundando así el soñado Imperio norte-africano.

Francia entabló, pues, conversaciones diplomáticas con Inglaterra que se tradujeron en el Convenio de 8 de Abril de 1904; a este Convenio acompañaba un pacto secreto previendo el caso de que una de las Partes contratantes se viese obligada a modificar su política en Egipto y que se alterase el régimen de las Capitulaciones.

En este Convenio, Inglaterra reconoce a Francia derechos preferentes de intervención en Marruecos a cambio de que Francia reconozca la libertad de acción de la Gran Bretaña en Egipto renunciando a sus antiguos propósitos de influencia.

El Tratado franco-inglés llenó de alborozo a los imperialistas galos; habían conseguido una Francia preponderante en Marruecos. «Jamás las Potencias amigas—decía Rosbery—han firmado un Convenio



tan favorable a una de ellas». «Francia—añadía Etienne—tiene derecho a ejercer en Marruecos, sin

inspirándose en sentimientos sinceramente amistosos para España, toman en especial consideración



Los combates han adquirido una intensidad jamás conocida. Los artilleros protegen los avances con una cortina de fuegos...

disputa, la preponderancia política, militar, financiera y económica».

### Pudieron ser perdidos nuestros derechos

Durante estas negociaciones diplomáticas, la política francesa tendió a eliminarnos en el problema mogrebino; gracias a Inglaterra, Francia tuvo que aceptar nuestros derechos e intereses consignándolos en tres artículos del citado Convenio. «Hemos reconocido siempre—decía el Subsecretario de Estado en la Cámara de Londres el 1.º de Julio de 1904—que no toleraríamos ningún acuerdo con Francia, respecto de Marruecos, en el que no se tomasen en cuenta los innegables derechos que en este país tiene España; y si hemos firmado dicho Convenio, ha sido solo en la inteligencia de que se llegaría a un acuerdo entre los gobiernos francés y español, y que ese acuerdo nos será comunicado».

Decía así el artículo III del Tratado franco-ingles: «Ambos Gobiernos convienen en que una cierta extensión del territorio marroquí adyacente a Melilla, Ceuta y demás presidios, debe caer dentro de la esfera de influencia española el día en que el Sultán deje de ejercer sobre ellos autoridad, y que la administración desde la costa de Melilla hasta las alturas de la orilla derecha del Sebú, debe confiarse exclusivamente a España». Y añadía el artículo VIII: «Los dos Gobiernos,

imperiales, regateaban sin cesar concretando sus argumentos en estas dolientes frases: «*Pero si todo lo que tengo en Marruecos lo he pagado con Egipto*».

### El Tratado franco-español de 1904

Tras espinosas conferencias ajustóse por fin en París el Tratado franco-español de 1904, tratado que por algún tiempo se mantuvo secreto. La zona designada a España, menor de la del pacto de 1902, es muy aproximada a los actuales límites.

Con este Tratado, perdimos la región y ciudad de Fez, nos comprometimos a no ceder bajo ninguna forma todo o parte de los territorios asignados,



... mientras que los barcos de la escuadra, frente al Gurugú baten con sus cañones las barrancadas formidables donde se agrupa la morisma.

se dió a Tánger régimen especial, se nos reconocieron los históricos derechos sobre Ifni, etc., etc. Inglaterra, Francia y España habían concluido a



satisfacción de sus intereses el encubierto reparto de Marruecos; mas cuando cada cual iba a tomar parte de su presa, escuchan sobresaltadas las voces de Marruecos y de Alemania. Díceles así el Sultán: «Las reformas que haya que hacer han de aconsejárnelas una conferencia internacional reunida en Tánger». Y el Emperador de Alemania desembarcando en Tánger en Mayo de 1905 añade: «Espero que bajo la soberanía de S. M. Xerifiana un Marruecos libre estará abierto a la concurrencia pacífica de todas las naciones, sin monopolio ni anexión alguna y bajo el pie de la más absoluta igualdad. El objeto de mi visita es que todos sepan que estoy decidido a hacer cuanto esté en mi mano para poner a salvo de modo eficaz los intereses de Alemania en Marruecos puesto que considero al Sultán como Soberano absolutamente independiente».

La cuestión de Marruecos tomaba nuevo e imprevisible aspecto; las diplomacias de París y de Berlín estaban frente a frente; aquélla decía que el régimen de puerta abierta garantizaba todos los intereses del mundo civilizado; sostenía la segunda que la absorción francesa en el Imperio mogrebino menoscaba los intereses de los alemanes.

El Gobierno de Berlín, ante situación tan crítica, era de parecer volviesen a reunirse en Conferencia las Potencias signatorias de la de Madrid en 1880; el Gobierno de París, opuesto a la celebración de la Conferencia, transigía siempre que aquél renunciase a discutir los Convenios anglo-francés y franco-español, así como que fijase los puntos que habían de ser objeto de la Conferencia.

El Embajador francés en Berlín era advertido por el Canciller Bulow que «la situación era mala, muy mala; que urgía salir de ella y no continuar más tiempo en un camino que costaba precipicios y a un abismo».

Alemania era, pues, partidaria de que se convocase a una nueva Conferencia internacional por entender que los Tratados franco-inglés y franco-español modificaban substancialmente el Convenio de Madrid de 1880. El Sultán asimismo propuso que las Potencias signatarias de dicho acuerdo se reuniesen en Conferencia internacional.

Francia había sido vencida diplomáticamente por Alemania, afianzando en cambio su amistad con Inglaterra. España se liberaba de la supremacía francesa.

La Conferencia Internacional se celebró en Algeciras durando sus sesiones del 16 de Enero al 7 de Abril de 1906; en ella se garantizaron la integridad territorial de Marruecos, la soberanía del Sultán y el principio de puerta abierta. La cuestión marroquí, quedó así internacionalizada en una gran parte y en otra, no tan grande, se reconoció a Francia y a España una situación privilegiada que las convirtió en tutores preferentes de Marruecos.

Francia, libre de obstáculos en sus anhelos africanistas, comienza a ejercer de hecho y de derecho su delegada intervención, y es la campaña de la Chauía en 1907 la que abre de modo brillante la penetración francesa.

España, por el contrario, sin política definida en sus gobernantes, sin amplia enseñanza geográfica-histórica de Marruecos en sus Universidades y Aca-

demias, sin ambiente popular y sin asistencia de la prensa comienza a ejercitar sus derechos; y es la campaña de 1909 la que desgraciadamente prolonga nuestra intervención en Marruecos.

La impotencia del Sultán para castigar la hostilidad de los rifeños fué causa de negociaciones concluidas en el Convenio de 1910, durante las cuales nuestros enemigos del exterior pusieron el veto a la ampliación de los límites de Ceuta y hasta negaban el derecho a percibir indemnización y a pactar con el Sultán acerca del establecimiento de aduanas en Ceuta y Melilla; pero este Convenio no llegó a cumplirse «porque surgieron mil incidentes que, sin invalidarlo, concluyeron por dar origen a nuevos pactos que modificaron esencialmente la situación».

Francia, deseosa de orillar toda traba que por parte de Alemania pudiera entorpecer su monopolio en Marruecos, comienza activas negociaciones con el Kaiseriano Imperio; ajustan el tratado de 1911, por el que Alemania reconoce a Francia, libertad completa en el orden administrativo y político a cambio de otorgar ésta a aquélla el régimen de puerta abierta en el orden económico; y una vez más, quedan maltrechos y escarnecidos los seculares derechos de España en Marruecos.

Evitadas todas las dificultades, Francia lánzase resuelta a recoger el fruto de sus largas y costosas negociaciones diplomáticas; recaba del Sultán la adhesión al tratado franco-alemán; y seguidamente le lleva a la firma de un Convenio, expresión solemne del protectorado francés sobre Marruecos.

La diplomacia francesa había triunfado con el pacto de 12 de Marzo de 1912; Marruecos había dejado de existir y su soberanía pasaba en toda su extensión al Gobierno francés.

España, al decir de ese tratado en su párrafo 3.º del artículo I debía entenderse con Francia respecto a sus intereses, tanto por su posición geográfica como por sus posiciones territoriales en Marruecos y empezaron a desarrollarse las bases del futuro definitivo tratado hispano-francés.

### La zona de nuestro Protectorado.

Entre la indiferencia de la opinión y el apartamiento de la prensa, la diplomacia española comenzó a laborar patrióticamente defendiendo la zona que nos otorgara el pacto de 1904; pero Francia, en su afán de resarcirse a costa de España de las compensaciones que hubo de dar a Inglaterra y a Alemania, quiso que evacuáramos Larache y Alcazarquivir por hallarse en el camino Tánger Fez; pidió luego la cesión de Cabo de Agua; y más tarde reclamó todo el fértil valle del Uarga.

Los delegados españoles, solos en su difícil empresa, supieron con tanta prudencia como habilidad contener las ambiciones francesas que a buen seguro hubieran mutilado todos los derechos de España en Marruecos a no ser por la calculada amistad de los ingleses; y, consecuencia de dichas negociaciones fué el Tratado franco español de 1.º de Noviembre de 1912, último pacto de España referente a Marruecos y punto de partida de nuestra



penetración bélica en el extinguido imperio de los marroquíes.

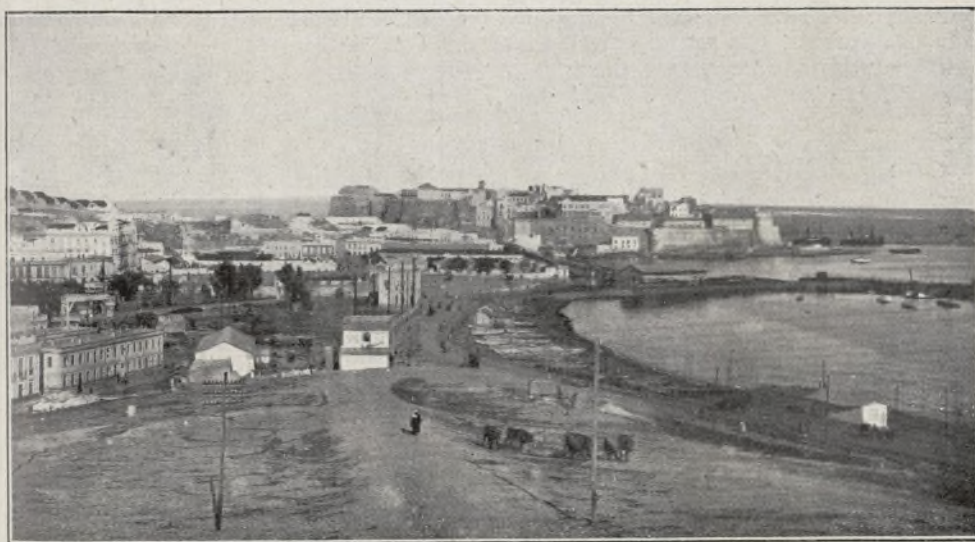
La frontera hispano-francesa comienza en el Mediterráneo sobre la desembocadura del Muluya y concluye en el Atlántico siguiendo el paralelo 35° de latitud norte. Su desarrollo total es de 405 kilómetros; 80 sobre el río Muluya, 75 en la cordillera rifeña, 50 entre el Beni-Hassen y Xorta de Tarafú, 110 hasta el Lucus y 90 entre este río y la costa atlántica. Con la Zona internacionalizada de Tánger ofrece 60 km. de desarrollo.

Por virtud de semejante Tratado, el imperio mogrebino ha sido absorbido por Francia; esta con su protectorado y España con su intervención acabaron con Marruecos como nación soberana e independiente. «El imperio eminente del Sultán—

nación arbitraria. Desde el punto de vista económico, unánimemente se reconoce que la ocupación no es un negocio; que es, por el contrario, penosa carga que gravita sobre el erario nacional. La compensación podría mirarse en el aspecto comercial sino estuviera también cerrado ese camino por el principio de igualdad económica a favor de las demás naciones, con la ventaja para ellas de la irresponsabilidad política y la exención en la proporcionalidad de las cargas...»

En el régimen territorial hemos perdido fértiles territorios que nos otorgaron tratados de 1902 y 1904; el legado histórico de l'ini, queda mermado y sin solución de continuidad; y la zona sahárica queda reducida a terrenos pocos valiosos.

En el orden económico se rodea de trabas nues-



Melilla respira al fin viéndose defendida del ataque rifeño. Pero extendió tanto sus arrabales, que algunas casas, confiando con los barrancos enemigos, temieron momentos de peligro al oír si bar en el barrio del Real los proyectiles enemigos. En la fotografía se advierte cómo fuera de las murallas se desarrolló la población que desde la playa sube casi hasta las estribaciones del Gurugú

dice Yanguas—se extiende a todo Marruecos; él es la fuente de todo poder, de la zona española como en la francesa. Francia le asiste en el ejercicio de sus funciones soberanas, indirecto en una zona, directo en la otra, y referente a la totalidad del Imperio en las relaciones exteriores».

«El Imperio—decía Mr. Messinus en 1914—era un fruto, no ya maduro, sino podrido, que debía caer en manos de un pueblo occidental. La Historia ha querido que este fruto haya sido recogido por nosotros».

«La lectura del Tratado de 1912—escribe Yanguas—anubla el ánimo con una impresión penosa y deprimente, porque ese pacto es para nosotros una ejecutoria de impotencia. Revisando sus artículos más importantes se adivinan las horas de febril amargura para su orgullo patriótico, que los negociadores españoles soportarían en un ambiente de notoria inferioridad, ante fuerza imperiosa de una realidad incontrastable. No es aquel un tratado en el que resplandezca un régimen de igualdad contractual; más bien parece un pacto de subordi-

tra vida administrativa. Al susodicho convenio se traen todas las disposiciones del franco-alemán acerca de la igualdad económica y mercantil, así como las prohibiciones relativas a la exportación de mineral de hierro; y para mayor agobio de nuestro Tesoro, nos obligamos a «respetar hasta 1933 el monopolio de la Sociedad de Tabacos, el arreglo distributivo de la deuda y la compensación por conceptos de aduanas».

En cuanto al régimen internacional el tratado mantiene la autoridad civil y religiosa del Sultán dentro de la zona española, autoridad delegada en un Kalifa y como no se deroga el artículo 5.º del Tratado franco-xerifiano, por el cual Francia pasa a ser intermediaria en las relaciones internacionales del Majzen, de aquí que nuestra zona carece de sustantividad internacional propia; en su zona, España ejerce la defensa de los súbditos marroquíes no de los intereses de los súbditos.

España no puede enajenar ni ceder, ni aun a título temporal, sus derechos en todo o en parte del terreno comprendido en su zona de influencia.



Francia, por el contrario, comercia la plenitud de sus derechos puesto que no tiene análoga prohibición.

Tal ha sido la actuación diplomática de España en Marruecos; a ella ha seguido y seguirá, hasta la pacificación completa de los indómitos mogrebinos, la acción bélica con el sacrificio en los soldados y el altruismo en sus oficiales; surcos de sangre van marcando el avance de nuestras armas, siempre llenas de fé, siempre encarnación de ricas virtudes, siempre alumbradas por el sol de las victorias, siempre protegidas por el Dios de los buenos creyentes; estelas de gloria van quedando en pos de esos guerreros, que hidalgos saben vencer por la España de sus benditos amores, por la España de sus nacarinos ensueños.

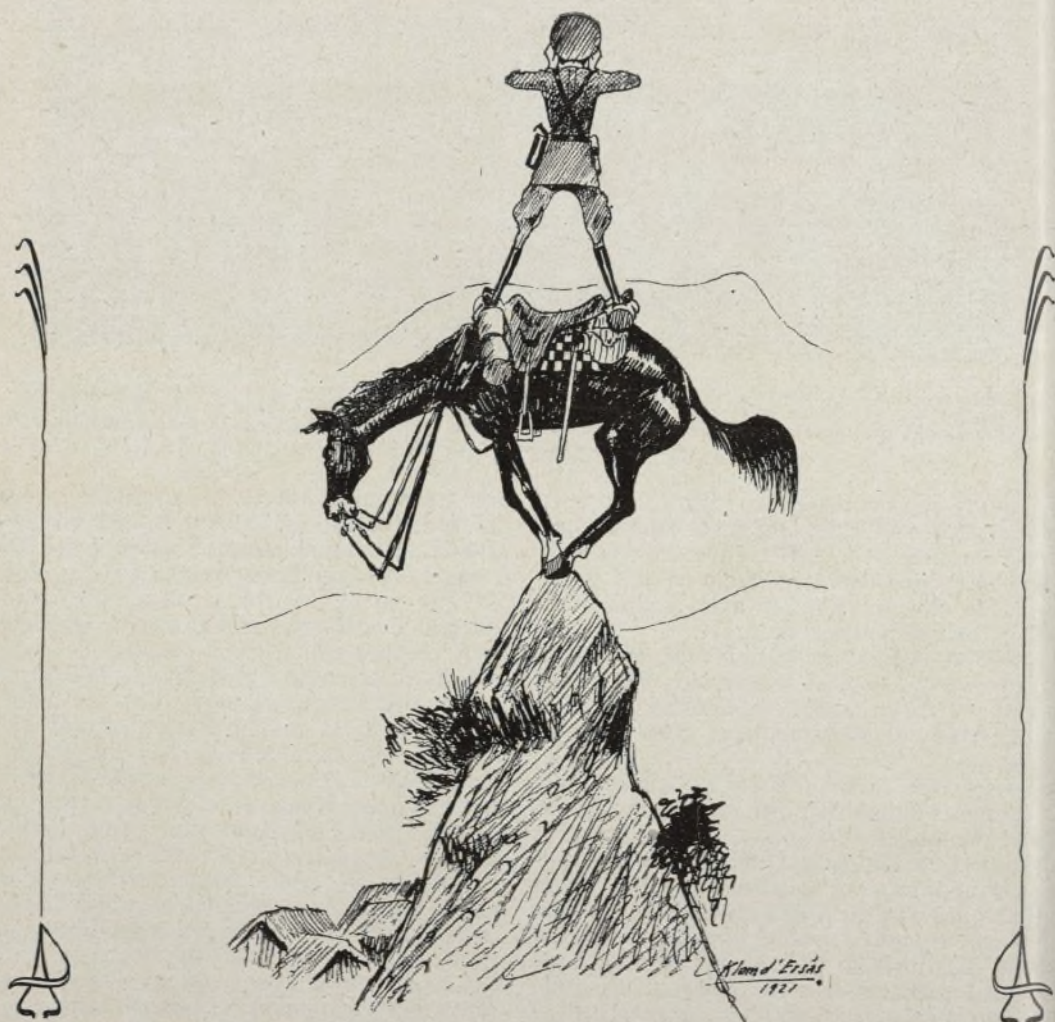
Cuando los moros hayan sido sojuzgados, cuando nuestra habla sea dulce lazo fraternal, bien podrá decir España a Marruecos; «Te recogí brava en tus hijos y mísera en tu vivir; te encontré sin artes y sin ciencias, con una poderosa riqueza en tus mon-

tes y en tus valles, en tus ríos y en tus mares; y por la gestión de mis diplomáticos y la abnegación de mis soldados eres feliz prolongación de mi luminoso ejemplo de mi maestría colonizadora, factor útil en el progreso humano y página brillante de mi historia nacional».

A los que por ella padecieron hasta coronarse con mirtos y laureles asimismo les hablará España: «Fuisteis, hijos míos, conjunción santa de amores de deberes, de amores por el heroísmo que procedió, de deberes por el mañana que os había de suceder: Marruecos es vuestra obra, rotulada con vuestra sangre, civilizada con el temple de vuestra alma, perfumada con el aroma de vuestro santo patriotismo; con vuestra bizarría y vuestra temeridad incomparables habéis cumplido, como leales caballeros, el ruego que desde su lecho de muerte os hiciera la más grande las Reinas españolas, Isabel I de Castilla.

A. GARCÍA PÉREZ

Teniente coronel de Infantería, diplomado de E. M.



APUNTES DEL NATURAL.—Los ojos de la artillería, por Klam d'Ersás.



## EL SECRETARIO DE CAUSAS

Si no es fácil tarea la de hinchar un perro, no es tampoco ningún grano de anís la de dar fe en las actuaciones judiciales con letra legible y ortografía aceptable.

Los jueces de plaza pasan apuros para conseguir un secretario apto que reúna las apetecidas condiciones de buena presencia, exquisita policía, atildada laboriosidad, clara inteligencia, letra más clara y muy limpia, y ya que no doctor, bachiller en Gramática.

Pedir todas estas cualidades es pedir peras al ol-

mo, pues el que es un émulo de Iturzaeta se deja melenas, lleva los pantalones de pesca y luce en el uniforme manchas de todos los matices, como el célebre sargento que al pasar revisita preguntaba:

—¿De qué es esa mancha?

—De grasa, mi sargento.

—Eso no es verdad. De grasa es ésta (y se señalaba una de las muchas suyas). Esa debe ser de pintura, como ésta (y señalaba otra de las de su colección).

Bueno, pues el que es limpio y pinturero, escribe de oído (como tocan el piano los aficionados), junta las frases, inventa palabras y anda siempre a golpes con la ortografía.

Eso sí, todo buen secretario de causas, antes de comenzar la escritura limpia reiteradamente la pluma en el pelo y en la bocamanga del capote, que si es de los grises desechados, lo convierte en falsilla, carraspea fuerte, garabatea nerviosamente en el aire y... allá va la nave y ¡cheche usted arroz! Cualquiera detiene al amanuense en sus formulas consabidas de: «...presente yo el secretario, de que certifico.»

En Madrid, los jueces permanentes suelen establecer el Juzgado en sus domicilios, y en ellos el secretario es un personaje de significación, que suele

gustar más de la animada charla de la cocinera que del trabajo de emborronar pliegos en el despacho.

Cadórñiga era hace bastantes años un juez concienzudo y detallista que tenía por secretario a Marcelo Fernández, estudiante fracasado y enemigo acérrimo de las cuatro partes de la Gramática; pero aficionadillo a los escarceos amorosos, que convertían la cocina del buen Cadórñiga en escenario de un perpetuo idilio.

Por el más mínimo pretexto abandonaba Marcelo la escritura de un oficio de citación para citar a la cocinera en las Ventas en el domingo inmediato.

Ya era el tintero que estaba sucio, ya que se había dejado el hilo en la susodicha cocina, y por el hilo trataba de sacar el ovillo, ya solicitaba permiso para beber un vaso de agua.

—Por fuerza debes de tener un estanke en el estómago — le había llegado a decir Cadórñiga—; si sigues así vas a criar ranas.

—¡Ay, qué gracia tiene usted, mi comandante!

—¿También de eso das fe? Pues yo de lo que puedo darla es de que cada vez te distraes más y de que cada día tienes peor ortografía.

Y en eso si que no transigía el bueno de Marcelo, en que le achacasen tan supina ignorancia. Se vanagloriaba de haber comenzado numerosas carreras y de haber probado en todas ellas suficiencia gramatical, y él no sabía ortografía, pero tenía un sinnúmero de certificados de ser apto en ella, y su amor propio contrariado no le permitía sufrir en silencio y con resignación ese acerbo reproche de ignorancia.

Si alguna vez hablaba mal, es porque se le había pegado de los cazurros palurdos de su pueblo, que en olvidando estos resabios, ya vería el comandante





quién era él en eso de decir bien y escribir *correctamente*.

Y si Marcelo era un marmolillo para escribir al dictado, Cadórniga no le iba en zaga en lo que atañe a su misión de dictar. Allí todo se hacía mediante formulario, y la bendita palabra: «Copia desde aquí hasta aquí», era benéfica tabla de salvación de jefe y soldado, y a ella se agarraban con fervor de naufragos siempre que hallaban para hacerlo ocasión propicia.

Lo malo para ambos era traducir al lenguaje escrito, las indagatorias de los procesados y las declaraciones de los testigos; en ese proceloso mar solían perderse juez y secretario, hasta que éste se paraba en seco, obligando a Cadórniga a preguntar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no sigues escribiendo?

—Es que nos *habemos* equivocado, mi comandante.

—Te habrás equivocado tú, que yo no me equivoco nunca.

Marcelo era de los que practican el empleo de la coma, poniéndola cada cuatro palabras.

Todas las declaraciones transcritas llevaban notas aclaratorias para indicar léase tal, o lo entrecomado no vale.

El orgullo profesional de Marcelo adquiría sólidas bases al tener que copiar cualquier escrito de su jefe, porque comprobaba que ortográficamente estaban a idéntico nivel. Cadórniga empezaba a redactar con seguridad de dicción, pero bien pronto se perdía en el dedalo de su reducido léxico y runru-

neaba conceptos y mascullaba palabras, para dejar al secretario que pergeñase a su antojo los párrafos tolerándole entonces el requerimiento de inspiración en el consabido vaso de agua solicitado de la cocinera en sus dominios.

Cuando el juez se enfurruchaba con su secretario el final de la reprimenda era una orden rotunda de hacer desaparecer inmediatamente, sin dilaciones excusas ni pretextos, las melenas, dóciles al cosmético, que eran el encanto presuntuoso de Marcelo pero Cadórniga era un buenazo, y ante las lágrimas súplicas del sentenciado y ante sus promesas sincero arrepentimiento y seguridad de más celo atención en el trabajo, otorgaba su condicional indulto, y hasta reanudaba los permisos para beber agua en la cocina. ¡Qué menos después del tremendo susto infligido!

Un día discutían juez y secretario sobre si hoy escribía o no con hache.

—Ya te dije ayer que ayer se escribe con hache.

—Es hoy, mi comandante.

—Fué ayer cuando te lo dije.

—Si digo que es hoy con hache y ayer sin ella.

—Y yo te repito, y no lo olvides, so petulantito que con hache, como yo te digo, era ayer, es hoy será mañana.

—Lo que usted mande.

—Ni más, ni menos: escribirás con hache ayer hoy y mañana.

AURELIO MATILLA

## Curiosidades barométricas

He aquí algunas reglas para obtener pronósticos de algún valor, con el barómetro:

### Cuando el barómetro baja.

Si el descenso es muy lento, continuo y hace buen tiempo, se mantendrá así hasta el momento en que el barómetro comience a subir; si desciende mucho y sube con alguna brusquedad, anuncia una perturbación fuerte.

Si desciende con rapidez hasta muy bajo, una tempestad y mal tiempo duraute muchos días deben esperarse; después el barómetro sube con lentitud.

Una baja rápida y corta indica que una tormenta (si hace calor) o una granizada están próximas.

Los descensos débiles y lentos (tres o cuatro milímetros como máximo) no indican cambio de tiempo.

En invierno, una baja lenta anuncia lluvia; si el barómetro está bajo, nevará.

Una baja súbita y pronunciada es seguida de vientos del Oeste.

En fin, cuando la oscilación diurna es regular, tómese como un signo de buen tiempo, si durante

el curso de un período bueno se convierte en irregular o desaparece, anuncia lluvia.

### Cuando el barómetro sube.

Si sube lentamente y durante largo tiempo, sostenimiento o la vuelta del buen tiempo es cosa segura.

Si asciende de una manera rápida y con sacudidas, y el tiempo es malo en aquel momento, puede esperarse que mejore, o, si hay mejoría, será muy accidental, y el mal tiempo continuará.

Si hace buen tiempo, y el barómetro, estando bajo, sube bruscamente, debe esperarse una perturbación fuerte: tempestad, borrasca, etc.

En invierno, un alza anuncia la helada, sobre todo cuando es fuerte.

Si el barómetro sube después de un descenso lento, la lluvia comienza y el alza dura, en general tanto como la baja que le precedió.

Si el barómetro se sostiene muy alto durante varios días, el tiempo que haga (bueno o malo), persiste; si es bueno, caso el más frecuente, durará mucho en esa forma.





## LA COLMENA

□ □ □

Callad!... No hagáis ruido,  
ni me toquéis, os ruego, por favor...  
¡Es un milagro!... Ved: tengo un enjambre  
dentro del corazón...

¿Qué cómo pudo entrar? Quizá los ojos;  
el oído, tal vez... ¡Sábelo Dios!...  
Yo lo sentí, por vez primera, ahora,  
cuando ya comenzó  
a labrar su panal más exquisito  
con aliento de nardos y con sol...

¿Que estoy loco, decís?... ¿Que ya es Otoño?  
¿Que Mayo está muy lejos?... Por quien soy,  
que me estáis dando risa, una gran risa...  
¿No véis cual brota todo en derredor?...  
¿De veras no sentís esta mañana  
de rocío y cristal, que siento yo,  
toda llena de aromas y de arrullos,  
nidos, flores, abejas, miel y... ¡Amor!?

.....  
Pero, callad, callad; no hagáis ruido,  
ni me toquéis, por Dios,  
que pueden irritarse las abejas  
que se metieron en mi corazón...

ANTONIO REY SOTO

La Habana, 23 Julio 1921.



# LA LIQUIDADORA

Por E. G. A.

¡Esto no puede seguir así!, exclamó el entonces presidente de aquella famosísima *república*, ilustrado Oficial, Pero como la mayoría reuniendo pésimas condiciones para el desempeño de este económico servicio; buena prueba de ello, las marcadísimas protestas con que era acogida su dirección en los últimos días: «Señores, continuó, he hecho lo humano, por no desmerecer de mi antecesor,—lo había conseguido,—me he ocupado al detalle, de cuanto se relaciona con esta cuestión espinosa para todos... y nada, al declararme vencido, presento mi dimisión con carácter irrevocable...

¡Dimisión que no admitimos!, respondimos al unísono: en primer lugar, porque íbamos a pedirle continuase sus gestiones el más próximo, no solo satisfechísimos, ¡eso sí! de su buena administración, sino también, con el sano intento de evadirnos uno más del cargo por demás incómodo:... porque nuestras ligeras protestas, como es natural, solo iban dirigidas contra aquellos cocineros de pega, destructores de ya no delicados estómagos y verdaderos responsables, que nuestro dimisionario presidente, hubiera tomado el asunto como cuestión personal.

Y entre «el a tí te corresponde este mes, o fulano que reúne mejores condiciones, debía encargarse en obsequio nuestro,» se hizo secreta votación, quedando desde aquel momento, nombrado nuevo presidente—previa entrega saldo en contra,—en completa libertad de acción, el compañero más moderno... comprobando una vez más, que el turno para cierta clase de servicios es un *bautismo* más o menos largo de paciencia y resignación.

Hombre dado a las manías de las contraposiciones, su primer acto fué radicalísimo; llamado a los cocineros, tiernas despedidas, al remitirlos—ipso facto,—a sus compañías, y sin indagar sobre aficiones más o menos acreditadas, sustituirlos por individuos tan ajenos al arte culinario, quel el maestro lo había sido de obra prima allá en su pueblo, y el pinche... el pinche, alegaba con descaro, como anterior oficio, «sereno de la Compañía Trasatlántica.»

De esta celebridad gaditana, que tuvo la rareza de llevar a buen cauce la descarriada *república*, guardaremos gratísimos recuerdos cuando nos alojamos bajo aquellas blancas lonas en los alrededores de la Alcazaba: no solo adivinamos en él, desde los primeros días, especiales dotes para la regateada compra, sino que con su filosofía y comentarios de cosas vistas, alegraba nuestras comidas, llegando a ser algo muy necesario que no devolviera a buen humor, si por si acaso,—ramos avis,—estábamos a punto de perderlo.

Con gran aplomo, contentísimo de que su natural inocencia o malicia, nos hiciera reír de buenas

ganias, en el ínterin que hacíamos mayores honores que los debidos, a los fuertes platos «*delante y pa detrás*» (textual) que nos iba sirviendo, explicaba sus impresiones sobre los distintos hechos de guerra: los convoyes, los figuraba largas procesiones, ¡cofradas del silencio! solo interrumpido por el lastimero ¡ay! de un herido o el sordo zumbido del «*Namancia*:» la posada de cabo Moreno, macabro despacho de billetes, de ida tan solo, ya que los moros se encargaban de la vuelta... a veces para el otro mundo: recordaba las largas horas tras el parapeto de la vía férrea, oyendo siempre al tocayo suyo que bebía la sangre y quitaba la sed; sin ver mas ent-



migos que aquellos otros, que acompañaban a los Jefes principales...

...Lo que le alegraba infinito al atardecer, la llegada al campamento; el himno guerrero, con que era recibido por la charanga, los vivas del Batallón hermano; el rancho tanto más apreciado, cuanto en algunos ánimos, estaba ya suprimido el toque de faginas...

...Luego el servicio mas penoso, ¡el huerto de las cañas! que noches de eterna zozobra y que diferencia de como las pasaba actualmente; él daba las gracias al buen Teniente que lo había elegido para el cargo y promesa...

¿Cuánto hemos gastado hoy? era el resorte para poner fin a sus discursos y meditaciones.

Y el pinche,—todo en carácter,—respondía libre-



en mano: hoy hemos salido, a 2 en 33, a 2 en 6, o a 2 en 88, todas cifras que acusaban en lo raro de sus centésimas, un dominio exacto de promedios aritméticos y otras cosas, que le eran perdonadas en gracias a sus buenos servicios.

En fantaseada posición, nos dió tales pruebas de acondicionarse al cargo, que no fueran grandes causas para desviarle de su interés por la república, ni aquella visita de noble comisión zaragozana, ni la no menos rumbosa de matador conocido: para él sus aficiones tauromacas no pasaban del «Agua-limpia» ¡al fin de Cádiz! y además en su grotesco discurrir, no comprendía tanto revuelo de discursos y patrióticos vivas durante el día, para al toque de oración quedar tan solos, en malas noches, siempre armonizadas por el aullido del chacal, o algún que otro tiroteo: en aquellos largos y tristes días de arriada en que las comunicaciones con la Plaza, quedaron interrumpidas y ¡el pan llegó a ser algo mitológico, desvivióse tanto para que la natural carestía, fuere mas pasajera, que dió origen con sus ventajas a sordas competencias entre las demás repúblicas constituidas, traducidas en dimes y di-retes característicos; la nuestra fué apodada «La Liquidadora», por el diario abono después de la cena: los de la primera, los simpáticos chicos de la 1.ª, por el «Cuenta-gotas»...

...¡Cuestión de economía! y aquella celeberrima de la 3.ª, por el «Zoco del Jemis, en recuerdos de amargos trances y funestas impresiones: ¡a todas aventajó la nuestra!, aún recordamos cuando en creciente luna de forzada dieta, obsequiamos a valientes compañeros menos afortunados que nosotros: el humilde menú de arroz con penas, paseo de patatas, y conserva de carne, con la irrompible galleta, les pareció de perlas, haciendo mil alabanzas sobre la singular destreza de nuestro pinche...  
...Todo lo comentaban y faltaba la gran sorpresa.

¡Aceitunas! venidas de no muy lejanos países y *legítimas procedencias*, al seno de nuestra república...

¡Las Aceitunas!... ¡Las aceitunas!...

Vienen de *guarnición* con la carne; replica el pinche, entre la algazara general, que no concibe el servicio; presente el plato, por unanimidad es aumentado en nuestros clásicos menús; que en aquel tiempo, todo nos parecía excelente, de buen gusto y mucha verdad el vulgar dicho de «a buen hambre no hay pan duro.»

Pasó aquella—para nosotros,—corta temporada: ¡ay! que a nuestro buen Francisco, modelos de *pinches desahogados*, y quizás a estas horas «sereno de la Tratatlanica, le tocó en suerte ser licenciado con su quinta: desde aquella fecha, la república «la liquidadora,» comenzó a sufrir las privaciones consiguientes a su mala dirección: otras veces hemos oído... «esto no puede seguir así,» fiel consigna de relevar presidentes, y hasta nuestro legítimo orgullo de haber sido la mejor constituida, ha venido a tierra, ¡como se derrumbaron otras caras ilusiones en la campaña! ¡todas nos aventajan si, desde los «cuenta—gotas, con su progresiva y económica marcha, sin incidentes de ningún género, hasta aquella otra del «Zoco del Jemis,» con sus comidas antes tan singulares y tan tristes... hoy armonizadas por los acordes de aristocrático gramófono de 70 pesetas...

...¡Dichosos tiempos! ¡ya no volverán! porque nuestro buen pinche al marcharse, nos lleva de la república—con su constante buen humor,—el resorte de no perderlo nunca; con él se va un girón desprendido de lisonjera historia para el mañana, ese mañana, grato siempre de recordar, y nos deja en cambio, imperecederos recuerdos, no ya en nuestros apenados ánimos,—espiritualmente hablando,—sino lo que es peor, en nuestros delicado estómagos... *materialmente sintiéndolo...*

## V A R I E D A D E S

### Fuerza motriz de las mareas.

El ministro de Obras Públicas de Francia ha resuelto experimentar la utilización de la fuerza motriz de las mareas.

Este ensayo tendrá lugar en Bretaña, en la bahía de Aberrach, y consistirá en la construcción de un dique en cemento armado, de 150 metros de longitud, cerrando un espacio en el que pueden quedar almacenados dos o tres millones de metros cúbicos de agua.

El líquido retenido pondrá en acción cuatro turbinas, acopladas a dos alternadores. Créese que el conjunto del sistema podrá proporcionar una fuerza motriz de 800 caballos.

### La telefonía sin hilos.

Según noticias, se proyecta experimentar el teléfono sin hilos en los barcos de pesca.

El gobierno Noruego instalará estaciones a 25 kilómetros de distancia unas de otras en los parajes de gran pesca. Los aparatos serán colocados en las embarcaciones, pudiendo mantenerse la comunicación con tierra a gran distancia.

Se da gran importancia a estas experiencias, pues los pescadores pueden ser informados rápidamente sobre el movimiento del pescado; relacionarse con los compradores y establecimientos de salar; pedir socorro en casos de accidente, y recibir pronósticos meteorológicos.





# POLILLA, DE "EL DESDEN CON EL DESDEN"

Don Agustín Moreto y Cabañas, natural y vecino de Madrid que abrazó el estado eclesiástico cuando ya estaba harto de carne—como el diablo, aunque sea mala comparación, que sí que lo es—y que murió en un convento de Toledo el 28 de Octubre de 1669, fué una gloria española que casi es desconocida para los españoles, ni más ni menos, ni menos ni más. Y es que la *o* final de su apellido le ha perjudicado. Si en vez de llamarse Moreto se hubiera llamado Moret, otra cosa hubiera sido. Indudablemente hay vocales inoportunas.

Acaso sea don Agustín (q. e. p. d.) más conocido de los franceses que de los españoles, pues *un tal Molière*, insigne dramaturgo francés con el cual están nuestros vecinos como chiquillos con zapatos nuevos, *aprovechó* la Diana que Moreto creó en *El desdén con el desdén* para hacer su *Princesse d'Elinde*, obra clásica y tal, de la literatura francesa. Los franceses, pues, conocen la *Princesse* y por lo tanto conocen la Diana que fué creación de Moreto, de modo que si no conocen a Moreto, precisamente, conocen una creación de éste, y para el caso es lo mismo.

Pero dejemos estas bagatelas y vamos con Polilla. Este ínclito Polilla es el gracioso de *El desdén con el desdén* como ustedes sabrán—los que lo sepan—o se habrán figurado los que no lo supieran.

Estos *graciosos* de las comedias de nuestro teatro clásico hacían *de reir las tripas* a nuestros abuelos, que eran cándidos, inocentes y bonachones como ellos solos. En cambio a nosotros que somos más pillines, no nos causan la menor hilaridad aun cuando nos hagamos cosquillas con un lapicero en la axila derecha.

Pero más que como gracioso hay que considerar a este truhán de Polilla como filósofo y diplomático, y si no, vean ustedes. La princesa Diana es una señorita guapísima de la que está enamorado como un cerdo—con perdón—un tal don Carlos, conde de Urgel, pero, como si no, morena. Dianita odia el amor con todas las fuerzas de su alma y hasta la

molesta que haya quien la quiera, molestia que no tiene explicación, a menos que se trate de un macho con toda la barba o de una tonta de la pandereta. A cuantos pretendientes la dicen: «Por ahí se pudra usted» corresponde con desprecios, y el bueno de Carlos, disponiéndose a sepultar en el fondo de su pecho el amor que le devora, renuncia generosamente a la blanca mano de doña Leonor es decir, de doña Diana.

Pero ¡ah! allí está Polilla, el gracioso Polilla, confidente de don Carlos para tomar cartas en el asunto a favor del enamorado y desdenado conde.

¿Qué doña Diana se ha puesto un tanto estupidilla y remilgada? Pues a fingir desprecios para que ella vea un hombre al que le tiene sin cuidado su palmito. ¡A fingir desdenes, que como ella sea de ley, y picará!

Y, efectivamente don Carlos sigue a pie de la letra los consejos de Polilla en cuanto se le pone a tiro doña Diana, dice que él pertenece al *Club de los solterones* y que no solamente no quiere a ninguna mujer sino que además le molestaría un montón que hubiese alguna que se derritiese por sus pedazos condales, lo cual viene a ser un «chúpate eso» como una casa. Ya con solo eso siente Dianita una especie



de comezón u hormiguillo que no acierta o explicarse, hormiguillo o comezón que se traduce en unas ganas brutales de enamorarse a Carlitos, para luego mandarle a freir espárragos y reirse de él.

Polilla se frota las manos de gusto y pincha más y más al conde para que siga haciéndose el desdenso o el chivo loco, que viene a ser lo mismo.

Y a medida que don Carlos desdena, doña Diana va amando hasta enloquecer de amor por aquel hombre excepcional y pedir a su padre—don Carlos—que la case con Carlitos Urgel pues si no, es capaz de arrojarle debajo del primer tranvía de las Ventas que se encuentre. Total, que le tiende los brazos a don Carlos porque «*Vencer ha sabido el desdén con el desdén*», éste se relame de gusto.



y el truhanísimo de Polilla, satisfecho de su obra les dice a los tortolitos, echándosela de presbítero:

Y mi bendición os caiga  
por siempre jamás, amén.

Este es Polilla, tipo acabadísimo y completo que demuestra conocer a las mujeres mejor aún que el filósofo alemán que dijo que la mujer es un animal de ideas cortas y de cabellos largos. Además de ser filósofo, hay que tener en cuenta su buen hu-

mor y su carácter jovial y bullanguero, y eso que el pobre hombre se pasa toda la comedia diciendo chistes a cual más malos. Pero esto no es culpa de Polilla, ni de Moreto... Si en aquella época todo lo que decían los *graciosos* carecía en absoluto de gracia. ¿Qué culpa tiene nadie? ¡A ver!...

Ello es que Polilla es un verdadero personaje, y su papá don Agustín Moreto y Cabañas, un dramaturgo formidable, que es lo que se trataba de demostrar.

FEDERICO REAÑO

## NUESTROS POETAS

### HASTIO

Pasó el ruido de la fiesta con sus risas y sus cantos  
y la alegre algarabía de la música y la zambra;  
se apagaron de las luces los destellos,  
y la sombra y el silencio dominaron en la estancia.

Puede solo entre tinieblas embotados mis sentidos  
por el vaho venenoso de las flores perfumadas,  
que en sus búcaros marchitas,  
con sus pétalos ajados, tristemente se doblaban.

Una nube de tristeza y desaliento,  
cruzó lenta por el fondo de mi alma,  
la amargura del placer que ya gustado,  
deja atrás como una estela el vacío de la nada.

Por el trágico escenario de la fiesta,  
la alegría pasó rauda,  
entre luz, entre perfumes, entre pétalos de rosa,  
con la cínica sonrisa de su máscara.  
¡Pasó el ruido de la fiesta con sus risas y sus cantos!  
¡Todo pasal!

Por los vidrios empañados del balcón, entró la luna.  
¡Luna triste, luna bella, luna clara!  
esparciendo por la tierra tenebrosa,  
el milagro de sus rayos, de sus lágrimas de plata.

Su recuerdo más pujante que otras veces,  
se adueñó de mis sentidos, de mi cuerpo, de mi alma  
avivando las hogueras, de un amor jamás extinto,  
de un amor que me consume con su llama.  
¡Viva llama de dulzor y de amargura!  
al final de la jornada,  
solo hallé mayor amor y más tristeza.  
¡Yo que quise entre placeres olvidarla!

JUAN VILLAVERDE

Toledo-21-5-921.





## EL CINEMATOGRAFO DEL PORVENIR



¡Aquí el tiempo es espacio!  
(Parsifal).

—Escuchad, amigo Max, la noticia sensacional que publica esta revista extranjera, y nuestro antiguo conocido, el célebre fisiólogo Reuben, arrellanándose cómodamente en su sillón, leyó en voz alta: *El cinematógrafo del porvenir*. Dos sabios norteamericanos han conseguido impresionar placas fotográficas reproduciendo escenas ocurridas en otras épocas. Si el invento se perfecciona, tal vez podamos ver en el cinematógrafo, desde la creación de nuestra Tierra hasta los más insignificantes episodios que los historiadores humanos han sabido desfigurar muchas veces en provecho de sus conveniencias y de sus ideales.

—Esto es absurdo—exclamó Reuben dejando el periódico sobre la mesa. Nuestra ciencia tiene límites muy restringidos aunque la fantasía de nuestros buenos periodistas pretenda hacernos creer lo contrario.

—Alto ahí, amigo Reuben—interrumpió Max, aquel sabio chiquitito y rechoncho que consagró su vida a la experimentación para mejorar la situación de los pobres seres humanos. Podrá la ciencia de los hombres ser muy limitada pero ni vos ni yo podemos graduar la limitación. Nuestra inteligencia es reflejo de aquella Suprema que todo lo creó y nunca sabremos de cuanto puede ser capaz.

—¿Pero no comprendéis amigo Max, que si los hechos pasados pueden reproducirse a voluntad varía radicalmente la noción que tenemos del tiempo?

—Como lógicamente debe suceder; el tiempo existe para el hombre, porque la limitación de sus sentidos sólo le permite percibir una ínfima partecilla de las cosas.

—No comprendo.

—Pues con un sencillo ejemplo voy a aclarar la idea que acabo de exponer: Mirad aquella vista panorámica de los Alpes. Y al decir esto señalaba un lienzo magnífico representativo de aquella cordillera colosal—, pues tomad esta tarjeta con un orificio en el centro y el pequeño agujero, sólo os permitirá ver una porcioncilla del panorama, cambiada de posición la cartulina y percibiréis otra, luego otra y así sucesivamente. Pues bien, considerad que la parte que contempláis ahora corresponde al tiempo presente, las vistas anteriormente a tiempos pasados y las que percibáis sucesivamente al tiempo futuro. ¿Cuál es la causa de que estos tres tiempos existan para vos? El insignificante agujerillo que limita vuestra visión, pues si quitáis la cartulina que tenéis delante de los ojos, el magnífico paisaje se presentará íntegro ante vuestra vista con toda su magnificencia, con todo su esplendor, todo, presente.

—Comprendo perfectamente—exclamó Reuben, también nosotros contemplamos la obra maravillosa de la Creación al través de un insignificante agujerillo, también existe para el hombre actual, una limitación—el escaso número de vibraciones

del éter que es capaz de percibir—y por tanto sólo podrá apreciar una pequeña partecilla de las cosas creadas, por eso no podemos verlas todas de una vez y sí sucesivamente.

—Y tened en cuenta—añadió Max, siempre sonriente, la pequeñez e insignificancia de lo que percibimos, pues del infinito número de vibraciones que es capaz de responder el éter, sólo recibimos nuestros sentidos como límite superior, aquellas que son inferiores a setecientos cincuenta billones de longitud onda, es decir, las que corresponden a la luz violeta—de modo que ésta, es la *barrera*, el contorno del agujerillo, que limita nuestra percepción y nos separa del resto de los muchos materiales que otros seres más afortunados que nosotros por ser mayor su capacidad receptora podrán percibir.

Por eso nuestra razón nos hace ver fácilmente que si el mundo nos parece pequeño, imperfecto, limitado, culpa es de nuestros sentidos y que la obra divina del Creador debe ser grande, maravillosa, eterna, libre del tiempo, de las distancias y de la forma.

Otro ejemplo os demostrará que los hechos, que dan—como si dijéramos—escritos en el espacio; la luz se propaga en el éter con una velocidad de 308.000 kilómetros por segundo. Si en la estrella Vega una de las más próximas dispusieran de aparatos apropiados, en este momento vería los hechos ocurridos en la Tierra hace veintiún años, en la estrella polar, los que sucedieron hará medio siglo de modo que si la ciencia descubriera el medio de reflejar las imágenes de nuestro planeta producidas en esta última estrella, podríamos contemplar lo que en nuestro planeta acaeció hace un siglo y variando los puntos de vista pueden reproducirse los hechos ocurridos en cualquier época.

¿Quiere esto decir amigo Max, que sea cierta la noticia que antes habéis leído? Me guardaré muy bien de hacer semejante aseveración, pero no olvidéis nunca, cuan grande son las aspiraciones de nuestro espíritu siempre anhelante del conocimiento y de la felicidad y es lógico suponer que el que tales aspiraciones nos dió, puede satisfacerlas, pues de no ocurrir esto, cabría suponer que su inteligencia y voluntad son muy limitadas lo cual estaría en contradicción con nuestra ciencia que vislumbra ya las maravillas de la obra divina de la Creación y como consecuencia, la sabiduría infinita de su Autor. Y a propósito de lo que hablamos recordad aquel pasaje de la más famosa ópera de Wagner, cuando Gurnemanz conduce a Parsifal al santo Grial... «Apenas marchamos dice el joven—y siento, sin embargo que hemos andado ya lejos». A lo que responde Gurnemanz: «¡Ya lo ves, hijo mío, el Tiempo es aquí Espacio!

Porque aquel sendero santo no es otro que el de la Eternidad, que es Espacio porque todo lo contiene en sí, y no es Tiempo porque no conoce la mudanza.



# LOS LEGIONARIOS DE ESPAÑA

Pepe Millán Astray pasó por Madrid como un torpedo...

Dejó una estela de su originalísima personalidad:

—¡Ahí va Millán!

—Mira: ese es el teniente coronel Millán...

Y cruza Millán, apuesto, aguileño, curtido su rostro por el sol de Africa; los ojos como dos chispitas de brillantes, y en las botas el polvo de diez combates...

Sus bravos peleaban en Melilla y él, en un paréntesis, llegó a Madrid en un vuelo, a dar el «soplo creador» a sus dos nuevas Banderas...

Y regresó a Melilla, al toque de llamada para el primer combate.

Antes brindamos con él: un apretón de manos y cinco minutos de charla: «¡A la salud de mis legionarios!...» y apuramos una copa de Jerez.

## Cómo logró Millán organizar el Tercio

He aquí como explica Millán Astray los orígenes del Tercio:

«Siendo yo capitán, y ministro de la Guerra el general Luque, pensé por primera vez en formar un Tercio de voluntarios para Marruecos. Me inspiró esta idea el estudio de la guerra carlista. Durante ella, en 1830, vino a España una Legión francesa de cinco mil hombres. Se batieron como leones, hasta que los carlistas organizaron otra Legión, y en campos de Barbastro se encontraron las dos banderas. El choque fué horroroso. Las dos partes lucharon hasta lo insuperable y ni uno solo de los cinco mil legionarios franceses se libró de la batalla. Era gente que no sabía lo que era rendirse sino dando la vida...

—¿Con qué apoyos contaba para realizar su idea?

—El primero que me alentó fué el general Berenguer. El general Tovar me concedió ir a Argelia a estudiar la Legión francesa. Cuando volví, y ya estaba a punto de lograr mi intento, el general Villalba, entonces ministro de la Guerra, se molestó personalmente conmigo, y la Legión quedó en proyecto. Luego vino el vizconde de Eza, me oyó una conferencia sobre el tema en el Círculo Militar, y, al felicitarme me dijo sencillamente:

«Yo le haré a usted la Legión». Y la Legión se hizo.



## ¿Qué es un legionario?

Un legionario es cosa muy distinta de un soldado. Este obedece a la voz de mando siguiendo los movimientos que se le indican. El legionario combate dentro de una mayor independencia y tiene iniciativas personales en cuanto a la lucha, guerreando con arreglo a las conveniencias que le indican las circunstancias.

El legionario es cauteloso y prudente para acercar la presa; buscará el modo de acortar la distancia que le separa del enemigo, para llegar al ataque a la bayoneta con ciega y feroz acometividad. En el combate se arrastra por las quebraduras como una serpiente, hostiliza al enemigo y aprovecha hasta las más ligeras ondulaciones, pegando el cuerpo a la tierra para que el moro no le descubra.

Es tal su espíritu de compañerismo, que no vacila en prestar sagrado juramento de no abandonar jamás un hombre en el campo, aunque la empresa de recogerle cueste la vida a todos. El legionario es





físicamente un hombre superior. A la voz de «¡A mí, la Legión!», hállese donde se hallen, y con razón o sin ella, acuden todos a defender al legionario que pide auxilio.

Jamás uno de estos soldados se quejará de fatiga, de dolor, de hambre, de sed, ni de sueño. Realiza toda clase de trabajos, por rudos que sean; cava, arrastra cañones, carros; permanece destacado, hace convoyes y trabaja, en fin, en cuanto se le manda, sin exhalar una queja, soportando sufrimientos y privaciones siempre con alegre y risueño semblante. En una palabra: cumple su deber y obedece hasta morir.

Sabe que la muerte en el combate es el mayor honor para un soldado; que no se muere más que una vez; que la vida se extingue sin dolor y que morir no es tan horrible como parece. Es mucho más difícil vivir señalado por el mundo como un cobarde.

### Los primeros legionarios

La primera expedición de legionarios que organizaron los banderines de enganche, estaba compuesta de catalanes. Eran 200.

Millán Astray los esperaba en Ceuta; no tenía aun cabos ni sargentos.

Los futuros legionarios cruzaron España como un huracán: se adueñaron del tren y volaron en alas de su capricho infringiendo todas las ordenanzas cívicas y urbanas...

Así llegaron a Ceuta.

Millán que tenía noticias de lo que habían hecho en España, los esperaba en el muelle.

Apenas desembarcaron, les dijo: «Legionarios: No tengo cabos ni oficiales todavía. Si cometéis una falta, no podré, por falta de medios, castigaros. Dadme vuestra palabra de que no faltaréis a las Ordenanzas, mientras yo no pueda hacéros las cumplir, como es vuestro deber». Prometieron todos hacerlo así... Los primeros cabos los eligió al azar, seleccionando los que le parecían de más imponente aspecto... Y no ha tenido queja de ellos. Alguno de aquellos sindicalistas es hoy sargento, por méritos de campaña...

### Legionarios de «punta»

El Príncipe ruso Berka ex coronel del ejército de su país, es simple legionario por amor a España.

Tiene veintiocho años de edad, es robusto y de delicada distinción en sus modales. Habla el alemán y el francés.

El cabo 1.º del Pino ex oficial del ejército mexicano. No puede negar la raza india a que pertenece. Sus rasgos fisonómicos revelan su temperamento salvaje. En la lucha es un tigre de Bengala. Pronto será oficial de la Legión.

Kusko, el célebre clown que el último verano actuó en los Jardines del Retiro es legionario; y legionarios son: el violinista Lizcano de la Rosa y los hijos del capitán Sánchez y el hijo de Jalón y conde de Olmo—que murió en Beni-Arós,— y los hay desertores de todas las naciones, ex oficiales rusos y alemanes, marinos ingleses, *ardittis* de D'Annuncio, abogados, aristócratas, profesores, ingenieros, artistas, yanquis, japoneses; y españoles muchos: catalanes de la *Star*, pícaros, románticos, aventureros...

### Los camilleros de la Legión

Los camilleros de la Legión, son hombres admirables; seres abnegados que, con desprecio de su vida, procuran salvar la de su prójimo; allí está «Chato», un cabo camillero, natural de Madrid, que es un ejemplo viviente de valor, de serenidad y de estoicismo. En el combate sigue con la gente de mando, atento a las incidencias de la lucha. Apenas cae un herido, corre a recogerlo antes de que el enemigo pueda herirle por segunda vez. Ni le arredran las balas que llueven sobre él, ni le importa morir cuando se trata de salvar la vida a uno de los combatientes. Pero el «Chato» siente una desmedida afición a las bebidas alcohólicas, como todos los legionarios.

### El primer muerto

El primer legionario que enterró el Tercio segundón Millán, fué Baltasar Queija de la Vega, un gran poeta...

Era un legionario valiente y alegre que hacía muy bellos versos...

A poco de alistarse recibió la noticia de que había muerto su novia.

Millán que le vio llorar quiso consolarle.

—Mi teniente coronel —le dijo— ¡ojalá que la primera bala que se pierda sea para mí!... Y aque-





...noche cuando hacía centinela, un «paco» hizo un disparo le acertó en el pecho...

### Aquí está el Tercio!

Los legionarios estaban en el territorio de Ceuta, cuando ocurrió el desastre de Annual.

Inesperadamente recibieron la orden de embarcar. ¿Dónde iban?

—No lo sabíamos—; habla un legionario—fué ya en el mar cuando Millán Astray nos contó lo que pasaba, con una lealtad y una sinceridad que revelaban en él al hombre que se está jugando un albur decisivo... ¿Qué hubiera pasado si entre nosotros hubiera habido un movimiento de decepción o de pánico? No sé... Lo cierto es que yo vi a nuestro jefe, mientras hablaba, vehemente, exaltado, llevarse la mano a la culata de su revólver...

Nos dijo la verdad: El ejército español, destrozado, se retiraba a la desbandada; había sido copado Silvestre; Melilla estaba desguarnecida y sus habitantes aterrorizados... Si los moros llegaban antes que nosotros a la plaza, la catástrofe hubiera sido inminente... A punto estaba allí mucha gente de arrojar al mar, en loquecida de pánico... Esta era la verdad, la cruel y serena verdad, tal como debía decirse a hombre! como nosotros... ¡Qué talento tiene Millán Astray! Habló como debía de hacerse en aquella ocasión... Justo es reconocer que nadie dudó un momento. ¡Ir a defender, tal vez a salvar a Melilla!

La navegación, bajo un sol de fuego,

fué rápida y feliz... Todos íbamos un poco emocionados... Algunos también un poco ébrios de entusiasmo, de ansias, de vino, de todo...

Y así dimos vista a Melilla. Y entramos en el puerto, sobre las jarcias del buque, encaramados en la borda, locos, dichosos, cantando el himno de los legionarios...

Nuestras voces elevaban un exaltado coro... En los muelles, miles de personas nos aguardaban... Desembarcamos cantando, gritando, aullando... Y pareció que, contagiado de nuestro ánimo, todo el mundo reaccionó.

—¡Viva España! ¡Aquí está el Tercio!

Y su fe era tanta, que se comunicó a Melilla...

### Anécdotas

En el historial picaresco de estos bravos, hay historietas muy saladas:

Un día dejó de acudir al campamento un individuo. Por la mañana aparece ante la chavola del teniente coronel suspendiendo de la diestra un enorme pez.

—¿Qué haces tú ahí con eso?—le interroga Millán Astray—. ¿Por qué has faltado esta noche?

—Mi teniente coronel, he estado toda la noche ocupado en la faena de pescar este pez. Me ha costado mucho tiempo y no poco trabajo; pero hace días que tenía empeño en ofrecer a usía este regalo.

\*\*\*

En una de las últimas marchas, uno de los soldados ve a un moro que vende dos gallinas, y, destacándose de la fila, interroga al mercader:

—¿Cuánto pides por esas gallinas?

—Doce pesetas—responde el moro.

—Pues dame una. Por esa otra que te queda pides las doce pesetas, y tú no pierdes nada. ¡Que Alá te guarde!

\*\*\*

Cierto día, cuatro legionarios penetran en un restaurante y piden varios platos. Un camarero sin conciencia intenta cobrarles un



El teniente coronel Millán Astray organizador y jefe del Tercio Extranjero.



precio exagerado, y uno de los comensales protesta airadamente contra el abuso.

—Esto es una estafa, y ahora mismo voy en busca de un notario para que levante acta.

El legionario se ausenta, y como el camarero se lamentara ante los otros soldados de la actitud adoptada por el ausente, los tres legionarios prorrumpen en grandes voces, sosteniendo que su compañero tiene razón.

—Sí, señor; sí. Usted ha querido estafarnos, y ahora mismo vamos nosotros también a buscar al notario.

Y desaparecen, mientras el camarero piensa tembloroso en la visita del notario...

### El corazón por escudo

En primera línea, luchan los legionarios: truena

el cañón, se pelea a tiros o machetazos... ¡Adelante!

Borrachos de triunfo, hartos de sangre, feroces retadores, avanzan gritando, insultando...

Un hércules maneja el fusil como una maza; los combatientes, abrazados, ensangrentados, ruedan por un precipicio: y se van matando, mientras rebotan por las aristas de la torren-tera...

En la quietud del campamento, arrobados por la belleza de la noche rifeña, los legionarios descansan de la ruda jornada del día.

Una copla, temblorosa, sensual, cruza como una nubecilla sobre la Legión; y un violín desgrana las notas melodiosas de un vals que se van navegando como cisnes blancos por el espejo de plata de la Mar Chica.

## LIBRO DE HEROES

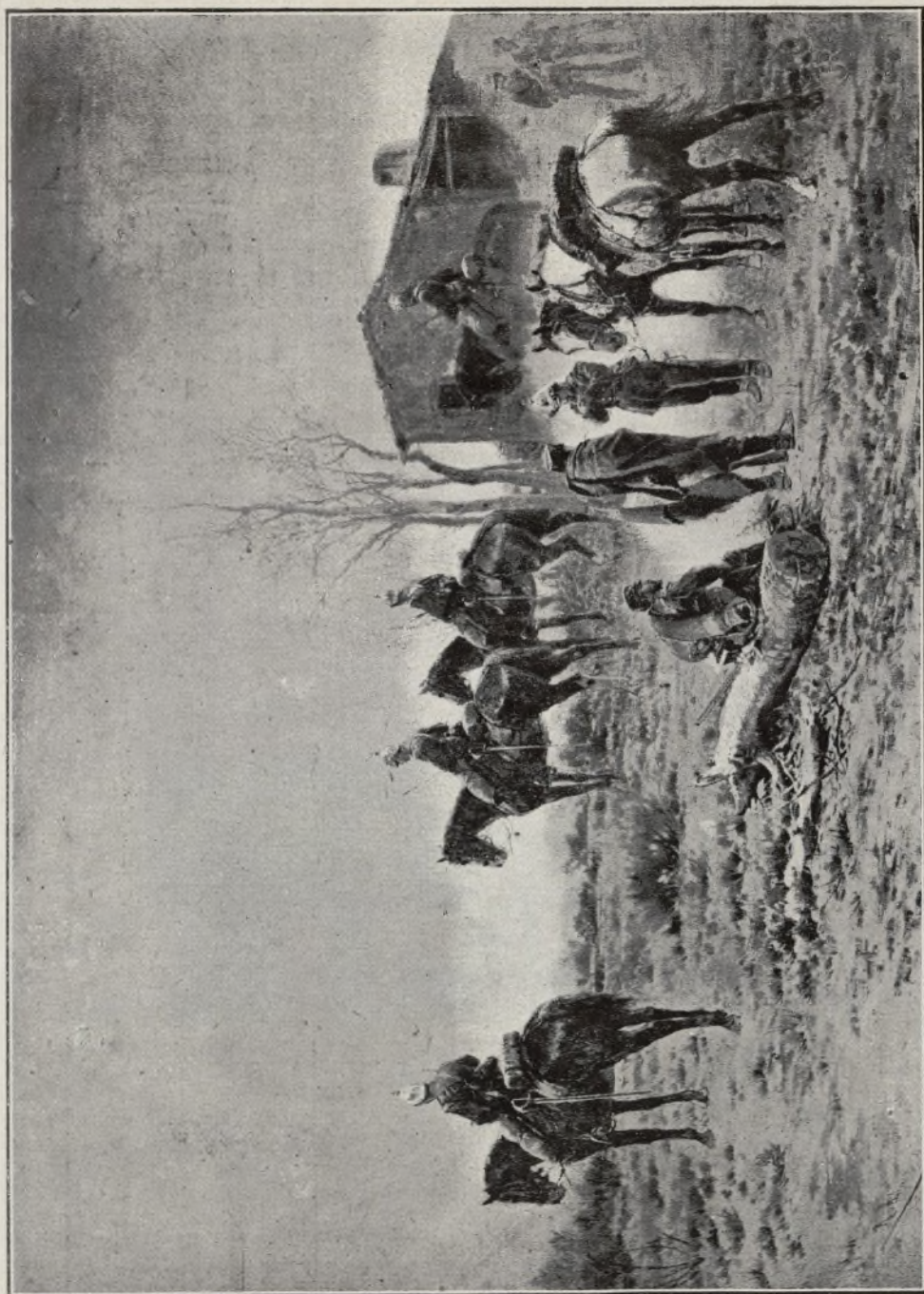
Los artilleros deben escribir con letras de oro el nombre del teniente DIEGO FLORESTA MOYA (así, con letras muy grandes) y elevarle una estatua en el patio de la Academia de Segovia. Daoiz y Velarde, Royo y Guilache, son figuras pequeñas, con ser grandes, al lado de Floresta. Aquellos supieron ser heroicos unas horas, unos minutos; éste ha sabido serlo durante días y días, dejándose morir para no verse obligado (por los rifeños que le tenían prisionero después de lo de Abarán) a disparar contra los españoles. ¿Que no se podía esperar de hombres de ese temple? ¡Descubrirse, españoles! Ha pasado un héroe. ¿Uno? ¿Y el marino Lezaga?... Dígame pronto cual es el nombre, que no me supieron decir en Melilla, de ese otro oficial de Artillería que, prisionero escribió a su hermano, que reside en la plaza, unos renglones trazados con lápiz, en los que le manifestaban que le cuidaban muy bien; que no le dejaban acercarse a las piezas; que haría por destruirlas, pero que si pensaban que había de servirse de ellas... «¡Van en coche! ¡Yo iré en coche también!...» Otro Floresta en perspectiva, si es que no lo ha sido ya. ¿Tres?... El capitán Arenas, de Ingenieros, sabe en Melilla el desastre: monta a caballo y avanza hacia la tragedia. En Tistulín se en-

cuentra a un sargento de Ingenieros herido. Se apodera de él y monta en su caballo al sargento. Este llegó a Melilla; el capitán siguió hacia el campo de dolor. Nada se ha vuelto a saber de él... ¿Cuatro? El capitán de Ingenieros Ponce de León cae herido gravemente; el alférez (procedente de la clase de tropa) Romero, va en auxilio de su capitán. Ruega al alférez que le deje, que se salve: Romero se niega a obedecer (la indisciplina es santa a veces), muere con su capitán. ¿Cinco? ¿Y Benítez y Bulnes (comandante y capitán de infantería respectivamente) en Igueriben?... ¿Y sus compañeros (ignoro sus nombres) que les siguieron a la tumba?... ¿Y tantos otros como irán saliendo a medida que sepamos que ha ocurrido en las trágicas jornadas?... ¿Y los Nador, Zeluán y Monte-Arruit, no os avergoncéis españoles: hemos sufrido una derrota, nos han vencido, si (Napoleón con ser Napoleón fué vencido también); pero a medida que vayamos conociendo la triste realidad, si es posible que encontremos algunas pocas halagüeñas, otras como la que os muestran os probarán seguramente que el soldado español aun conserva sus virtudes, a que si ayer supo morir como en Rocroi, mañana sabrá vencer como en Bailén.

ARMANDO GUERRA







UN RECONOCIMIENTO, CUADRO DE BALACA



## Reconocimientos desde el aire

# Los globos cautivos y su historia

Aunque en la pasada guerra, los aeroplanos, han sido los ojos maravillosos del Estado mayor, relegando al globo a segundo lugar, no por eso han dejado de prestar valiosos servicios de observación.

El globo cautivo constituye un observatorio fijo, cuya utilidad militar es sobre todo ajustar y corregir el tiro de la artillería.

La observación en globo cautivo es ideal con buen tiempo; pero cuando el viento lleva una velocidad de siete u ocho metros por segundo, el globo esférico forma una bolsa que aumenta progresivamente con la deshinchadura del aerostato; éste, entonces tira del cable, se inclina en todos sentidos y se convierte en una bola juguete del viento. La situación del observador es entonces desastrosa: necesita encaramarse ya a un lado ya a otro de la barquilla luchando contra el cabeceo y el balanceo. Todo trabajo de señales es inútil en estas condiciones.

### Un poco de historia.

España ha sido el primer pueblo donde por primera vez se aplicó la aerostación al arte de la guerra. Como es sabido, el año 1783 los hermanos Montgolfier franceses, hicieron el primer experimento de elevar un globo.

En noviembre de 1792 cuatro oficiales y tres cadetes del Colegio de Artillería, efectuaron en el Real Sitio de San Lorenzo del Escorial ante el Rey Carlos IV, pruebas de aerostación con un fin exclusivamente militar,—cual era—según consta en una carta del Conde de Aranda, «tener en campaña, en cualquier situación, hora del día, una atalaya fija o ambulante a voluntad y susceptible de mucha elevación, para descubrir los terrenos del contorno de un ejército y los movimientos, como evoluciones del enemigo en la disposición de un ataque, etc.»

Francia empleó el globo cautivo en 1794, creando dos compañías de aeronautas, y en la batalla de Fleurus, contra austriacos y alemanes, el globo tuvo un éxito completo.

Napoleón organizó en Versalles una Escuela de

Aerostación, dotándola de personal y material con intención de emplearlo principalmente en la guerra de sitios; pero no era muy partidario de ella. Al fin y al cabo, disolvió la compañía de aeronautas a su regreso de Egipto.

En 1815 fueron empleados los globos en la defensa de Amberes. En los años 1848 y 49, los austríacos emplearon delante de Venecia globos pequeños que elevaban bombas. En 1859 los emplearon los franceses en Italia, y también fueron muy numerosas las ascensiones de globos en la guerra de Sucesión Americana.

Pero a pesar de la falta de preparación, fué en la campaña franco alemana donde el globo desempeñó

un papel más brillante. En esta campaña, no sólo como asaltador sino como medio de transporte. Setenta y cinco globos se elevaron en París durante el sitio, llevando despachos, palomitas y algunas personas cuya presencia era necesaria fuera de allí. Gambetta, presidente del Poder Ejecutivo, salió de París por este procedimiento.

En la campaña anglo boers, los ingleses los emplearon con profusión. Los franceses en Argelia y en la guerra ruso-japonesa, los emplearon ambos beligerantes. En 1870 Alemania creó la Aerostación militar alemana.

### Pasos de gigante.

El globo esférico se emancipa al fin de la tiranía del cable: el primer paso en el progreso de la navegación aérea lo constituye el globo libre; pero la libertad no satisface porque es relativa: el globo libre es prisionero del aire. El no tener garantido el regreso quita a sus viajes el carácter de útiles de campaña.

Entonces se inventa el «dirigible» alargado, en forma de cigarro puro, que marcha a impulso de un motor; y enseguida surge el aeroplano que causa infinita sensación en el mundo, se adueña del aire y transforma la guerra.

### Los globos en Francia.

Pero en 1914 al empezar la Gran Guerra, el globo



Primer ensayo de utilización de un globo cautivo como observatorio de guerra. Los globos en la batalla de Fleurus, según una estampa de la época.



El globo esférico cautivo cumple su cometido. En Francia se adivinaba que el globo, dada la considerable extensión del frente en las guerras modernas, tenía un campo de observación muy limitada: suministraba datos para perfeccionar un plan táctico, pero resultaba insuficiente para constituir un reconocimiento extratéctico; así es, que se descuidó su estudio, no teniéndose en cuenta posibles perfeccionamientos para aumentar su estabilidad.

Al principio de la campaña se mantuvieron elevados los globos hasta en días en que el viento alcanzaba diez metros por segundo: lo que resultaba

la muy heroico pero poco práctico. Un globo no puede sostenerse normalmente con viento menor de ocho metros por segundo: con mayor velocidad su estado es lamentable.

El mal resultado que obtenían los esféricos que como aseguraban un servicio constante, hizo transpirar al Gran Estado Mayor francés en diciembre de 1915 a las unidades de aerosteros...

### Una sorpresa de Alemania

Pero Alemania sorprendió a sus enemigos con un servicio aerostático admirable. En 1870 aprovechando la inventiva francesa, creó la aerostación militar; en 1893 dedicaba a este servicio cuatro oficiales y 120 de tropa, y en 1914 al romperse las hostilidades, sus efectivos eran de sesenta compañías dotadas cada una de un «Drachen» de ascensión, uno anemómetro del material correspondiente.

El «Drachen» fué ideado y construido en 1896 por el mayor bávaro Von Parseval. El inventor no asoció al globo una cometa como habían hecho franceses e ingleses; pero ideó un aparato que tenía a su vez algo de cometa y de globo.

Impresionó este servicio a los franceses, y aunque el Drachen fué bautizado en las trincheras con el nombre de *Salchicha*, por afectar la forma de ellas, sirvió a los franceses de modelo.

El comandante Cagnot construyó un tipo muy parecido adoptándolo el ejército como globo cautivo de excelentes condiciones; toda vez que realizaba ascensiones normales aun cuando el viento llevase una velocidad de 20 metros por segundo.

### Rápidos progresos.

Recibió con esto un gran impulso el servicio de globos cautivos como observadores de artillería. Se conservaban los esféricos montados sobre automóviles, pero se empleó principalmente el globo cometa formado por un cilindro terminado en dos hemisferios.

Se empleó para su servicio la tracción mecánica. Desaparecieron las cabrias movidas a vapor, siendo reemplazadas por auto-cabrias, y las compañías de aerosteros llegaron a tener una plantilla de 150 hombres.

A fin de 1915 después de múltiples ensayos, se adoptó el paracaídas para el observador, y en 1916 todos los aparatos franceses estaban ya dotados de paracaídas. Se emplearon en 1917 globos con dos barquillas y todas las compañías fueron dotadas de cabria-automóvil. En 1918 se ensayó un paracaídas con barquilla, y desapareció el poco ganado que quedaba en aerostación, sustituyéndolo por tracción automóvil.

### La acción de la artillería

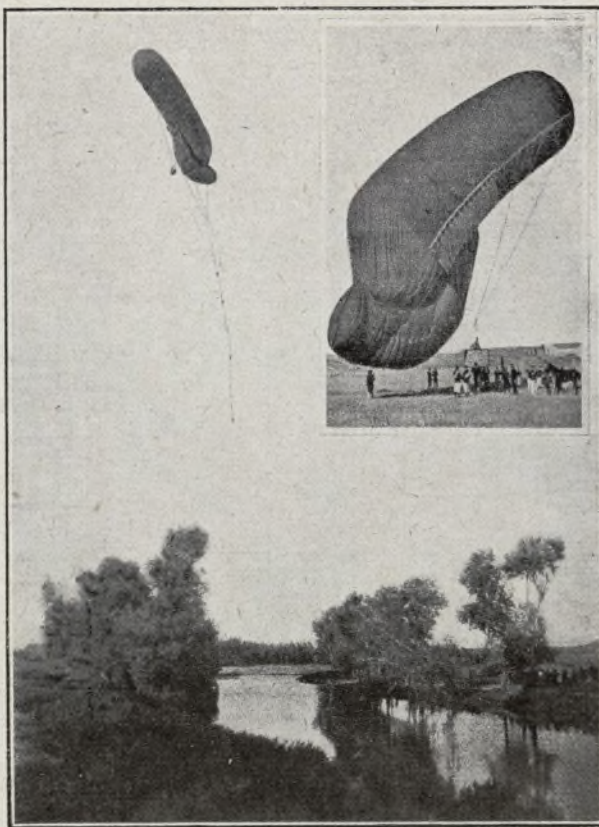
El armamento de una barquilla se componía de una carabina Lebel y el observador iba provisto de gemelos, altímetro, croquis y fotografías. El Lebel fue sustituido, más tarde, por carabinas de repetición Winchester, y se mejoró el instrumental con barómetros, anemómetro, brújula, goniómetro y mapas de gran escala.

Digamos algo de la acción de la artillería sobre los globos.

La perforación hecha por una bala no es peligrosa; no hace perder más que veinte kilos de fuerza ascensional por hora a un aerostato de diez metros de diámetro. Una desgarradura de un metro cuadrado, no entorpece al aerostato más que en 35 kilos por minuto y permite aterrizar sin peligro.

Lo verdaderamente peligroso son las balas incendiarias: cuando empezaron a usarse se dotó a los observadores de paracaídas.

Poco antes de terminar la guerra, los americanos comenzaron a producir en gran cantidad un gas inflamable y muy ligero, que reemplaza con ventaja



El globo cometa que forma parte del Ejército de operaciones de Melilla. Vista del globo en un reconocimiento y al iniciar la operación de elevarse.



al hidrógeno. Al terminar la guerra, los globos cautivos han vuelto a los parques y toda la actividad se dedica a los aeroplanos. Aquéllos han pasado a la historia.

### La aerostación en España

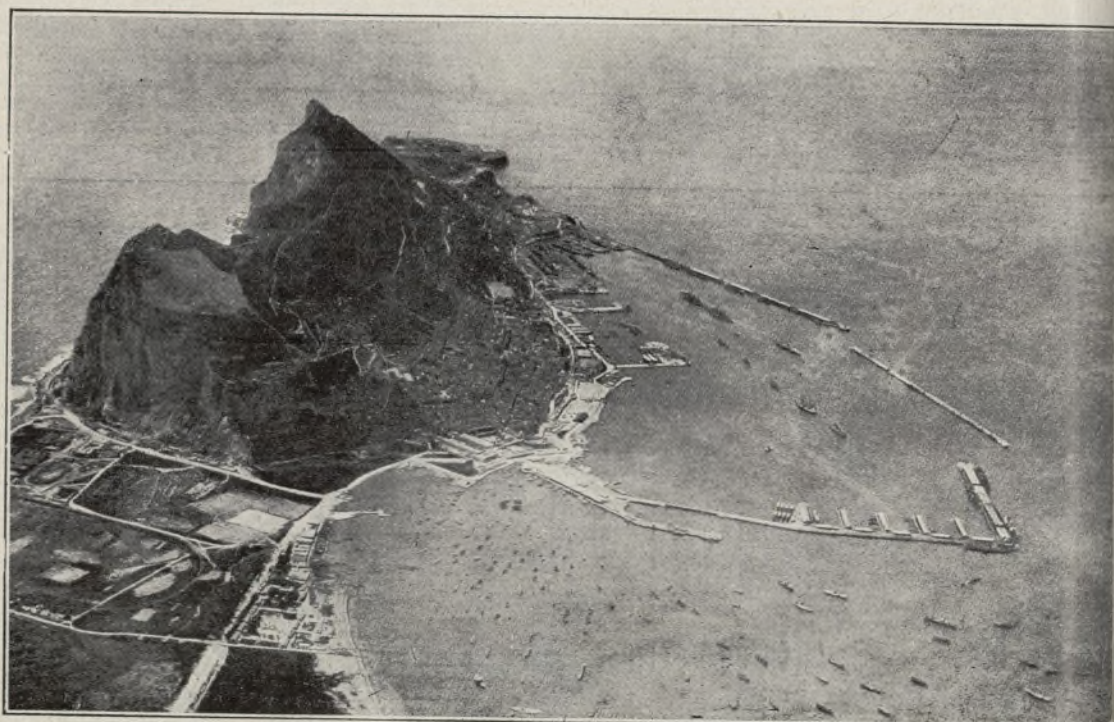
La primera organización del servicio aerostático militar en España se hizo el año 1884, ordenándose que este servicio corriera a cargo de la cuarta compañía del batallón de Telégrafos; pero por no disponerse de los créditos necesarios hasta el 1889 no pudo adquirirse el primer tren aerostático.

nuevos métodos de fabricación del hidrógeno abriéndose por fin camino el sistema de llevar gas comprimido en cilindros de acero.

Pero considerada la Aerostación como un servicio de lujo, en varias naciones, y entre ellas nuestra, se estaba a la expectativa, esperando aprovecharse de los progresos sin hacer los cuantiosos gastos que los estudios y ensayos ocasionaban.

En 1896 varias comisiones de ingenieros efectuaron estudios en Inglaterra, Francia, Alemania e Italia, preparándose para el planteo del servicio en nuestro Ejército.

En la ley de Presupuestos del mismo año



Los reconocimientos desde el aire pueden mostrar, hasta en sus más pequeños detalles, la organización de una línea de defensa. He aquí una admirable fotografía de la plaza y Peñón de Gibraltar en la que pueden verse interesantes detalles del puerto militar y los caminos de la montaña.

Las primeras prácticas se efectuaron en Madrid, en la Casa de Campo y en una de las primeras ascensiones cautivas—el 27 de Junio de 1889—tomó parte S. M. la Reina Regente, Doña María Cristina, hecho que tuvo mucha resonancia por haber sido nuestra Reina la primera persona Real que hizo una ascensión en globo.

El 19 de Julio siguiente tuvo lugar la primera ascensión libre.

El 1890 en la Escuela práctica se incendió el globo que fué reparado.

Por esta época sufrió el servicio aerostático una paralización y si bien el tren aerostático siguió formando parte de la cuarta compañía del batallón de Telégrafos, apenas se hizo otra cosa que atender a la conservación del material.

Los grandes Ejércitos extranjeros seguían trabajando y progresando en la aerostación militar, estudiando diversos sistemas de inflación y en los

creó la Aerostación como servicio independiente asignándosele una plantilla de un comandante, un capitán, un teniente, un celador y 52 soldados, fijando la nueva unidad su residencia en Guadalajara.

Se adquirió un globo esférico y algún otro material para completar el tren «Yon», existente en el batallón de Telégrafos, y se empezó en Guadalajara una serie de ensayos, para estudiar el material que podía ser más conveniente, pensándose en la conveniencia de la adopción del globo-cometa, en uso en el Ejército alemán, y después de nombrar una comisión que estuvo en Baviera, Austria, Suiza e Italia, se declaró reglamentario el globo-cometa en sustitución del esférico, que hasta entonces se había usado como material de ensayo.

En Diciembre de 1900 se verificó la primera inflación del globo-cometa y la primera ascensión libre en España.



## CURIOSIDADES ENTOMOLÓGICAS

# LOS TRABAJOS DEL NECRÓFORO

Las personas prácticas pueden pasar por alto este breve estudio: escribo para los jóvenes que aun conserven un poco de candidez y para los pensadores a quienes haga meditar, esta exclamación de Fabre, el viejo maestro:

«¡Qué espectáculo en primavera, debajo de un topo muerto!»

La grandiosidad de la naturaleza, lo mismo se adivina, ante la contemplación de los mares, o ante la suprema perfección de una bella mujer, que estudiando la vida de cualquiera de esos míseros insectos, que paseando por el campo, aplastamos inconscientemente bajo nuestra planta, sin sentir remordimiento de conciencia por haber aniquilado una manifestación de vida.

¿Tienen, o no, luces racionales los humildes insectos?

Nada más fácil que estudiar sus costumbres: es su vida tan breve, que un hombre que disponga de unas horas diarias de asueto y de un rincón apacible en el campo, donde no le molesten sus semejantes, puede estudiar en corto tiempo varias generaciones de cualquier insecto, y familiarizarse con él... Y entonces, ¡qué hondos secretos, que gratas sorpresas le revela ese mundo en el cual penetra con las luces de la razón y la comprobación con el experimento!

### El necróforo o enterrador

Uno de los más interesantes insectos, es el *necróforo*, llamado también el enterrador o salta-tumbas; de entre todos los insectos alquimistas, que de los detritus de bichos muertos, sacan sustancia para su vida, el necróforo es el más original.

No es como la hormiga, que va en vanguardia por migajas, ni como el díptero atraído por el humo de la piza; no es el anatómico que abre en canal a su víctima y le rasga las carnes con el escalpo de las mandíbulas: es sencillamente un enterrador; inhuma el cadáver para establecer en él a sus descendientes, pensando que madurado, será la exquisita vitualla de sus larvas.

El necróforo huele a almizcle: lleva borla roja en la punta de las antenas, franela nankín en el pecho

y a través de los élitros dos fajas de color cinabrio; con festones.

Es el primer saneador de los campos; sus aptitudes psíquicas son famosas y parece estar dotado de facultades intelectuales.

### Métodos de trabajo

El necróforo no rehusa podredumbre cadavérica en especie alguna. Todo es bueno para él: la caza de pluma como la de pelo, musarañas, musgaño, topes, ratas, culebras.

Incapaz de transportar el cadáver encontrado en cualquier parte, está obligado a abrir la sepultura en el lugar mismo en que yace el muerto: este obligado lugar de sepultura, puede ser, lo mismo en terreno blando, que sobre guijarros o sobre maleza, que mantiene a la víctima a algunos centímetros del suelo. Esta variedad impide que el necróforo tenga métodos fijos en la marcha de su trabajo: tiene que modificar la técnica según los casos. Aserrar, romper, desprender, levantar, sacudir, cambiar de lugar, etc.

### El entierro de la víctima

En un ribazo del camino, han montado el taller los necróforos. Quien no esté informado, se extrañaría observando un topo muerto que se mueve un poco: es una ligera trepidación que nos hace creer que aun le alienta un resto de vida. Son los necróforos que trabajan, acurrucados invisibles debajo del cadáver. De tiempo en tiempo sale uno de los cinco o seis enterradores, casi siempre un

macho y da una vuelta alrededor del animal, al que explora y vuelve a esconderse deprisa.

El muerto oscila y se agita, y en torno a él se va formando un anillo de tierra arrojada por los sepultureros. El topo por su propio peso se va hundiendo poco a poco por falta de apoyo en el suelo minado. El cadáver parece que se entierra por sí solo.

El trabajo no puede ser más sencillo. Conforme los sepultureros van profundizando el vacío, en que







se hunde el cadáver sacudido a tirones hacia atrás, sin intervención de los sepultureros, la sepultura se va llenando por sí sola, a causa del desmoronamiento de las tierras removidas. Para semejante labor, tan solo se requieren buenas palas en las puntas de las patas y fuertes espinazos. Para asentar el muerto en el menor volumen y hacerle franquear los pasos difíciles, le dan frecuentes tirones.

En una sesión de cuatro horas el topo desapareció tragado por la tierra. Como huella visible de esta obra sólo quedó un montoncito de tierra, título de la sepultura.

### En el pudridero

El trabajo bajo tierra continúa. Si pasados tres o cuatro días del entierro, la curiosidad nos lleva a descubrir el pudridero, veremos el topo convertido en una masa verdosa, infecta, que descansa en una cripta espaciosa de paredes resistentes. Al lado de la pieza, guardada y amasada por ellos, hay dos necróforos, un macho y una hembra. Pero en el enterramiento, colaboraron cuatro o cinco, ¿cómo no están allí?

Es que los necróforos, practican un admirable contrato social: esta pareja necesitaba preparar las vituallas para sus hijos; los desocupados, advertidos por el husmillo acuden como auxiliares, se deslizan bajo la pieza, trabajan, entierran y después se van, dejando a sus anchas a los amos.

Estos manipulan el pedazo de detritus, lo pelan, lo lían, lo dejan cocer un poco, conforme a los gustos de los gusanos, y cuando todo está en orden, depositan las larvas, salen de la cripta y cada uno a su guisa, vuelve a empezar la tarea en otra parte, bien por su cuenta, bien en calidad de desinteresado auxiliar.

### Las larvas

Quince días a lo sumo después de enterrado el topo, ya empieza a ser invadido por una nueva población viva. Es la larva, blanca, desnuda y ciega, que pronto aparece armada, con mandíbulas fuertes y negras, y patas cortas, prontas a trotar. Tienen en el abdomen anillos blindados con una placa rojiza, armada de cuatro espinitas, que le suministran puntos de apoyo, cuando la larva deja la habitación natal y se hunde en tierra para transformarse.

Un mes después, ya adultos, salen hartos, sucios, odiosos a la vista; y pronto se transforman brillantes, con todas sus galas, dispuestos a buscar compañera y empezar a ejercitar su oficio.

### Dos anécdotas

Cuenta el entomólogo Lacordaire dos anécdotas interesantes:

Clairville—dice—refiere que vió un necróforo que queriendo enterrar un ratón muerto y encontrando muy dura la tierra en que yacía el cadáver, cavó a cierta distancia el agujero en un terreno más blando. Terminada esta operación, trató de enterrar el ratón en esta cavidad; pero como no podía transportarlo echó a volar y volvió acompañado de otros cuatro semejantes suyos, quienes le ayudaron a arrastrar el ratón y a enterrarlo.

En tales actos, no es posible resistirse a admitir la intervención del raciocinio.

Otro hecho tiene también todos los indicios de intervención de la razón. Queriendo secar un sapo, lo colocó en la punta de un palo plantado en el suelo, a fin de evitar que los necróforos acudiesen a quitárselo. Pero de nada le sirvió tal precaución como estos insectos no podían alcanzar el sapo, hicieron un agujero debajo del palo y después de haberlo hecho caer, lo enterraron junto con el cadáver.

### Un curioso experimento

El sabio naturalista Fabre cuenta el siguiente experimento realizado por él, que demuestra la inteligencia del necróforo.

Con un hilo de rafia ata un topo por delante por detrás a una ligera travesía horizontal apoyada en dos horquillas inmóviles. Es como la pieza de carne puesta excéntricamente en el asador. El animal muerto toca el suelo en toda su longitud.

Los necróforos desaparecen debajo del cadáver y sintiendo el contacto de su piel se ponen a trabajar. Va profundizándose la fosa, dejando lugar al cuerpo; pero la cosa codiciada, retenida por el travieso, mantenido a distancia por las dos horquillas, no se hunde. Se detiene la excavación y las vacilaciones se prolongan.

Un enterrador sube entre tanto a la superficie, pasea sobre el topo, lo inspecciona y acaba por descubrir el lazo de atrás. Lo marca tenazmente y lo deshila. Entonces el topo arrastrado por su peso, se hunde en la fosa; pero oblicuamente, con la cabeza afuera, mantenida por la segunda ligadura.

Proceden a la inhumación del cuarto trasero; después, tiran y sacuden en un sentido y en otro. Nada; la cosa no baja. Nueva salida de uno de ellos para informarse de lo que pasa arriba. Descubre



segundo lazo, lo rompe también y desde este momento la obra marcha como una seda.

Como se ve el animal, expuesto a trabas en el ejercicio de su industria, está siempre prevenido. Deno ser así, su oficio sería impracticable. No se alcanza un fin, sin medios, sin las aptitudes necesarias.

Otro experimento: En la arena, planta el investigador una ramita de tomillo. En la rama se coloca un ratón; los necróforos suben, pasean sobre el cadáver y recorren todas las ramas del arbolillo. Luego descienden, y recorren el terreno en todas direcciones, ¿han abandonado la presa?

Mientras los demás descansan tres o cuatro empiezan a cabar en torno al arbolillo: pronto éste, oscila y al fin cae, dando con su carga en tierra. Entonces los inteligentes animalitos proceden al entierro por los métodos normales.

¿No se ve en esto algo más que el inconsciente impulso del instinto?

### Una vejez triste

Las costumbres familiares de los necróforos, tan afectuosas durante sus épocas de trabajo y cría, se endurecen al final de su existencia. En la primera quincena de junio ya han dado por terminada su labor que dió comienzo en abril: las despensas es-

tán repletas, las larvas encontrarán un excelente depósito de provisiones de alta energía que estimulan el organismo y aceleran el crecimiento.

Entonces los necróforos salen del suelo y se arrastran lánguidamente al aire libre. Todos cuantos suben a tierra, tienen las articulaciones amputadas. A unos les queda una sola pata, otros reman con los muñones sobre la superficie polvorienta lamentablemente andrajosas y cubiertos de una plaga de microscópicos piojillos.

El trabajo dió al sepulturero en su primera época gustos sencillos y pacíficas costumbres: la inactividad le inspira pensamientos perversos.

Va: los lisiados, arrastrando su vida, y al tropezarse con otro, el más vivo, acaba con el mísero vaciándole el vientre de un lancetazo. Otros mueren devorados por sus compañeros. A las pacíficas relaciones del principio ha sucedido el canibalismo.

Nos recuerda esto, las costumbres de ciertas tribus salvajes, que mataban a sus ancianos para evitarles las miserias seniles. El cachiporrazo en el cráneo canoso era para ellos una obra de piedad filial. Los necróforos participan también de estas antiguas salvajadas.

Va viejos y en lo sucesivo inútiles, arrastran una existencia penosa y se exterminan mutuamente. ¿Para qué prolongar la vida del impotente y achacoso?

## LOS SUSTITUTIVOS DE LA MONEDA

Así como la invención de la moneda facilitó enormemente la circulación y el cambio de productos, porque el que deseaba ceder una mercancía no tenía que esperar cambiarla por otra que necesitase, el empleo del billete de Banco como sustitutivo de la moneda metálica presta grandes servicios a la economía de una nación, porque esta moneda, por su peso, volumen, riesgos de su transporte, por las diferencias monetarias entre las naciones, por el tiempo empleado en la cuenta de unidades, llegó a considerarse un obstáculo para los cambios. Entonces se idearon diversos sustitutivos de la moneda metálica, títulos de crédito de diversas clases, que relegan a ésta a una función secundaria en los pagos poco importantes. Estos sustitutivos son el billete de Banco, las letras de cambio, los cheques, etc.

Dadas las enormes sumas, objeto de tráfico en los tiempos modernos, no habría metales preciosos bastantes para responder a las necesidades actuales. La riqueza de Inglaterra, por ejemplo, se evaluaba en 251.000 millones de francos y la moneda metálica no llegaba a 3.000 millones.

Por otra parte, un millón oro, pesa 350 kilos, y se necesita una acémila para su transporte; en billetes de Banco es un paquete molesto; en un cheque se lleva como una tarjeta. Añádanse a estos inconvenientes el de desgaste de la moneda metálica y gastos de su acuñación.

Puede asegurarse que en la compraventa, las nueve décimas partes del tráfico se lleva a cabo, por medio de letras y cheques: el oro y la plata no se emplea más que para los pequeños gastos.







## CRONICAS DE LA GUERRA

# EL HOSPITAL DE SANGRE

### La diana

A la derecha de las camas, teníamos unos sillones de madera, cuyo asiento movable, ocultaba un recipiente de barro.

Muy de madrugada cuando aún la media luz de unas bujías de gas, mantenían la sala en suave penumbra, llegaban los mozos: y el golpecito seco, de la tabla del asiento al cerrarse, era la desagradable diana que despertaba a los enfermos.

Los cuerpos aún somnolientos, daban vueltas en la cama; se oían bostezos y exclamaciones de disgusto, y pasados breves momentos, se hacía nuevamente el silencio.

Duraba poco: se escuchaba el rasgueo infernal de las escobas sobre las losas, y el chapoteo del agua, que se vertía de las grandes cubetas que los mozos arrastraban, empujándolas con palos a cuyos extremos unas bayetas hacían oficio de escobillón. Frotaban con ellas el suelo, metiendo los palos entre las camas y dándole encontronazos en las patas: las manifestaciones de desagrado eran entonces muy ostensibles.

Los enfermos, sacados del sueño por despertar tan brusco, procuraban reconciliarlo, rociando de pasada a los mozos con un chaparrón de apóstrofes.

—¡Piazos e brutos! —exclamaba un ingeniero aragonés, arrebujándose en la cobertura.

—¡Non dexairás dormir, home de Dios! —musitaba quedamente un galleguito muy tímido: y se tapaba la cabeza; pero cuando repetían cerca de su cama, suspiraba, adoptando una resolución suprema. ¡Non deixan! —y se quedaba panza arriba, mirando al cielo.

Un andaluz, soldado de Caballería, de buen despertar, apenas abiertos los ojos, la tomaba con el mozo que tenía más cerca.

—¡Cállate, andaluz! —decía malhumorado un compañero de cama, castellano viejo.

—¡Si es er tío este, que l'a tomao con las patas de mi cama.

—¡Chist! ¡chist! —rugían vanos. Otros encendían cigarrillos y empezaban las conversaciones de cama a cama.

El último en despertar era un catalán, alto, fornido, coloradote, que padecía reuma en la pierna izquierda: un reuma que le hacía cojear de una manera grotesca que él acentuaba con caricaturescas contorsiones.

Daba un resoplido, se frotaba los ojos y haciendo gemir bajo su peso el herraje de la cama, se sentaba; mirando con asombro a los compañeros y a los mozos.

Su vozarrón era terrible: atronaba la sala; era como una lluvia de perdigones sobre una plancha de lata. De él decía un paisano suyo, de quejumbrosa y dulce voccecita:

—¡Sembla un fliscorn! ¡cóm crida Deu meu!

Empezaba el catalán la jornada amenazando con los puños cerrados a los mozos, que ya se marchaban con sus bártulos:

—M'as despertát selvaches! yo us donnaria molta natadat; —luego se dirigía a los enfermos— ¿qu'el sembleu estos tíos? don fare una sollicitud a les monyes para ques faxeu fora...

Cogía de la mesilla de noche una colilla de puro de a cuarto, resto de la noche anterior y mientras la encendía con aspiraciones fuertes que vencían la resistencia del incombustible leño, seguía sus lamentaciones que salían aureoladas por un humo acre y espeso.

—¡Les pegaré cuan suvol dfa... Cuan me provia una sabata ques tire al cap, ya verán quium vaia als'i surtir al cap!... ya verán, ya.

Las quejas del catalán provocaban risas y algazara.



—¡Catalán que me volves louco!—suplicaba el galleguito, asomando a medias la cabeza entre el embozo.

—¡Calla maulón... ministre des galápagos!

—Sí sí maulón; gemía el gallego, volviendo a ocultarse bajo la sábana.

El andaluz se daba a los demonios renegando.

—¿Pero zeñó onde m'an metió a mí? ¡chau! ¡chau! ¡chau! ende que amanece er catalán y er gallego... Pero zeñó! ¿queréis jablá españó que tóos semos cristianos?

—Y tú enterraumes españó? ¡zó! ¡cé! ¡zó!...—replacaba el catalán mofándose.

—¡Callarse brutos—decía un madrileño que tenía mal humor porque estaba a dieta.

Del extremo de la sala llegaba un leve siseo, que imponía orden.

¡Chis!... ¡chist!... callarse, que vienen las hermanas, decía el número uno de la sala.

Cesaban las risas y la sala quedaba en silencio: todos después de arreglarse las coberturas, fingíamos dormir.

Como un eco, se oía el canturreo monótono de una oración, que entonaban varias voces a coro.

Eran las benditas hermanas de la caridad, que llegaban a empezar la abnegada misión cerca de sus enfermos.

—¡Ave María Purísima!—Entraba nuestra madre-cita en la Sala: con pasitos menudos para no despertarnos: se oía la respiración rítmica de cuerpos en reposo...

### Como rezaba Sor Isabel

Sor Isabel, sonriente avanzaba hasta el centro de la Sala: nos miraba con ternura infinita y para prolongar un ratito más nuestro descanso, rezaba un buen rato ante un Cristo que nos presidía. Algunos llegaban a dormirse de veras; pasado algún rato daba unas suaves palmadas y decía muy quedo:

—¡Vamos, niños, a rezar!

Fingíamos despertar, y estallaba la algazara: a los «muy buenos días les de Dios» se contestaba con alegres saluciones.

—¡Buenos días!

—¡Dios la guarde!

—¡Ya está aquí Sor Isabel!

—¡A rezar! ¡A rezar!

—¡Despierta maulón que está aquí la Madre!

El catalán era el más estruendoso: tras un descomunal ronquido se incorporaba:

—¡Buenos días tenga la hermanita! ¿Nos traerá vosté pronto el chocolate?

Sor Isabel sonreía, iba de acá para allá despabilando a los más cucos y respetando el fingido sueño de los que creía más delicados.

Arrodillándose ante el Cristo crucificado bajo cuya advocación estaba la Sala, empezaba su oración, con una voz argentina, melodiosa, que se adueñaba de los corazones:

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

Continuaba; un murmullo que terminaba siempre en amenes, le hacía coro; tras una oración, otra:

por el alma de los que murieron: por la salvación de los que mataban...

Fijos los celestiales ojos en la sagrada imagen, Sor Isabel, pálida como una azucena, de facciones correctas, inmaterializada por el misticismo, continuaba invocando la Fe, la Esperanza y la Caridad; el amor de Dios y la resignación cristiana: rezaba con tanta unción, que hasta los más revoltosos y rebeldes, sentíanse embargados por una dulce emoción, unos escuchándola y otros siguiéndola en sus rezos.

Cuandola hermana entonaba el Oremus y empezaba

*Gratias tuas quae sumus, Domine mentibus nostri infunde...* ya se escuchaban risitas disimuladas con golpes de tos: con el latín, no transigían los buenos y revoltosos muchachos.

Solo uno, regordete, moreno, de voz de Sorchantre, castellano viejo, seguía la oración, elevando, para «epatarlos», el tono de voz al llegar al *per eudem Chistum Dominum Nostrum*.

—«Amén»—decían todos, con voz alegre que equivalía a un «gracias a Dios que acabaste»; y el sorchantresco castellano se tapaba la cabeza con la almohada, porque ya iban por el aire en busca de su cara regordeta, una docena de alpargatas: el catalán le tiraba la diminuta cola de puro, encendida, gritando:

—¡T'as portát mamaluco; ahí va esa breval...

La hermana Sor Isabel, que toleraba la inevitable





traca final de la oración matutina, disculpándolo con su infinitiva bondad de santa, iba de cama en cama, enterándose del estado de cada enfermo...

### La hora del chocolate

El estado de los enfermos de la sala grande no podía ser mejor: todos se iban reponiendo: las heridas se iban cicatrizando: ya, más que malos ratos y dolores, proporcionaban contento y noble orgullo: los enfermos convalecían de sus gastritis, paludismo o reuma, gracias a esa gran medicina de los hospitales de guerra: cambio de clima, buen agua y blando colchón de lana.

Tan solo, catorce o quince enfermos de relativa gravedad había en la casa: y éstos, en salas especiales, hacían su vida triste y silenciosa.

Se aproximaba la hora del chocolate: soconusco exquisito, regalo de unas damas muy caritativas, con un panecillo grande, recién sacado del horno.

Para repartirlo, utilizaban los mozos un carretón de madera, donde iban en sendas bandejas las jicaras y los panes: tras la mesa ambulante, dos hermanas de la Caridad, con grandes chocolateras niqueladas iban sirviendo las raciones.

Al rodar el armatoste sobre las losas, producía un ruido metálico, como el de un tren al cruzar sobre una plataforma de hierro: al salir de la cocina ya se oía en las salas.

—¡Convoy! ¡ya está aquí el convoy! gritaba el catalán, aventando el olor del pan caliente...

Habían bautizado las salas y los sitios donde se

detenían para distribuir, con nombres que recordaban los del campo de operaciones.

—¡Ya llegó el convoy a la Segunda Caseta!

Volvió a oírse el chirriar del carretón.

—¡Ya salió para la Restinga!...

—¡Ya está en Sidi Musa!

—¡Los de Nador, no dejen ni las escudilletas!—ronroneaba el galleguito.

Cuando entraba en la sala, después de los tres ¡hurra! de ritual que lanzaba un cabo de cañón del *Lauria*, todos se incorporaban e iban desdoblando las servilletas, poniéndose en facha para darse el festín con toda la sibarítica comodidad de quien está muy acostumbrado a desayunar en la cama; ¡chocolatitos a ellos!

Un músico de tercera, madrileño—el número ocho de la sala—estaba a dieta; aún tenía algo de fiebre y en este particular, la consigna se cumplía militarmente.

El madrileño, suspiraba entristecido porque era un devoto del soconusco.

—Hermana, ¿me deja V. hoy una jicarita a cambio del caldo? preguntaba sonriente a Sor Isabel.

—¡Libreme Dios! ¡Qué diría el Doctor! respondía la hermana, pasando de largo.

El catalán siempre quería más:

—Donne doble convoy hermanita que estoy mol enfermito, decía con hipócrita zalamería; y cuando perdida toda esperanza veía alejarse el convoy, empezaba a comer, proponiendo a gritos con su vozarrón de fliscorno:

—¿No os parece, que debemos votar una solicitud en mancomunidad para que nos donen mes chocolate?

—¡Lo que te deben dar es el alta, para que nos dejen tranquilo, decía alguno.

—¡Aixó—asentía el gallego.

—Hermana—decía otro—por la Virgencita del Carmen, no diga V. a nadie de la sala, donde han comprado estos «cuenquitos» que tengo apostado un duro a que no los encuentran tan chicos.

—Verdad es—añadía un asturiano—tan chica es que después que póngola en la cama, olvidome donde púsele y no véola.

En un santiamén se despachaba «aquello» y tras un trago de agua fresca se encendían los cigarrillos...

### Se abre la sesión...

Empezaban las charlas y las lecturas de cartas: algunos se vestían e iban a formar tertulias en torno a las camas de otros...

Y sobresalía estridente, metálica, la voz del catalán:

—¡Cuándo portarán la escudella!

—¡Me estomaga este bestial!—decía un cazador que padecía enteritis.

—¡Aixó—asentía el gallego.

En un corro se hablaba de la guerra: una noche estábamos en las trincheras bajo una lluvia torrencial que nos caló hasta los huesos, cuando...

—¡Eso no es nada!—comentó un oyente—¡para fatigas y agua, un día mi Regimiento!... ¡cinco días en remojo y sin comer caliente!

—A mi Regimiento, no pasole nada—agregó el







de Oviedo—¡tanto que cascáis!... a los míos sí que llegoles el agua al cuello...

—¡Callarsus bestias!—gritaba el andaluz, desde su cama—¿habrá dejao de llové pá toó el mundo iguá? ¿O es que tu Regimiento estaba debajo de las canales?

Se discutía, hasta la lluvia, como si cada gota, hubiera sido un timbre de gloria: surgía brioso el espíritu del Cuerpo, y cada uno proclamaba las excelencias del suyo

De la lluvia se pasaba a los combates:

—¿Estuvistes en Tardix?

—¿Fuistes el 30 a las Minas?

—¡No sabes lo que es bueno!

—¡Ya verías ¿eh? a los de Chiclana!...

—¡Y tú a los de León!...

—¡Qué día aquel!

Nadie lograba imponerse como narrador: todos gritaban contando episodios: episodios relatados con esa ingenua tosquedad que esculpe como en piedra, las jornadas rudas y toscas también, como escritas que son con acero sobre carnes jóvenes.

—¡Estos muchachos se han vuelto locos!—decía Sor Isabel—acercándose al grupo.

—Hablabamos de la guerra, hermana.

—¿Has matado tú muchos moros? preguntaba.

El catalán intervenía:

—Viugui hermana, é daré nota de los moros que maté y de los combates que habimos tuvido... pero ¿me dará doble covnoy de escudella? ¿eh?

Sor Isabel, escuchaba con el candor de un niño, las narraciones tremebundas, y acababa por taparse los oídos, acongojada por tantos horrores, como si aquellas fatigas que en tono jocoso y ponderativo narraban, hubieranse clavado en su alma, de pureza infinita...

Luego se humillaba ante el Crucifijo:

—¡Señor... por el alma de los que murieron te pido el perdón para los que mataron!

### La visita del doctor.

Se escuchaba el repiquiteo de un timbre: el doctor había llegado al establecimiento: los que oficialmente aun no se levantaban se metían en la cama

aprisa, cesaban las charlas y cada cual se preparaba a su modo para la visita.

—¡El señor doctor!—anunciaba un mozo.

Entraba en la sala el médico seguido de sor Isabel, los topiqueros, el alumno de guardia y dos enfermeros.

Se detenía la comitiva ante la cama del primer enfermo: éste aparecía bien tapado, cuidadosamente arreglado el embozo y con un brazo fuera, como en disposición de que le tomaran el pulso.

—¡Ola, barbián!, a ver, ¿cómo estamos?

—Ahora estoy bien—respondía el enfermo, con voz ligeramente velada por la emoción—; pero anoche tuve frío y creo que hasta calentura...

Lo decía el muchacho tan convencido que era preciso olvidar que pidió dos jícara de chocolate aquella mañana y que hasta ese momento de la visita lo había pasado de sala en sala, rifando un par de calcetines y una cajetilla de cigarros.

El médico, mientras le pulsaba, observaba el planillo de temperatura, colocado a la cabecera de la cama.

—¿Cómo andas de vientre? Saca la lengua, y luego se volvía al alumno que tomaba notas y le preguntaba:

—¿Qué tomó este ayer?

—Quinina y ergotina.

—Siga el tratamiento.

Se dirigía a otra cama, la del catalán, ¿y tú cómo te encuentras?

—Mellór; pero la pierna esta me faxe mólt mal: semple que está rota.

El topiquero insinuaba que algunas veces brincaba de cama a cama y ese ejercicio podía perjudicarle.

—¡Pero hombre de Dios!, ¡qué incorregible! ¿No tengo dicho que estés quieto en la cama?

—¡Estoy, doctor; si m'a levantat a ratos, lo para hacer necesitát..., ¿sabe, voste comprende lo que digo?

—Bien, quieto en la cama y sigan las frotaciones...

Así recorría la sala el doctor: a los que encontraba totalmente restablecidos les daba el alta.

Una de las altas fué un día el asturiano: recibió



la noticia contento porque siempre le agradaba cambiar de postura; pero debió pensar también en las dulzuras del buen colchón de lana y en el chocolate matutino, porque un gesto desconsolador sombreó la naciente sonrisa...

Terminada la visita volvía la charla...

—¿Qué te ha dicho a tí, Arapiles?

—¿A mí?

—No, al de la esquina.

—Siga el tratamiento—y le tiraba una alpargata a la cabeza—, ¿y a tí?

—Que puedo levantarme y ración de gallina.

—Al andaluz le han puesto purgante...

—¡Pues no se de que tendré yo el cuerpo así! Diga, hermana—le preguntaba a una que cruzaba—¿Será tanto chocolate por la mañana lo que me irrita el estómago?

—¿Y a tí, asturiano?

—Diéronme el alta.

—¿Para el Regimiento?

—¡Paréceme tonto! ¿Dónde marcharéme, pues?

—Podías ir con licencia.

—Con licencia para hacer trincheras.

—¡Y que lleva fuerzas!

—¡Callar rayos...! ¡Tanto que cascáis que decís tontadas!... lo que dijome yo escuchéle y callóme..., ¡copleros!

El que recibía el alta era objeto de mil felicitaciones y encargos.

—¡Que lo pases bien, hombre!

—Cuidado con los *Pacos*.

—Recuerdos a doña Restinga.

Los «altas» dedicábanse a ordenar sus ropas y a escribir a la familia, ajenos ya por completo a la vida de hospital.

Por la tarde llegaba una clase de un Cuerpo de la guarnición y lo acompañaba al Depósito de transeúntes.

## El segundo convoy.

La hermana repostera entraba repartiendo el aperitivo: un vasito de cerveza.

Aquello sentaba la mar de bien a los inapetentes y aun otros de los que al llegar el convoy pedían ración doble, decían a la hermana muy compungidos:

—¡Qué bien me sentaría a mí un traguito de *eso*, si es verdad, como dicen, que abre las ganas de comer...

—¿No comes bien, muchacho?

—¡No es cosa!

La hermana llenaba el vaso y el favorecido, después de cerciorarse con fingidas y picarescas consultas de que *aquello* no le haría daño, empuñando en alto el vaso, se marchaba riendo a brindar con otro «vivo» en recuerdo del día tantos, de tal mes, que no probó gota de agua y creyó morir de sed...

Entraba otra hermana repartiendo el vino y se escuchaban los ruidos del convoy, tomando posiciones en la cocina.

Las servilletas empezaban a ser desdobladas.

Las sopas de fideos, humeantes, bien sustanciosas, preparaban el estómago: luego el buen «coci» rebosado en salsa de calabazas y vinagre era como un aperitivo para las tajaditas de carne o el pescado

blanco, tras el cual, cerrando la marcha desfilaban soberbios pastelillos de ojalde y un vaso de vino dulce que dejaba mieles en la boca y un calorillo de sensual cosquilleo en el estómago...

Entraba en la sala, tarareando la Marcha Real, el cazador cojo, corriendo a saltos apoyado en sus muletas.

—¡Atención! Acaba de decirme el alumno de guardia que esta tarde vienen a vernos las señoras de Tal o don Fulano de Cual que trae tabaco, dulces y pesetas.

Esto era casi todos los días.

Algunos palmoteaban con infantil alegría. El catalán olvidaba el reuma y recorría la sala dando volteretas.

—¡Convoy!, ¿eh?, convoy de tabaco y dulces...

Levantaba al cojo en vilo, se lo sentaba sobre su hombro y salía a recorrer salas anunciando la buena nueva.

Con la mano libre manejaba la muleta del cojo como una batuta.

## Las visitas.

Entraba sor Isabel:

—Muchachos; que a las dos vendrán visitas.

—¿Quién viene hoy, hermana?

—Unas señoritas y unos caballeros.

—¡Debían venir las señoritas solas...!

—¡Debían mandar los regalos y ahorrarse la visita!

—¡Teatralerías!—murmuraba el músico de tercera.

Pasaban pronto las horas con la grata esperanza de la visita. Tabaco, dulces y ropas, amén de un desfile de lindas mujercitas, muy perfumadas, muy interesantes, curiosas, y un poquitín coquetas.

Llegaban las visitas, ceremoniosas, queriendo agradar, charlando con unos y otros. Las hermanas las ayudaban en la tarea de repartir cigarros, monedas, calcetines: detrás seguían los mozos del hospital, enmascarados con unos trajes tan limpios y planchados que hacía cosquilla a la nariz el olor a naftalina...

Cuando desaparecía la femenil caravana, dejando una deliciosa estela, se reanudaban las conversaciones...; pero pronto se hacía el silencio, viviendo cada cual sus paraísos interiores.

## ... Y luego en la noche...

La cena era frugal; se comía a media luz, sin hablar a penas. Sor Isabel, breve, discreta, procurando pasar inadvertida, turbada tal vez por aquella ráfaga de mundo que cruzó por la sala, dejándola impregnada de perfume torturador, rezaba una oración, nos deseaba buenas noches y se retiraba.

Los enfermos se iban quedando dormidos... ¡Qué dolor más brutal el dolor de la soledad...!

¡Oh, la suprema felicidad de Adán, cuando en la suprema angustia de su soledad sintió cerca de sí a su compañera, nacida del desgarramiento de su propio ser, en el impulso titánico de su desvarío!

Luego la postración, el sueño bienhechor...

Las lindas mujercitas de la tarde... calladitas, sonrientes, se reclinaban en mi almohada besándose la boca...

RAFAEL GIBERT



# EN EL MUSEO DE INFANTERIA UN PERGAMINO HISTORICO

Reproducimos hoy en nuestra Revista uno de los notables pergaminos artísticos que atesora el Museo de la Infantería, obra preciosa que acaba de componer con destino al mismo, el distinguido miniaturista D. José Ordóñez Valdés.

Este primoroso trabajo representa y conmemora la fecha en que S. M. el Rey y S. A. el príncipe de Asturias, vinieron a depositar en dicho Museo la vieja bandera del Regimiento inmemorial del Rey, y por su belleza y armónico conjunto sencillamente una verdadera maravilla de composición.

El texto del admirable discurso, pronunciado por el Rey y dirigido a los alumnos de la Academia de Infantería en tan solemne ocasión, está escrito en puros caracteres góticos del siglo xv, con tanta limpieza y maestría, que desde luego revela un eminente calígrafo. En la parte superior e inferior se reproducen a la acuarela escenas de la entrada de la bandera en el suntuoso patio del Alcázar toledano, y del momento emocionante en que S. M. pronunció las memorables palabras que se estampan en el texto, las cuales trataron espontáneamente de la clara inteligencia y excelente corazón del Monarca. Y es tal el movimiento y la vida de las figuras, irreprochables de dibujos, y tan hermoso y delicado el colorido de las mismas; tan armónicos los términos y tan desenvueltos, que constituyen dos verdaderos cuadros en miniatura, llamando la atención por la justeza del parecido, los dos medallones laterales que corresponden a sendos retratos del Rey y del Príncipe

de Asturias; éste sobre todo, que es lo más fino y precioso de las figuras.

Pero donde campean la gallarda maestría del dibujante, la delicada matiración de los colores, la suavidad de las tintas, tan armónicas y dulces por su entonada combinación, es, indudablemente, lo más digno de admiración, en la filigrana del dibujo que orla todo el cuadro.

En ella se conciertan, por arte de un consumado miniaturista, colores y rameados, bruñidos de oro y cetofados en relieve, que nos traen a las mentes las preciosidades de arte que se esconden en los libros de horas, brevariarios y libros de Coro, cartas de Puebla y de ejecutorias de nuestras Catedrales y Museos.

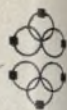
Muchas y muy hermosas obras de arte han salido del pincel y de la pluma en feliz matrimonio; aparea dos de tan preclaro artista; pero no creemos que a ninguna otra ceda la palma la gentil y bella a que nos referimos.

La variada colección de trabajos de esta clase, que ocupan casi entera una de las salas del

referido Museo, es la más espléndida manifestación del exquisito gusto e inagotable ingenio demostrado por el señor Ordóñez Valdés, del cual puede afirmarse que es uno de los mejores artistas dedicados a esta clase de trabajos, también empleados en perpetuar fechas memorables para Toledo, como en este caso, y en divulgar heroísmos que son patrimonio de la Infantería española, estimuladores del arte y ejemplificación para todos.







### Yugoeslavia y la muerte del rey Pedro.

En los momentos en que el nuevo Reino de los servios, croatas y eslovenos, entra por las vías de la normalidad constitucional, afianzando la tranquilidad balkánica, muere en Belgrado—15 de Agosto—el Rey Pedro, antiguo Soberano de Serbia y Rey actual de la nación Yugoeslava.



El rey Pedro I de Serbia que acaba de fallecer en Belgrado.

Era hijo el Rey Pedro del Príncipe Alejandro Karageorgewich, y había nacido en Belgrado en 1844.

Después de la abdicación de su padre en 1858, el Príncipe Pedro estudió primero en Ginebra y luego en la Escuela Militar de Saint Cyr.

En la guerra franco-prusiana fué voluntario del Ejército francés, y por su brillante comportamiento concediósele la Legión de Honor.

Contribuyó, como organizador, a la insurrección de la

Herzegovina, y cuando Serbia declaró la guerra a Turquía ofreció sus servicios al Rey Milán, que los rechazó.

En 1883 casóse con la Princesa Zorka, hija mayor del Príncipe de Montenegro, de la cual tuvo dos hijos: Jorge y Alejandro.

La trágica muerte del Rey Alejandro y de la

Reina Draga, le volvió el Trono de su padre en Junio de 1903.

### Servia en la gran guerra.

Durante algún tiempo fueron muy difíciles las relaciones de Serbia con las Potencias europeas por la posibilidad que tuvo, por razones políticas, el Rey Pedro, de castigar a los autores de la muerte de su antecesor; pero al cabo logró la simpatía de las Cortes y Gobiernos europeos.

Alcanzó fama de experto político durante las guerras balkánicas de 1912 y 1913, y al estallar en 1914 la gran guerra, por el asesinato de Sarajevo, Pedro I, que poco antes había resignado en su hijo la mayoría de sus funciones, tomó parte en la lucha a favor de los aliados, siguiendo la suerte de su Ejército, hasta que sojuzgada por sus enemigos Serbia, huyó el Rey a Salónica, donde reorganizó sus tropas, que tomaron parte en la ofensiva del frente oriental al finalizar el verano de 1918.

Después del armisticio volvió Pedro I a Belgrado, viendo sus estados considerablemente engrandecidos al constituirse la nación yugoeslava.

### La política yugoeslava.

Al constituirse el Reino de los servios, croatas y eslovenos, la política yugoeslava entró en un período crítico de gran agitación, hasta que consiguieron imponerse los nuevos partidos y los hombres que reflejaban la opinión de las provincias arrebatadas a la dominación austrohúngara.

Lo que pasó es bien sencillo. Los políticos servios, subyugados en su mayor parte por las tradiciones que regían antes de la guerra la vida pública del pequeño Reino de Serbia, acaudillaron al principio, con los mismos procedimientos y métodos, los 13 millones de súbditos del Estado de los servios, croatas y eslovenos. Aferráronse a las luchas partidistas, y la implacable rivalidad de los radicales y de los demócratas entorpeció, o mejor dicho, imposibilitó la actuación normal del primer Parlamento o Asamblea nacional provisional.

Salieron a la lucha los partidos llamados nacionales, el católico esloveno y el partido de Radich con un programa demagógico de dictadura campesina que emprendió una campaña contra la Unión, el Régimen y el Estado.

### La Asamblea constituyente.

Apremiados por las circunstancias, los partidos de Gobierno—radicales y demócratas—dejaron a un lado sus diferencias y se reconciliaron para oponer un frente único a los elementos subversivos.

En estas condiciones se fué a la Asamblea constituyente, divididas de este modo las fuerzas políticas.



**Mayoría.**—Radicales, 98; demócratas, 94; musulmanes, 25, y labradores, 10.

**Oposición.**—Comunistas, 58; republicanos, 4; agrarios croatas, 49; club nacional croata, 11; y católicos, 23.

El 12 de Mayo se efectuó la votación sobre el conjunto de la Constitución, votando en pro 227 diputados y en contra 93.

### Programa nacional.

Desde ese momento el estado de los serbios, croatas y eslovenos tuvo existencia constitucional como monárquica parlamentaria y hereditaria con una Cámara única, elegida por cuatro años y sufragio universal directo y secreto.

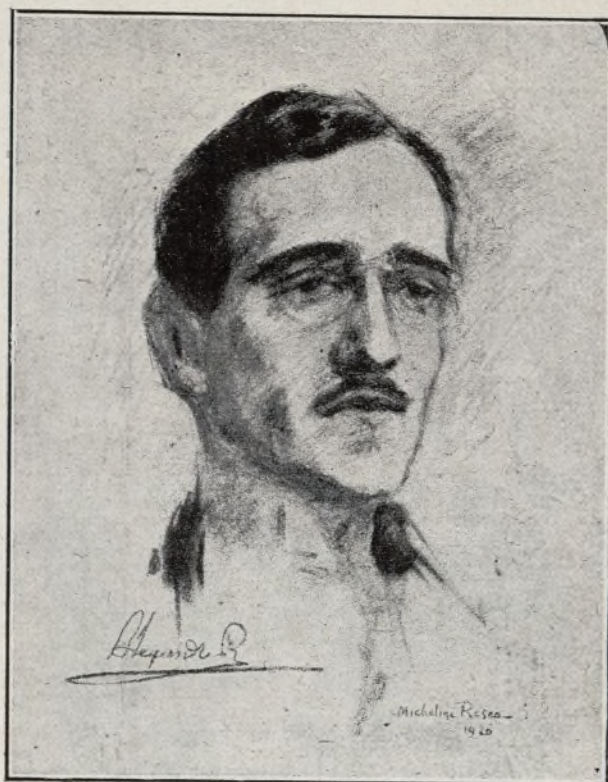
Las disposiciones esenciales del nuevo estatuto, todavía por revisar en sus detalles, eran: el reconocimiento de todas las confesiones existentes en el Reino; la atribución de

la Corona a la dinastía de los Karageorgevich, siendo Rey Pedro I y Príncipe heredero el Regente

Alejandro; la preparación de un conjunto de leyes orgánicas, encaminadas a introducir gradualmente la uniformidad en los diversos ramos de la administración y de la justicia. Centralista, en el sentido político, la Constitución admite grandes autonomías provinciales en el orden administrativo y económico.

### El Rey Alejandro.

Al morir Pedro I, correspondía el Trono a su primogénito el Príncipe Jorge, pero como éste renunció hace tiempo a los derechos de la Corona, le ha sucedido su segundo hijo Alejandro, que había sido proclamado heredero en 1909, que ve realizado el sueño dorado de su padre que no era otro que la constitución de una gran nación yugoeslava.



El príncipe Alejandro de Serbia, nuevo Rey de la nación yugoeslava, por fallecimiento de su padre Pedro I de Serbia.

## COSAS DE LOS GRANDES HOMBRES

Todos los hombres tenemos nuestras manías, que en algunos llegan a ser verdaderas chifladuras, y los grandes hombres no están libres de ellas: oído al parche:

Epaminondas, se divertía cantando en las fiestas de aldea, y Escipión y Lelio aprovechaban sus ratos de ocio para ir a la orilla del mar para jugar con las conchas, ni más ni menos que si fueran dos chiquillos.

Enrique IV de Francia, divertía a sus hijos corriendo por su palacio a caballo en un bastón; y el rey Juan de Chipre, que se pasaba la vida devanando ovillos de lana.

Carlos IX de Francia, tenía tres chifladuras: hacer versos, herrar caballos y criar perros.

Augusto sintió más tristeza por la muerte de una codorniz que había criado, que si hubiese perdido una batalla.

Honorio poseía una gallina a la que puso por nombre *Roma*. Cuando se le murió, hubiera dado

por volver a verla viva, la ciudad del mismo nombre.

La manía peculiar de Domiciano consistía en no poder ver las moscas; esto es, por lo menos, más fácil de concebir que la antipatía del canciller Bacon hacia las rosas.

La afición de Carlos V a los relojes es bien conocida de cuantos han leído algo acerca de aquel monarca.

Los franceses han tenido un rey cuyo mayor goce consistía en hacer cerraduras, y otro que se divertía vendiendo el producto de la pesca, a la que se dedicaba con verdadera pasión.

Las altas dignidades eclesiásticas también nos ofrecen múltiples ejemplos de chifladuras notables. Mazarino no sabía estar sin un mono, al que profesaba singular afecto. Richelieu sentía igual cariño hacia los gatos, y además se divertía muchas veces tirando a sus criados postas con una cerbatana. ¡Una verdadera gracia!



## LA IMPOSICION DE LA LAUREADA AL CAPITAN RIOS

### Marcha nocturna y supuesto táctico

En las primeras horas de la mañana del día 26 de Agosto último, se celebró en el Campamento de Carabanchel, una solemne ceremonia; Su Majestad el Rey, a presencia de la guarnición de Madrid, imponía la cruz laureada de San Fernando, al heroico capitán de Infantería piloto de aviación D. Julio Ríos.

Las tropas que habían salido de sus cuarteles a las diez de la noche anterior, efectuando marchas y prácticas de campaña, se concentraron antes de amanecer en el Campamento.

A las cuatro y media, llegó S. M. el Rey vistiendo traje de campaña; le acompañaban el Infante D. Gabriel, el capitán general Marqués de Estella y el Jefe de la Casa Militar General Miláns del Bosch y le seguía la Escolta Real.

Revistó las fuerzas, que mandaba el general Zabala, y estaban constituidas por las brigadas de Infantería y Caballería, los Lanceros de la Reina y del Príncipe, un grupo de Artillería y unidades de Zapadores y Estaciones telegráficas.

Se desarrolló un supuesto táctico de defensa de Madrid, en el que tomó parte el Monarca al frente de su escolta. Cuando a las seis terminó el ejercicio y regresaron las tropas al Campamento, ya se encontraba allí el Ministro de la Guerra y poco después llegó el capitán aviador D. Julio Ríos Angüeso acompañado de varios aviadores militares.

### S. M. condecora al héroe

Llega el momento solemne de la imposición de la cruz laureada.

Las tropas han formado el cuadro: en uno de los frentes está el Rey seguido de su brillante escolta; el heroico capitán aviador Ríos, está en el centro.

Los tambores tocan un redoble: y hay después un silencio solemne, en el que sólo escuchamos, cada uno el latir de nuestro corazón...

Las músicas tocan la marcha real cuando el Soberano avanza al frente de su cortejo hasta unos metros delante del capitán que permanece cuadrado en saludo militar.

Cesan de tocar las bandas y el Rey avanza solo: cuando está junto al aviador dice, pausadamente, en voz alta que vibra solemnemente en el augusto silencio:

*En nombre de la Patria y con arreglo a la Ley, yo hago caballero de San Fernando en premio a vuestro heroico comportamiento militar.*

Al acabar esta frase, coloca el Rey en el pecho del heroico aviador la cruz laureada de la Real y Militar Orden de San Fernando y abraza efusivamente al nuevo laureado.

Las tropas desfilan en columna de honor ante el capitán Ríos, que tiene a su inmediación al Monarca y al Ministro de la Guerra.

### El homenaje de los aviadores

Los aviadores militares, estos heroicos «aguilechicos» que se juegan a diario la vida, rindieron a su compañero un homenaje tan sencillo como inolvidable.

Cuando acabó de desfilarse el último soldado, cuatro aviadores atravesaron el espacio con sus aparatos en opuestas direcciones formando una cruz, mientras otro la rodeaba en vertiginoso vuelo, simbolizando el laurel de la preciada

condecoración que ya lucía en el pecho del capitán.

### Cómo se gana una laureada

Vamos a narrar el hecho en que ganó la laureada el hoy capitán Ríos.

El año 1913 se encontraba en Tetuán como piloto perteneciente a la Escuadrilla de aeroplanos.

El alto Comisario—que era entonces el general Marina—comisionó al teniente Ríos para efectuar un reconocimiento sobre el Monte Cónico.

El teniente Ríos, que llevaba de observador al se-



Su Majestad el Rey estrechando la mano al capitán Ríos después de haberle impuesto la laureada, al frente de las tropas congregadas en el campamento de Carabanchel.



ñor Barreiros, en la actualidad teniente coronel de Inválidos, a consecuencia de las heridas en esa ocasión recibidas, y con objeto de cumplir más escrupulosamente su misión, realizaba vuelos bajos sobre el Monte Cónico, a pesar de que cada vez era hostilizado con mayor intensidad por los moros, descendiendo tanto que muchos disparos enemigos hicieron blanco en el aparato, hiriendo a ambos ocupantes. El teniente Ríos recibió dos heridas graves: una en un muslo y otra que tenía el orificio de entrada en un costado y el de salida en el hombro del lado contrario.

El valeroso aviador regresó con el aparato, aun que útil, acribillado a balazos, hasta llegar encima del campamento.

Los momentos eran difícilísimos para el aviador, quien queriendo evitar una catástrofe, que seguramente se hubiera producido al caer sobre el campamento, hizo un esfuerzo supremo, incomprensible en su creciente agotamiento físico, y pudo guiar su avión hasta sacarle fuera de la zona del campamento y aterrizar un poco más allá en un terreno pedregoso de pésimas condiciones para ello.

Evitada la catástrofe, no tuvo fuerzas para otra cosa el teniente Ríos, y exangüe, cayó desmayado, aunque sin salir del aparato.

El teniente coronel—hoy general—Souza y otros jefes y oficiales que se encontraban en el campamento acudieron en auxilio de los aviadores, y vieron cómo éstos, inmovilizados por la pérdida de sangre de sus heridas, no habían podido salir del aeroplano.

Entonces el teniente Ríos no pudo pronunciar ante su jefe el Sr. Souza otras palabras que las siguientes:

«Den cuenta de que el aparato viene sin novedad». Y cayó de nuevo en un desmayo.

Fué solicitada entonces para el héroe la cruz de San Fernando; pero la Ley, redactada hacía muchos años, no había previsto naturalmente el caso de que la aviación fuese un elemento de combate, y para

otorgar la merecida recompensa, fué preciso esperar la modificación del Reglamento de la Orden, hecha después de la ley de bases de 1918.

### La Real orden de concesión

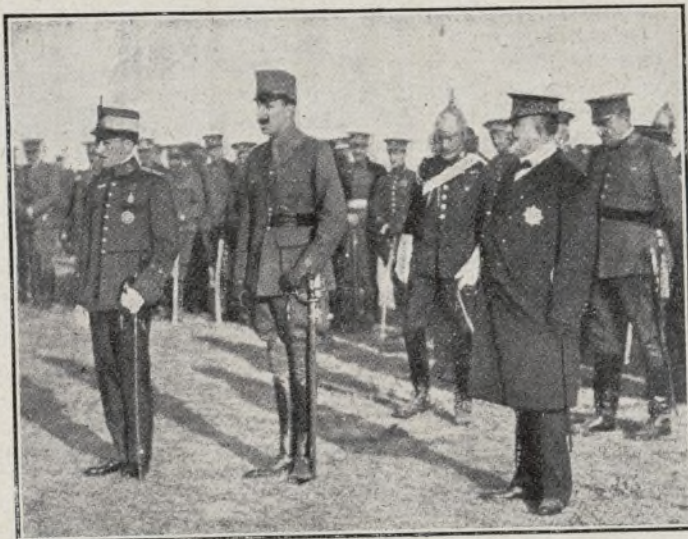
He aquí el texto de la Real orden de concesión, de esta cruz, que es la primera que se concede en las tropas de aviación militar.

Visto el expediente de juicio contradictorio, instruido para esclarecer si el teniente de Infantería, hoy capitán, piloto aviador don

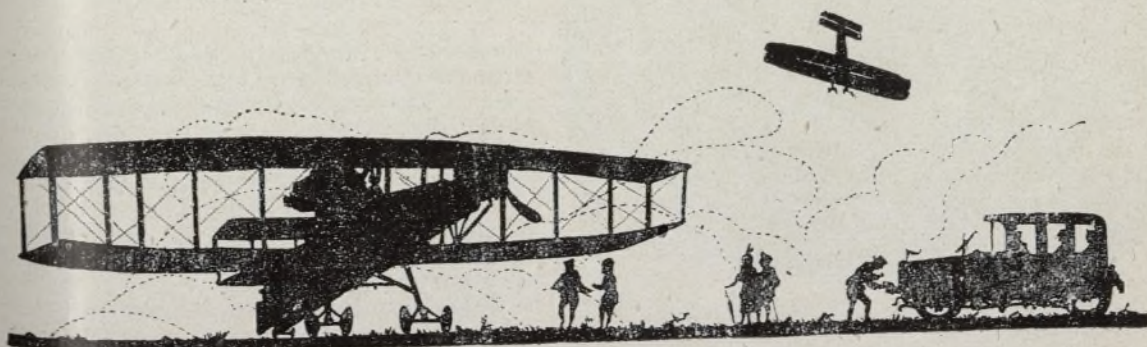
Julio Ríos Angüeso se hizo acreedor a ingresar en la Real y Militar Orden de San Fernando por su comportamiento el día 19 de Noviembre de 1913;

Resultando que en dicho día, pilotando el biplano M. F. núm. 1, realizó un reconocimiento sobre el Monte Cónico (Tetuán), siendo gravemente herido por el enemigo, y regresó al campamento general sin causar desperfectos en el aparato y cumplida la misión que le fué encomendada,

El Rey (q. D. g.), por resolución fecha de ayer, de acuerdo con lo informado por el Consejo Supremo de Guerra y Marina, ha tenido a bien otorgar al citado oficial la cruz laureada de la mencionada Orden, con la pensión anual de 1.500 pesetas, que deberá percibir desde el expresado día 19 de Noviembre de 1913, por considerar el hecho que realizó comprendido en el caso primero del artículo 58 del Reglamento de la misma Orden, aprobado por Real decreto de 5 de Julio de 1920.



Su Majestad el Rey con el ministro de la Guerra presenciando el desfile de las tropas ante el capitán Ríos, después de la solemne ceremonia de imposición de la cruz.





# LOS GASES DE COMBATE

*Los campos de batalla fueron en la gran guerra inmensos laboratorios; la química jugó papel importantísimo. ❖ La asfixia, como precedente de guerra, no es nuevo; repasando la historia nos encontramos con que la primera materia científicamente compuesta y fabricada para la guerra fué el fuego griego. Lo empleó Constantino IV en lucha con los árabes. ❖ Los caballeros de las Cruzadas no comprendían la guerra sino a lanzazos y estocadas, y la artillería luchó en su principio contra esa ley caballeresca, enamorada del arma blanca. ❖ En el siglo xx los pueblos más civilizados reavivaron el fuego griego, y al caballero armado de escudo y lanzón sucedió el químico que, desde su laboratorio en la trinchera, despeja el campo con pulverizaciones de cloro. ❖ El resorte del triunfo no está ya en el corazón, sino en el cerebro.*

## ¿Qué es el gas de combate?

El gas de combate es un cuerpo gaseoso o una mezcla, ya de gases, ya de líquidos pulverizados o vaporizados, o de cuerpos sólidos muy divididos, que hacen la atmósfera nociva e irrespirable.

La guerra de gas, utiliza las reacciones que las diferentes sustancias químicas, pueden provocar sobre el organismo humano, y están divididas según los efectos que producen en las siguientes clases:

1.º Los sofocantes, que obran sobre el sistema pulmonar provocando tos y que pueden ocasionar la muerte por asfixia.

2.º Los tóxicos, que penetran en el organismo ya atacando un órgano esencial, provocan secundariamente accidentes generales; los hay que atacan al sistema nervioso, o a los glóbulos rojos de la sangre, etc.

3.º Los lagrimógenos, que por su acción sobre

los ojos provocan el lagrimeo y ponen a un hombre en la imposibilidad de ver durante un tiempo más o menos largo.

4.º Los vesicantes, que obran sobre la epidermis, y provocan comezón, o manifestaciones cutáneas más profundas, y de un modo más activo sobre las mucosas especialmente sobre las vías respiratorias.

5.º Los estornudatorios, que por su acción sobre la mucosa nasal provocan estornudos acompañados de otras manifestaciones, tales como irritación de la garganta, lagrimeo y dolores en la nariz y en los maxilares.

Los productos sofocantes y los tóxicos, se denominan en general «tóxicos», porque pueden provocar la muerte.

Los gases de combate, se clasifican además en dos categorías: fugaces y persistentes, según el tiempo que dura su influencia sobre el terreno.

Su empleo debe estar sujeto al objetivo del mando: para interceptar un paso, para impedir al enemigo avanzar o estacionarse en un punto determinado, se emplea el gas persistente: ahora bien, el bombardeo de una posición que se proyecte tomar inmediatamente, debe hacerse con proyectiles de gases fugaces.

## Cuando comenzaron a emplearse

Los alemanes fueron los primeros que iniciaron la lucha con gases el 22 de Abril de 1915, empleando el «sofocante», en el curso de una batalla librada en las cercanías de Ypres, y dos días después lanzaron minas llenas de gases sobre las trincheras enemigas.

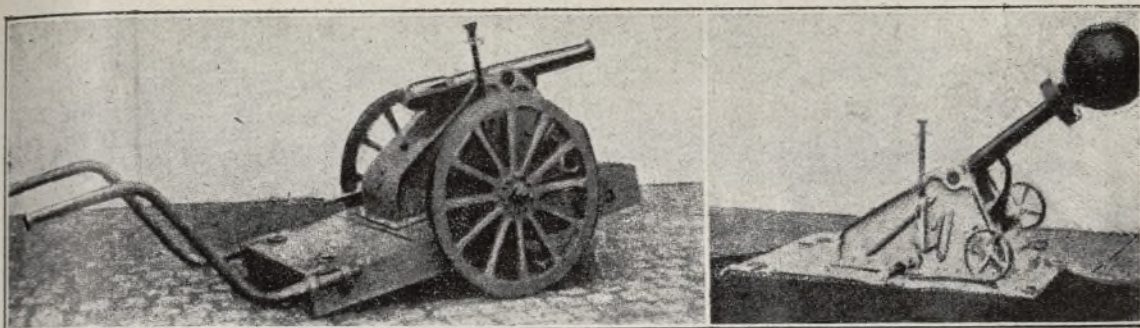
El aparato proyector de gas se compone de un depósito cilíndrico de acero de 25 centímetros de diámetro y cuya altura puede ser de 1,35 metros. En su base se adapta un tubo de metal de unos dos metros de largo con llave, que permiten al abrir la salida del gas que escapa con gran fuerza y forma sobre el suelo una capa espesa que el viento va llevando lentamente, hacia el emplazamiento que se quiere batir. Claro es que hace falta ese viento... y que lleve la dirección conveniente.

También se empleó el gas licuado en bombas de cristal, que se arrojan sobre la trinchera ene-



En las trincheras en donde se teme el gas, los defensores tienen que estar provistos de mascarillas que les protejan contra sus terribles efectos.





Cañón lanzador de bombas de gas sofocante. En la primera figura se ve en posición de transporte. En la segunda se halla dispuesto para hacer fuego.

miga o sobre las tropas atacantes, con cañones lanza-bombas; y en proyectiles de artillería que debían adquirir pronto gran importancia.

### Protección contra los gases

Apenas puesta en juego esta nueva arma de combate, surgió el problema de la protección, nada fácil, a causa de la multiplicidad de los gases mortíferos empleados. Hubo que atender a la protección del hombre, del caballo, del perro de guerra y de las palomas mensajeras.

Por lo que respecta a la protección del hombre, fué preciso distinguir la individual y la colectiva.

La individual tiene dos aspectos: la protección de las vías respiratorias y los ojos, y la protección de la piel. La primera se consigue con tapones impregnados de sustancias diversas y caretas, y la segunda con vestidos de tela impregnada de aceite de lino y con pomadas a base de cloruro de cal.

Los respiradores y mascarillas usados en la Gran Guerra se componían de una capa de algodón en rama envuelto en gasas, que se colocaban los soldados sobre la boca y narices. El algodón estaba impregnado de una solución de hiposulfito de sosa, destinado a descomponer los vapores nocivos e impedirles penetrar en las vías respiratorias. A falta de respirador y sin ayuda de agente químico también se puede evitar en parte la acción de los gases asfixiantes, aplicando sobre la nariz y la boca, un lienzo suficientemente mojado.

El aparato protector basado en el principio de la filtración no siempre es suficiente: si aumenta indefinidamente la dosis del gas tóxico, el hombre protegido por un aparato de filtración, no encontrará en el aire aspirado una cantidad suficiente de oxígeno.

La protección colectiva tiene tres objetos: Sanear las trincheras y abrigos invadidos por los gases, que se resuelve por el empleo de soluciones acuosas de hiposulfito de sosa y de carbonato de sosa, que pulverizados con las sulfatadoras empleadas en la Agricultura, protegen contra el cloro y el fosgeno.

Constituir abrigos en los que los gases no pueden penetrar, poniendo a la entrada telas que se impregnan en el momento del uso que la misma solución; y sanear las zonas infectadas, con cloruro de cal.

### La ola de gas

La «ola» es una nube de gas nocivo que a ras del suelo es llevada por el viento al terreno que ocupa el enemigo.

Desde el punto de vista militar la emisión de una ola necesita un gran trabajo preparatorio, y a veces hay que esperar bastantes días hasta que se presenta un viento de dirección y velocidad conveniente: una velocidad de tres metros por segundo, se necesita para conseguir el objetivo, mientras que cuando el viento solo alcanza un metro por segundo, es peligroso lanzar la ola porque puede volverse sobre los del campo agresor.

Esta «arma de combate» es de gran efecto moral; pero es de difícil empleo porque necesita sobre el terreno de la colaboración de químicos, mecánicos y meteorólogos y su aplicación está indicada en la guerra de trincheras. Durante todo el transcurso de la pasada guerra, la usaron los franceses unas veinte veces: algunas de ellas empleando 6.000 botellas que contenían 240 toneladas de productos y hacían víctimas hasta a doce kilómetros de distancia.

### Gas en proyectiles

Para dar una idea del empleo que se hizo de proyectiles tóxicos en la última guerra, basta decir que sólo el Ejército francés consumió desde Julio de 1915 a Noviembre de 1918, trece millones de proyectiles de 75; cuatro millones de proyectiles pesados de 105 a 115 y bombas y un millón cien mil granadas sofocantes.

Los proyectiles de gas, son de acero y del tipo corriente: llevan una carga interior de gas en recipientes de plomo o de vidrio que no sean atacables por él y una carga explosiva colocada en un tubo que comunica con la espoleta. Esta carga constituida por melinita debe ser suficiente para abrir el proyectil y pulverizar el líquido, condición necesaria para obtener una buena eficacia.

Los diferentes tipos de proyectiles se clasifican por los efectos de la carga que contienen y así se llaman: *proyectiles tóxico fugaces*, caracterizados por su considerable poder tóxico y una temperatura de ebullición suficientemente baja para que su persistencia sobre el terreno sea insignificante; y *proyectiles tóxicos persistentes* caracterizados por un poder tóxico débil y una temperatura de ebu-



Ilusión elevada que asegura su persistencia sobre el terreno.

Entre estos últimos los hay, que obran sobre el organismo desde el momento en que sus vapores, aun diluïdos están en contacto con aquél, y de efectos retardados que son difícilmente reconocibles por el olfato y producen sus efectos en un plazo más o menos largo.

El empleo táctico del proyectil de gas, está caracterizado por acción de sorpresa y sirve para destruir, desmoralizar o neutralizar la acción del enemigo. El tiro de esta clase debe ser relativamente lento, pero prolongado durante varias horas.

El empleo de proyectiles está subordinado a las condiciones topográficas y atmosféricas; las condiciones favorables son terreno habitado, anfractuosidades del terreno y tiempo seco, y desfavorables la humedad y el viento.

La *yprita* se emplea en los proyectiles persistentes

y al explotar se produce la pulverización, fijándose las gotas en el suelo, en los objetos y en el polvo suspendido en la atmósfera: el máximo efecto se nota sobre el personal al segundo o tercer día del bombardeo, y en tiempo seco o terreno cubierto aún pueden notarse los efectos a los ocho días.

Por el contrario un terreno bombardeado por proyectiles tóxico fugaces puede ser recorrido sin peligro tan pronto como los vapores dejan de ser visibles.

Cuando el objetivo a batir está a más de 500 metros de las líneas propias no hay que temer efectos en ellas: debiendo no obstante tener preparada la careta protectora aquellas tropas que estén a menos de 1.500 metros de los puntos de caída y en la dirección del viento no ejecutándose tiros de esta especie a menos de 500 metros de las líneas propias.

## Una emisión guerrera de papel moneda

Tomada en 1482 la plaza de Alhama a los moros, que la defendieron con gran denuedo, quedaron guarnicionándola los nuestros mandados por el marqués de Cádiz y otros valientes capitanes. Como la ocupación de este pueblo, colocado en el centro del reino granadino y famoso por sus baños que producían anualmente 500.000 ducados, era para unos y otros muy importante, los musulmanes intentaron apoderarse nuevamente de él atacando con terrible ímpetu, dirigidos por el intrépido Muley Hacén, aunque estrellándose sus esfuerzos contra el valor de los españoles, nada pudieron conseguir; y a pesar de que la vida que en una población situada en país enemigo hacían los cristianos, era de continua pelea y trabajos extraordinarios, fueron sosteniéndose bastante disciplinados merced a los cuidados de sus gobernadores.

D. Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, logró con sus exhortaciones y su ejemplo mantener a las tropas de Alhama, de las que era jefe, en bue-

na organización; pero como el estado de la monarquía era asaz precario y las pagas de los soldados no se satisfacían, éstos murmuraban y sus quejas llegaron a ser muy inquietantes. El de Tendilla, no disponiendo de dinero para pagar los atrasos y en la imposibilidad de obtenerlo, creó una especie de moneda hecha de cartón, en una de cuyas caras o lados estampó su firma y en el reverso decía el valor que se le asignaba, y que, bajo penas nada suaves, obligó a admitir no sólo al ejército, sino que ordenó también se cobrara en toda especie de transacciones, empeñando su palabra de que tales cartones serían más adelante cambiados por metálicos en igual cantidad que aquéllos representaban. La fuerza de las circunstancias y la confianza en la palabra del honrado conde, hizo a todos admitir sin escrúpulos el nuevo dinero con el que salieron de los apuros del momento, y tiempo andando se trocaron con exactitud monedas de metal por las de cartón.





# LA ESPADA Y LA PLUMA

A la memoria del soldado-poeta Leopoldo Aguilar de Mera

Leopoldo Aguilar de Mera, el heroico teniente de Infantería y excelso poeta, que tan bellas páginas escribió en su vida de campamento, no pudo cincelar el poema de la tragedia, que vivió en toda su grandeza.

Sus últimas estrofas las escribió con sangre de sus venas.

Murió en la defensa de la posición que guarnecía, y la muerte tronchó, no sólo la vida de un gran soldado, sino la pluma de un poeta que hubiera dado días de gloria a las letras españolas.

Y cuando su muerte fué conocida en Melilla, se dió el peregrino caso de que un moro amigo de España, también poeta, traductor de *El Quijote*, admirador y amigo del malogrado Aguilar de Mera, salió al campo en busca de los restos del fraternal compañero en disciplinas literarias: y conocido el lugar

de su sepultura, dejó en ella las huellas de su visita para que cuando vuelvan nuestros soldados a ocupar el territorio que nos arrancó un día aciago la fatalidad, caigan sobre la tumba del poeta-soldado las flores del recuerdo.

La obra de Aguilar de Mera está diseminada en periódicos y revistas y en ARMAS Y LETRAS precisamente hay gran parte de ella. Cuando pasen estos días de inquietudes, cuando nuestro espíritu satisfaga la única aspiración que hoy embarga a todos los españoles, ARMAS Y LETRAS rendirá a su amado colaborador el tributo que su labor literaria merece. Espigaremos aquí y allá para reconstituir esa obra, para que perduren en un libro los razonados frutos del joven poeta, que murió cosechando en un día todos los laureles que estaban reservados a su claro talento.

## HOMENAJE

*Por tí, buen Leopoldo del alma de niño  
que fuiste soldado teniendo el rabel,  
cegados los ojos de lágrimas, ciño  
mi lira con ramos de fresco laurel.  
Y agita sus cuerdas tu espíritu hermano  
que, siendo guerrero también fué cantor  
y ha escrito en la arena del suelo africano,  
con sangre de mártir su estrofa mejor.  
Y al mago conjuro que riman los versos  
tu tumba gloriosa se torna jardín  
y van por el aire los ecos dispersos  
lo mismo que el canto marcial de un clarín.  
Y el son de la lira con llanto se empaña  
Y a un tiempo es sollozo y marcha triunfal.  
Que como supiste morir por España,  
¡no has muerto, Leopoldo; te has hecho inmortal!  
No importa que adversos destinos alejen  
tus restos sagrados del suelo español,  
¡Los cubre la invicta bandera que tejen  
tu sangre vertida y el oro del sol!*

ALBERTO A. CIENFUEGOS





# ANÉCDOTAS CURIOSIDADES

Hubo un tiempo en que gozaron de gran fama en España las espadas llamadas de *perrillo* por un grabado que ostentaban en el canal de la hoja representando un perro. El fabricante de estas espadas anchas y cortas fué Julián del Rey, que trabajó en Toledo y en Zaragoza.

De estas espadas se ocupó Bowles, diciendo que las de Toledo, las del perrillo de Zaragoza y otras muchas de muy buena calidad que se hacían en otras ciudades de España eran de la mina de *hierro barnizado o helado*, que producía acero natural, a una legua de Mondragón, en Guipúzcoa, añadiendo que por tradición se sabe que las espadas tan celebradas por su temple que regaló la infanta D.<sup>a</sup> Catalina, hija de los Reyes Católicos, a su esposo Enrique VII de Inglaterra, algunas de las cuales se conservan todavía en Escocia, se fabricaron con hierro de dicha mina.

\*\*\*

Los genízaros turcos, cuya etimología viene de *veni askari* (nuevo soldado), fueron en sus primitivos tiempos cautivos cristianos, a los cuales se les dió instrucción militar hacia la mitad del siglo xvi, para que formasen un cuerpo de guardia del sultán Amurates I.

Primeramente no constaba el cuerpo más que de mil individuos; pero su número se centuplicó en tres siglos, constituyendo en tiempos de Solimán el Magnífico una fuerza perfectamente disciplinada.

Los que pudiéramos llamar sargentos y cabos de esta tropa, eran cocineros y se les tenía en gran estima. Como distintivo llevaban en el turbante una cuchara de palo, y en las grandes ceremonias pasaban revista a las marmitas, las cuales ponían boca abajo en caso y como señal de sublevación.

\*\*\*

Difícil parece explicar la causa de que todos admitamos el minuto dividido en sesenta segundos y la hora dividida en sesenta minutos, cuando sería mucho más fácil, siguiendo el sistema decimal, dividir el día astronómico en veinte partes u horas, diez para el día y diez para la noche; pero la razón de esto es muy sencilla.

En Babilonia se contaba y medía no solamente por un sistema decimal, sino también por otro sexagesimal, o lo que es igual, los babilonios lo mismo contaban por dieces que por sesentas, porque en opinión suya el sistema decimal no era del todo práctico, y porque además sustentaban la teoría de que ningún número tiene tantos divisores como el sesenta.

\*\*\*

Sabido es que la construcción de catedrales no pudo realizarse antiguamente sino a fuerza de tiempo y perseverancia; así es que no hay en todo el mundo uno solo de estos edificios que se haya terminado por quien lo proyectó o empezó. Por lo tanto, no es de extrañar que muchas catedrales no presenten detalles arquitectónicos muy variados.

Donde desplegó principalmente el arte todos sus primores fué en las portadas. En ellas se desarrollan, con esculturas simbólicas y bajorrelieves, los principales hechos del Antiguo y Nuevo Testamento, aplicados más tarde a las pintadas vidrieras de sus ventanas.

En casi todas, hay en la entrada una imagen costlosal de San Cristóbal, costumbre originada en la supersticiosa creencia de que no podía morir de repente en el día quien viese la imagen del santo.

\*\*\*

Antiguamente hubo en España compañías de maceros o soldados armados de mazas, que llegaron después a formar la guardia de la persona de los reyes. El rey D. Pedro I de Castilla tenía maceros, según se desprende de un pasaje de su crónica, en que se lee: «*Ballesteros, matad al Maestro de Santiago...*»; y los ballesteros estonce, cuando vieron que el rey lo mandaba, comenzaron a alzar las «mazas» para ferir al Maestre.»

De estos soldados debieron tener su origen los maceros que se colocaban en la antecámara real con una maza, y que, andando el tiempo, de soldados se convirtieron en empleados o criados, según aparece por varias antiguas etiquetas de palacio en donde se marcan los sueldos que percibían y el oficio que habían de prestar, entre los cuales el principal era ir a las ceremonias públicas, con la maza al hombro, delante del soberano. Excusado es decir que el mismo origen debieron tener los maceros que van delante de nuestros Cuerpos Municipales y Colegisladores.

\*\*\*

Cuando los turcos se apoderaron de la península de Crimea, los tártaros, que hasta entonces la habían dominado, se dedicaron a robar mujeres para los harenes de sus nuevos señores. Todos los inviernos reuníanse en el istmo de Perekop y tierras vecinas 60 u 80.000 musulmanes que caían sobre cualquier región bien poblada, cautivaban a los habitantes y se volvían a la península con sus botines. Los pobladores de la inmensa etapa vivían en constante alarma. Gente en su mayor parte poco o nada apegada al terruño, despreciadora de las comodidades de la vida, jinetes incansables y espartitos y aventureros, respondieron a la guerra con la guerra, formando a su vez cuadrillas de soldados.

Tal fué, al decir de los autores, el origen de los cosacos.



# EL COMBUSTIBLE HUMANO

## I

El combate se desarrollaba con violencia inusitada.

Del frente occidental se pedían de continuo refuerzos para contener la avalancha de fuerzas enemigas que lanzadas a la desesperada pretendían romper las líneas defensivas. Ante tan inesperado ataque de los aliados, el alto mando de los ejércitos centrales acumulaba tropas en el sector comprometido, sacándolas de los sitios menos expuestos por el momento. La gran ofensiva aliada exigía el máximo de resistencia. Cuerpos de ejército recorrían de parte a parte el país para acudir a la defensa.

Grandes esfuerzos, verdaderos sacrificios, habían de hacerse en aquellos momentos en los que un instante de flaqueza podría acarrear la terrible derrota.

Carlos Scheneider, fué desde un principio de la guerra agregado a uno de los regimientos de ferrocarriles. Su constitución enfermiza, su apocado carácter, hacían de él un triste sujeto al que no se le creía capaz de empresas temerarias. Asustadizo en extremo, era el hazme reír de sus camaradas, pues no podía ni oír contar lástimas sin sufrir desvanecimientos o sentir caer sus lágrimas, por el relato de las hecatombes.

Muchas veces en el convoy que arrastraba la máquina que con sus paletadas de carbón alimentaba, iban heridos recogidos de uno u otro frente, sufría al pensar en aquellos despojos humanos que conducía la férrea mole. En aquellos viajes, al hacer parada en el punto de término para ser conducidos los heridos a los hospitales designados, no se encontraba nunca a Carlos. Lejos del sitio por donde evacuaban aquellos, arrinconado en lo más apartado de la estación, lloraba su dolor al recordar a sus hermanos de Patria maltrechos por la guerra.

## II

En uno de los trenes destinados a conducir tropas al frente occidental en aquella fecha memorable, fué Carlos de fogonero. Los trenes en máxima velocidad, a toda presión las máquinas devoraban kilómetros, sin detenerse más que lo preciso para recoger más tropas en diversos puntos.

La rapidez de la preparación de aquellos, e azoramiento que imperaba, hizo que ni el maquinista ni Carlos calculasen bien el combustible necesario para llevar a cabo su misión. Al darse cuenta del error cometido, al ver les faltaría carbón para llegar al fin de su destino, quisieron suplir con lo que a mano

tenían para reemplazar la falta de tan preciado mineral en aquellos momentos y cuantos efectos encontraron adecuados iban echando a la caldera, cuando ya sólo quedaban escasamente un par de paletadas de carbón y aun unos kilómetros por recorrer.

Mas la devoradora no se saciaba; pedía más si querían su mayor esfuerzo. Gotas de sudor surcaban los rostros de aquellos dos hombres que, dándose cuenta de su falta, veían la imposibilidad de cumplir su misión.

Un avión cruzó el espacio y el aviador transmitió una orden al maquinista. Oyósele decir, deprisa, más deprisa, arranque al límite de lo imposible, la situación lo requiere.

Carlos, recogido en su sitio, sentía la orden que recibían como un dardo que se le fuese clavando, y en un segundo de plena lucidez se ofreció a su Patria.

Aprovechando que el maquinista seguía atento las evoluciones del avión, en espera de más órdenes, abrió la puerta de la caldera y en un impulso decidido, en arranque sólo concebible cuando se forjan grandes ideales llenos de abnegación se entregó al monstruo que en roja llamarada lo absorbió glotonamente, dando con su vida calor aquella egoísta devoradora, la que arrancó con velocidad inusitada satisfecha de su manjar.

Cuando el maquinista vió el empuje aquel de la máquina, lo creyó milagro del cielo, y loco de contento fué a comunicárselo a Carlos, al no encontrarlo en su puesto creyó se habría caído a la vía. Mas aquellos momentos no eran de vacilación y una vida cuando la Patria está en peligro no tiene importancia; dando toda su actividad para suplir la falta de aquel pobre muchacho llegó a su destino a tiempo.

Recogido el tren, dió cuenta el maquinista a sus jefes de la desaparición de Carlos.

Al hacer la limpieza de la máquina, le extrañó ver adheridos a las paredes de la caldera ciertas cenizas y al bucear indagando las causas vió con horror entre los escombros, la sortija de hierro que llevaba consigo siempre Carlos. Quizá la divina providencia que riendo no quedase en el olvido el hecho del héroe hizo que la sortija lejos de sufrir los efectos del fuego, fuese a caer entre las cenizas por la rejilla de la caldera y de este modo se pudo comprobar la acción heroica del muchacho el que en un momento de peligro para su Patria, la ofreció su vida en su holocausto.

V. JAREÑO



## TRADICIONES AMERICANAS

# LA AVARICIA, ROMPE EL SACO...

Crueldades aparte, es Francisco Carvajal una figura histórica, interesante.

Nació Carvajal en Rágama (aldea de Arévalo), y el autor de los *Mármoles parlantes* dice, no sé con qué fundamento, que fué hijo natural del terrible César Borgia, y por ende, nieto del papa Alejandro VI. A comprobarse este dato, no habrá ya por qué admirarse de la ferocidad de nuestro hombre, que en la sangre traía los instintos del tigre. La raza no desmintió en él.

Después de haber militado largamente en España, hallándose en la batalla de Pavía, en el sitio de Ravena y en el saco de Roma con *Borbón por Carlos Quinto*, como reza el romance, vino a Méjico con su querida Catalina Leytón, en comitiva del virrey Mendoza, conde de Tendiera y marqués de Mondéjar.

Fué Catalina una dama portuguesa, y la única mujer que algún dominio ejercía sobre el *Demonio de los Andes*. Sin embargo, no la trataba con grandes miramientos; pues habiendo en Arequipa con vidado a comer a varios de sus amigos, éstos se excedieron en la bebida y, al verlos caídos bajo la mesa, exclamó doña Catalina: «¡Guay del Perú! ¡Y cuál están los que lo gobiernan!» Mas Carbajal atajó la murmuración de su querida, diciéndola con aspereza: «Cállate, vieja ruín, y déjalos dormir el vino por un par de horitas; que en disipándoseles la embriaguez, el que menos de ellos es capaz de gobernar, no digo el Perú, sino medio mundo.»

A la llegada de Carbajal a América encontrábase don Francisco Pizarro en serios aprietos. La sublevación de indios era general en el Perú, y si los españoles del Cuzco soportaban un tremendo sitio, no era menor el conflicto de los de Lima que veían el cerro de San Cristóbal coronado por un ejército rebelde.

El virrey de Méjico, tan luego como tuvo noticia del peligro de sus compatriotas, dió a Francisco de Carbajal el mando de doscientos soldados agueridos, y sin perder minuto lo envió en socorro de los conquistadores. Pero aunque Carbajal llegó al

Perú cuando ya la tormenta había casi desaparecido, no por eso dejó de ser recompensado con profusión.

La liberalidad de Pizarro le conquistó para siempre el cariño de nuestro viejo capitán, que tenía el feo vicio de amar mucho el oro. Y tanto fué el afecto del capitán por el marqués, que puede decirse que sin él no habría sido vengada la muerte de Pizarro, en la batalla de Chupas, donde, como es sabido, sólo a la pericia militar de Carbajal se debió la victoria contra las entusiastas tropas de Almagro el Mozo.

Cuando vino el primer virrey Blasco Núñez a poner en ejecución las ordenanzas reales, Carbajal, que acababa de perder su querida, vendió sus bienes en doce mil castellanos de oro, y se dispuso para regresar a España. Pero el hombre propone y Dios dispone.

Ni en el Callao, ni en Nasca, Quilca y otros puertos de la costa encontró don Francisco navío listo para conducirlo a la Península. Fué entonces cuando en un arrebato de rabia exclamó: «Pues que tierra y mar no consienten que en tal conjuntura pueda yo escapar de esta madriguera, juro y prometo que de aquí para siempre jamás, hasta que el mundo se acabe, ha de quedar en el Perú memoria de Francisco de Carbajal.»

¡Y vaya si dejó nombre! Basta leer al Palentino o cualquiera otro de los

que sobre las guerras civiles de los conquistadores escribieron, para que se le ericen a uno los cabellos ante la sangre fría y el desparpajo con que Carbajal cortaba pescuezos, no diré a hombres de guerra, que al fin en ellos es merma del oficio morir de mala muerte, sino hasta frailes y mujeres.

Carbajal es una especie de ogro, un tipo legendario, un hombre enigma. En nuestra historia colonial no hay figura que más cautive la fantasía del poeta y del novelista. Grande y pequeño, generoso y mezquino, noble y villano, fué Carbajal una contradicción viviente. Con sentimientos religiosos que no eran los de su siglo, con una palabra en la que bullían el chiste travieso o el sarcasmo del hombre descreído, con una crueldad que trae a la memoria





los sanguinarios refinamientos de los tiranos de la Roma pagana, hay que admirar en él su abnegación y lealtad por el amigo y la energía de su espíritu. Celoso de la disciplina de sus soldados y entendido y valiente capitán, la victoria fué para él sumisa cortesana. Sagaz y experimentado político, es seguro que, a haber seguido sus consejos e inspiraciones, en vez de finar en el cadalso, otro gallo le habría cantado al *muy magnífico* señor D. Gonzalo Pizarro.

Presentáronle una tarde a Carbajal cuatro soldados españoles, de los que seguían la bandera del virrey, y que acababan de caer prisioneros en una escaramuza habida cerca de Ayabaca. Después de breve interrogatorio a cada uno de ellos, don Francisco, cuya gordura picaba en obesidad, se cruzaba las manos sobre el abultado abdomen y concluía con esta horripilante frase: «Hermanito, póngase bien con Dios, ya que conmigo no hay forma de composición.»

Quedaba el último de los prisioneros que era un mancebo de veinte años. Por supuesto, que el pobre, viendo que iban a peinarles las barbas a sus tres compañeros, ponía la suya en remojo.

—¿Cómo te llamas, buena alhaja?, le interrogó Carbajal.

—Lope Betanzos, para servir a su señoría, contestó el soldado.

—¡Betanzos! Apellido es de buena cepa. ¿Y de qué tierra de España?

—De Vitigudino, en Castilla.

—Pues sábetelo, arrapiezo, que el señor tú padre fué el mayor amigo que en mis mocedades tuve y que algunas bromas corrimos juntos en tiempos del condestable. El ser hijo de quien eres válete más que el ser devoto de algún santo para que el pescnezo no te huela a cáñamo.

Y volviéndose a uno de los que lo acompañaban añadió Carbajal:

—Alférez Ramirez, numere vuesa merced en su compañía a este mozo, si es que de buen grado se aviene a cambiar de bandera.

El prisionero, que motivo tenía para contarse entre los difuntos, se regocijó como el que vuelve a la vida y dijo de corrido:

—Señor, yo prometo de aquí adelante y juro por

mi parte de paraíso servir a vuesañoría y al señor gobernador, y derramar la sangre de mis venas en su guarda y defensa.

—Dios te mantenga en tan honrado propósito, muchacho, y medrarás conmigo, que por venir de quien vienes te quiero como el padre que te engendró.

Y lo despidió dándole una palmadita en la mejilla, con no poco asombro de los presentes que jamás habían visto al *Demonio de los Andes* tan afectuoso con el prójimo.

Pero condenada estrella alumbraba a Lope Betanzos; porque alentado con las muestras de cariño que le dispensara don Francisco, no giró sobre sus talones, sino que, permaneciendo como clavado en el sitio, se atrevió a decir:

—Pues tanta merced me hace su señoría, quisiera que, para que mejor pueda llenar mi obligación, mande que se me devuelva mi caballo, siquiera para que pueda alzar los pies del suelo.

Nunca tal deseo formulara el infeliz. A Carbajal se le inyectaron los ojos, y murmuró con voz ronca:

—¡Hola! ¡Hola! ¿Dánle hogaza y quiere torta? Ya te lo dirán de misas, bellaco. Eres como el abad de Compostela, que se comió el cocido y aún quiso la cazuela.

Y volviéndose al negro que cerca de él ejercía funciones de verdugo, añadió:

—Mira, Caracciolo, ahórcame luego a este barbilindo, y sea de un árbol, y de manera que tenga los pies bien altos del suelo, todo cuanto él sea servido.

Lope Betanzos quiso reparar su imprudencia, y lleno de tribulación repuso:

—Perdóneme vuesañoría, que yo le seguiré a pie y aun de rodillas; porque de la suerte que vuesañoría manda, no querría yo alzar los pies del suelo.

Pero Carbajal le volvió la espalda murmurando:

—¿Habrás visto tozudo? La cuerda lo hará discreto.

Y se alejó canturreando una de sus tonadillas favoritas:

Mi comadre, mi comadre la alcaldesa,  
Nunca en la suya, siempre en mi mesa,  
Y cada año me endilga un ahijado.  
¡Qué compadre tan afortunado!

## DROGAS EXTRAÑAS

Hay drogas que producen efectos sumamente extraños.

Una es el *ezcal* que hacen los indios de la América del Sur.

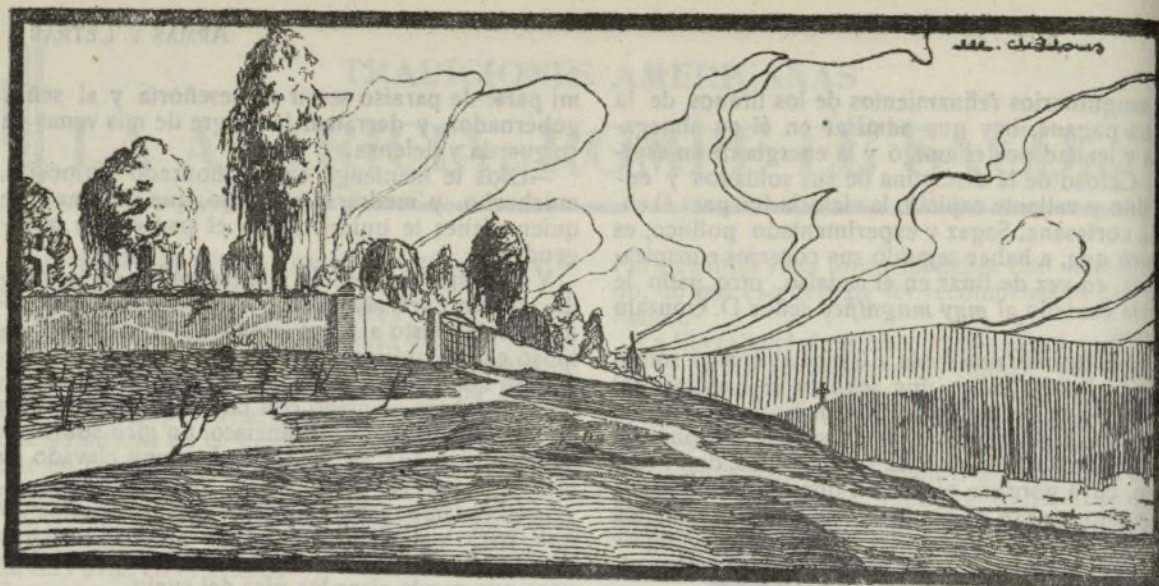
Basta una dosis pequeña para hacer que la persona a quien se le administre sienta casi en el acto un deseo violento de ejercicio. Empieza a andar y no se para hasta que no cae medio muerta o muerta al suelo. No anda en línea recta sino formando círculo. Camina sin descansar, sin ver nada y sin sufrir dolor alguno, pero con los nervios en tensión indecible. Antiguamente los indios tenían costumbre de

administrar el *azcal* a sus cautivos para darles muerte.

La otra droga es un producto europeo llamado *vinard*, que también ataca al cerebro.

Uno de sus efectos cuando lo toma en cantidad una persona que sabe algo de cuentas, es producir una tentación irresistible de hacer sumas. El deseo más ardiente de la víctima, es coger lápiz y papel, y hacer grandes ileras de números y sumarlos; sólo que rara vez le salen bien las sumas. Poco a poco los números van convirtiéndose en garabatos, y el final es producir una especie de demencia.





## Recuerdos de Tetuán

# El jardín de los muertos

Antes de abandonar definitivamente la vieja ciudad moruna, que tan gratas impresiones proporcionó a mi alma, he querido rendir un pequeño homenaje al heroísmo desgraciado, visitando el silencioso lugar donde reposan los muertos en campaña.

Se halla en la falda del Dersa, construido a media ladera, al lado del bizarro campamento de las fuerzas de Mallorca. Circundado por tristes muros de tapial yedroso, vese allí el cementerio del Ejército, como huerta hermosísima donde precioso almendros y olmos reales muestran por encima de las tapias la grata visión de sus frondosas ramas.

No fué pensado como lugar de los muertos tan deleitoso retiro, que alguien levantó para regalo de su persona. Pero la guerra del 60 necesitó lugar para tumbas españolas, y convertido el huerto en panteón improvisado, hubo de recibir los cuerpos de los que en la lucha sucumbieron. Hoy, al cabo de medio siglo, ha abierto otra vez sus puertas para sustituir con nuevos cadáveres de heroicos soldados los que ya pulverizó la tierra...

Una puerta carcomida, con mohosos herrajes, da entrada al segundo recinto. ¡Oh, qué seria, qué severa, qué melancólicamente triste la mansión de la muerte! Este, que debió ser alegre jardín donde recreara sus ocios alguna mora principal, donde Fátimas y Zoraidas lanzaran al aire el bullicioso ruido de sus risas argentinas mientras gozaban de las sombras de los árboles en los paseos deliciosos, se ha revestido de la fría e implacable rigidez que da la sensación de la eternidad. Sus almendros, sus algarrobos, sus olmos reales de redondas copas son los mismos que antes cobijaron las felices correrías... Pero el humano y fúnebre jugo, interviniendo en su savia, les ha cambiado el alegre y primitivo aspecto, tornándoles tristes, llorosos, melancólicos... ¿Comprendéis un árbol lloroso y melancólico? No, ¿es verdad? Pues venid aquí y comparad este rin-

cón con otros semejantes de las actuales huertas moras. Las ramas que allí se yerguen inquietas y retozonas, danzando en artísticos movimientos que las esponjan y animan, se convierten aquí en lacias barbas de sarmientos desiguales, en abstrusas combinaciones de escuálidos ramajes, con retorcimientos fúnebres, apocalípticos extraordinarios...

Las tumbas son todas de guerreros, de heroicos guerreros que en holocausto de la Patria sus vidas ofrendaron. Lejos de las familias queridísimas, no pudieron expresar éstas en las lápidas sepulcrales el cariño de su recuerdo. Así, entre todas ellas no hay una sola inscripción que exprese la pena de una madre, la aflicción de una hija, el dolor inconsolable de una esposa... No existe un «No te olvido», un «Pienso en ti»; ninguna de esas sencillas expresiones con que aparece el lenguaje del alma... Habla en todas ellas la voz del compañerismo cimentado en el deber: «Murió gloriosamente...» Eso basta. Y ¿qué mejor recuerdo?...

En el centro hay construída una cruz colosal de berroqueña piedra. Es el único recuerdo que ya queda de los muertos anteriores. En su base tiene grabada la humilde dedicatoria: «A la memoria de los individuos del ejército de Africa cuyos restos se hallan sepultados en este cementerio.»

¡Pobres héroes olvidados de la antigua generación! Desaparecieron sus nombres, olvidáronse las preclaras actuaciones en que sacrificaron sus vidas, y nada queda de ellos ni para ellos, porque ni siquiera la dedicatoria de la sagrada enseña puede convenirles al hablar de *sepultados*... Los pobres restos de aquellos infelices fueron ya levantados de sus tumbas y forman confuso montón en un ángulo del osario... ¡Cuán efímera la gloria y qué poco apreció de su excelso valor!

He recorrido el fúnebre jardín que es asilo de la muerte para los soldados de Tetuán. Está ya lleno,



porque son muchos, muchos los que cayeron bajo el plomo enemigo. He leído en las lápidas, indefectiblemente adornadas con negras coronas de pluma de cuervo, multitud de nombres de jefes que sucumbieron: nombres de oficiales, con el adorno de los laureles que en el trance de la muerte supieron ganar; muchos nombres de oscuros soldaditos... Y he sentido hacia ellos piedad infinita, piedad intensa, inmensísima piedad, porque pienso que tal vez en el espacio de otro medio siglo hayan desaparecido sus nombres, se olviden sus hechos y, para dejar lugar a nuevos mártires, acaben de pudrirse sus restos gloriosos en los rincones del osario...

En uno de los extremos del camposanto he visto doce tumbas grises, tristes, todas iguales y misérrimas, en lúgubre alineación. No ostentan nombre alguno, y la abierta brecha que en su cabecera han dejado para colocar la cruz remeda, con su fijeza estulta, la siniestra expresión de una calavera... Son las tumbas de doce soldados de Saboya, de doce infelices que en Loma Amarilla, cayeron víctimas de salvaje emboscada. Puestos en línea sus sepulcros, parece que quieren guardar hasta después de la muerte la rígida disciplina de las alineaciones... Y no les falta jefe, que también cayó, y tiene a su lado el túmulo de obra más alta, con más recia la-

bor, un poco más gallarda... Manos piadosas han colocado en ella el recuerdo de una corona... ¡Oh, dolorosa vanidad de los humanos, que ni aun después de la muerte nos quieres hacer iguales!

Para rendir mi homenaje a los muertos de la antigua campaña he ido al osario. Allí, en un rincón del camposanto, he visto la triste confusión de sus revueltas osamentas... Ni siquiera el recuerdo que ostenta la berroqueña cruz hasta aquí les llega... Ante ellos me descubro respetuosamente y elevo al cielo por las almas que los poseyeron mis preces más sentidas... ¡Restos de Juan Soldado, yo os venero! ¡Restos aquí olvidados de héroes anónimos, gallardos campeones, luchadores infatigables, excelentes patriotas, admirables desprendidos, recibid mi oración sincera, el voto de mi amor!... También yo, aunque modesto y sin glorias, a vuestra honrada familia pertenezco, y al llorar el olvido en que yacéis, lloro también por los que hoy viven y tras de heroica muerte pueden acompañaros en el mismo olvido...

Vicente Valero de Bernabé

## CASOS Y COSAS

La guerra es pródiga en hechos tan extraños como los siguientes:

Durante la segunda guerra anglo-afghana un oficial inglés, gran tirador de armas, persiguió a un jefe afgano retándole para tener un encuentro con él. Aceptado el reto, ambos combatientes montaron a caballo y el asalto empezó, pero el inglés se adelantó y descargó un sablazo en la cabeza del enemigo dejándole muerto. Este, que tenía levantado el pesadísimo sable de que estaba armado, lo dejó caer al perder la vida, y muerto y todo le partió la cabeza al inglés.

En Spión Kop, cuando la guerra del Transvaal, ocurrió un caso semejante. Un destacamento de boers vió un soldado inglés, que con el fusil a la cara y el dedo en el gatillo parecía que apuntaba a los boers. Uno de éstos se acercó para quitarle el arma, y al tocarle se contrajeron los nervios del soldado apretó el gatillo y mató al boer. Luego se comprobó que el soldado inglés estaba muerto, y

que se sostenía derecho porque estaba apoyado en las rocas.

...

La sensación llamada *poner carne de gallina*, demasiado conocida de todos, es uno de los varios signos de terror en la especie humana, y es completamente análoga al erizamiento involuntario de los pelos o de las plumas en muchos animales cuando se hallan en peligro.

El fenómeno se debe a la contracción de unos pequeños músculos llamados *erectores pili*, que están ligados a las cápsulas de los pelos. No sólo el miedo en sus variadísimos aspectos sino también la aplicación del frío a ciertas partes del cuerpo, puede ocasionar esta contracción, que produce la *carne de gallina*.

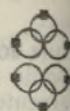
En los irracionales, los pelos o las plumas en erección son un medio natural para imponer terror al enemigo; en el hombre, los musculillos antes citados no tienen esta utilidad práctica.







## Los valientes jinetes de Alcántara conquistan el título de héroes



Una vez más, demostrando ser el arma del sacrificio, el arma de las ocasiones y el arma del arrojo, nuestros brillantes escuadrones del regimiento de Alcántara, honra y prez de la Caballería española, han sabido pelear rudo combate en los campos africanos, en lucha desigual, pero valiente, conteniendo con su bravura y empuje hasta agotar las energías de sus caballos, un puñado de jinetes que electrizados por la mirada de su inmejorable jefe, el teniente coronel Primo de Rivera, han sucumbido dignamente cumpliendo con su deber.

Por cuatro veces consecutivas, se ha cargado a discreción, sable en mano, contra la «harka» superior en número, contra enemigo envalentonado y feroz, contra hombres salvajes y fanáticos, que ciegos por el triunfo, no se contienen sino ante la muerte... y la muerte jinete en caballo español, les salió al encuentro, haciéndoles pagar cara su aventura.

Nuestros jinetes, respondiendo como buenos y leales, han escrito con las puntas de sus sables la continuación para la Historia, un hecho tan hermoso como inenarrable. La suerte les ha deparado tan lucida ocasión, y al morir fieles con la tradición, ésta se nutre ampliamente, uniendo a los recuerdos del pasado, las heroicas hazañas del presente, base de las futuras, reverdeciendo con brotes espontáneos los laureles de la victoria tan justamente alcanzados en desprecio a la muerte que quita la vida breve de los seres proporcionando la eterna e inolvidable que da la fama. Los valientes soldados que ostentan como emblema sagrado la cruz de la orden militar de Alcántara, se han mostrado caballeros luchadores, al igual de aquellos otros nobles castellanos de las Cruzadas que se batieron contra los infieles defendiendo la santa causa religiosa, y como ellos, han puesto el nombre de la

Patria a la altura a donde solo se logra llegar con hechos grandes, que más que reminiscencia del pasado son dignos prolongadores de su fama imperecedera. El deber les exigía ofrendar sus vidas sacrificándose por sus compañeros de armas, y ellos sin regateos, generosamente se aprestaron a la lucha horrenda hasta lo imposible; las circunstancias lo demandaban, y la ocasión se brindó propicia; ni una sola duda, ni un titubeo se mostró siquiera, ¡Adelante! fué el grito lanzado por el heroico jefe en su voz de mando, una sola vez, ¡Adelante! repitieron todos, entre vivas a España y gritos de entusiasmo. En temible avalancha, entre el mortífero fuego de muchos cientos de fusiles, un grupo de hombres se lanza a la carga, sembrando el terror y el pánico entre las huestes rifeñas, llamando hacia sí la atención del enemigo en masa, mientras el resto de las fuerzas hermanas, de esta manera protegido, se retira amparada siempre por el arma de la abnegación generosa, que tiene por misión siempre su puesto de honor, detrás en las retiradas, delante al avanzar, siempre en busca del contrario, retadora, audaz, incansable.

Honremos con estas líneas a los bravos cazadores del catorce de caballería. Es de justicia y como tal se la merecen. Murieron, pero *no importa*, pues sus nombres hoy ya conocidos, merecen esculpirse en letras de oro sobre el mármol frío de sus tumbas, protegidos por el laurel de una corona que simbolice la recompensa máxima que merecen los que por su Patria mueren.

¡Gloria y paz a los jinetes del regimiento de Alcántara que de modo tan bello han sabido morir!

J. G. SEAR





# LA GUERRA EN EL AIRE

Aun después de la gran guerra, en la que tanta intervención tuvieron globos y aeroplanos, la lucha en el aire se perfecciona. Las naciones tratan de acumular para la guerra futura la mayor cantidad de elementos que les es posible, y se estudian detalladamente los sistemas más perfeccionados de ataque y defensa.

Así vemos en las fotografías que acompañan a este artículo diversas situaciones de un simulacro del

ataque y defensa aérea, celebrado por la quinta Arma del ejército inglés en presencia del Monarca de aquella nación.

En la primera se ve cómo un dirigible produce una nube de humo tan densa y tan amplia, que le puede permitir escapar a la vigilancia de los aeroplanos y de las baterías de tierra. En la segunda se ve una lucha de aeroplanos en la que los aviadores hacen toda suerte de acrobatisms para mejor atacar al enemigo. En la tercera puede observarse cómo un pueblo puede ser reducido a llamas en pocos minutos si es bombardeado por una escuadra aérea. Para efectuar este último ejercicio se edificaron expresamente las casas que habían de ser objetivos del tiro.

El estudio de la lucha en el aire tiene como complemento indispensable el estudio del paracaídas.

En materia de navegación aérea, el enemigo es la gravedad; su antagónico es el paracaídas. El paracaídas es el salvavidas del navío aéreo. Se compone, como es sabido, de un casquete esférico de tela; en el borde lleva cosidos unos tirantes cuyos extremos inferiores se anudan a un cinturón, que es el que sostiene el aviador.

En tiempo normal, el paracaídas, hábilmente doblado, forma una especie de mochila de reducidas

proporciones, que se coloca el aviador sobre la espalda. También puede llevarse sobre el asiento, utilizándolo como cojín.

El paracaídas debe tener una superficie suficiente para que el descenso no sea muy rápido; pero no tanto que la caída sea excesivamente lenta. Los destinados a una sola persona tienen aproximadamente ocho o nueve metros de diámetro, lo que representa unos 35 metros cuadrados de superficie. Con

esta superficie, el descenso se verifica a una velocidad de cuatro a seis metros, es decir, a la velocidad con la que un hombre llega al suelo cuando salta desde dos metros de altura; una velocidad menor no tiene interés, y requiere además aparatos demasiado pesados y embarazosos: una velocidad mayor es inconveniente porque hay peligro de romperse las piernas al chocar con tierra.

El mayor peligro que se corre en un descenso con paracaídas es que el aparato no se abra; y otro—cuando se trata de un paracaídas que deba funcionar a bordo de un avión—, el quedar cogido, ya sea el aviador o el salvavidas, en el momento de saltar del aparato.

Para evitar estos peligros se han encontrado varias soluciones.

La más sencilla, y empleada al fin de la guerra tanto por los aliados como por los alemanes, consiste en una cuerda sujeta por un extremo a la cima del paracaídas, y por el otro a la carlinga del avión. Cuando el aparato está plegado, el cordón sale del paquete que forma éste.

En caso de peligro, el aviador salta de la aeronave arrastrando tras sí el paracaídas, que, sostenido por el bramante, se despliega completamente: llega así un momento en que el paracaídas está, en parte, pendiente debajo del avión, sujeto por el



Para escapar los dirigibles a la vigilancia de los aeroplanos y a la acción de las baterías de tierra, pueden producir en un momento determinado una verdadera nube de humo que ocultándoles completamente favorecerá su huida.





En los ejercicios de combate aéreo, celebrados recientemente por el Ejército inglés, vióse cómo dos aeroplanos cercados por una escuadrilla enemiga, pudieron escapar del cerco, recurriendo a un peligroso *looping*.

aparejo. Por el propio peso se rompe el cordón, y el aparato funciona.

Estos aparatos son muy ligeros: pesan de seis a 10 kilos, y prestan muy buenos servicios; ya le deben la vida muchos aviadores.

Otro medio fácil para obligar al paracaídas a abrirse es coser un resorte de acero en un sector del borde de la tela del casquete. En el momento de servirse del aparato, el aviador toca el resorte que extiende y eleva un trozo de tela, por donde el viento entra formando una bolsa, y esto ya asegura el total despliegue. También se ha tratado de sustituir el resorte por un neumático de bicicleta, sujeto al borde del paracaídas.

En el paracaídas Bonet láminas de acero flexibles forman la armadura del paracaídas a la manera del varillaje de un paraguas.

El solo *pero* de este aparato ingenioso es que si la cámara de aire se desinfla, todo se ha perdido.

Para asegurar el desprendimiento del paracaídas se emplean diversos procedimientos.

Uno de ellos consiste en encerrar el paracaídas en una caja de fondo movable que descansa sobre un resorte comprimido por la tapa de la caja: al abrirse, el paracaídas sale despedido por la distensión del resorte, que representa una fuerza de 45 kilos.

Para asegurar a la vez la inflación del paracaídas y su desprendimiento del avión, muchos inventores han ideado un pequeño paracaídas auxiliar, provisto de varillas de acero sujetas a la costura de la tela a modo de un paraguas, y que se coloca sobre el paracaídas grande; como se abre con facilidad, sirve para frenar el descenso

de aquél, mientras se despliega totalmente.

Un ingeniero austriaco inventó también, antes de la guerra, un aparato muy original.

El aviador lleva tras sí el paracaídas colocado sobre un soporte formado por tres cañones de fusil dispuestos horizontalmente, formando una estrella con ángulos de 120 grados.

Cada cañón está cargado con pólvora y con un proyectil sujeto con bramante al borde del paracaídas. Estos tres cañones se reúnen en el centro sobre un tronco de acero que sirve a su vez de proyectil, y un cuarto cañón, vertical, que lleva asimismo una carga de pólvora.

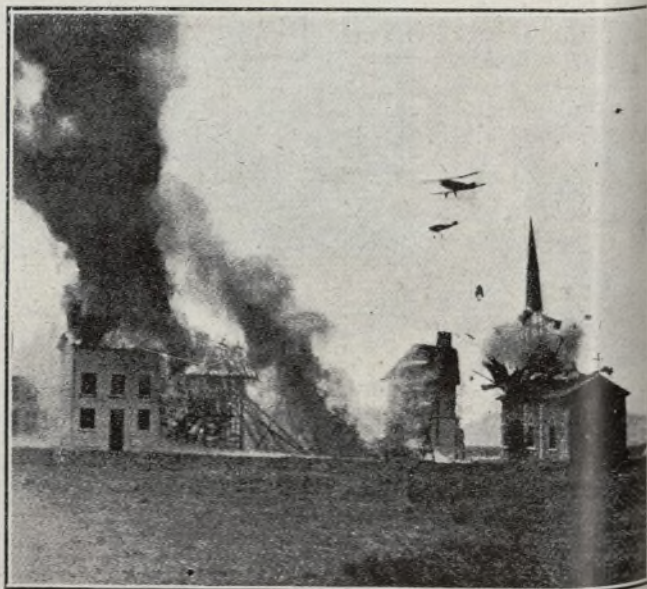
El aviador que se cree en peligro se apoya sobre un disparador; entonces el cañón vertical hace fuego lanzando al aire, fuera del avión, el tronco de acero con los tres cañones horizontales y el paracaídas, casi al mismo tiempo los otros tres cañones disparan lanzando al espacio los

proyectiles sujetos al paracaídas, que se infla instantáneamente.

Las pruebas de este invento dieron buen resultado, pero no ha sido utilizado posteriormente.

Otros inventores tratan de aplicar diversos sistemas de paracaídas para salvamento del avión: en este caso, se emplean dos paracaídas adosados al aparato; al perder éste la estabilidad se abren y amortiguan la caída del avión.

Un buen paracaídas debe abrirse a la menor distancia posible de su salida del avión: aproximadamente a los 30 ó 40 metros; para aquellos que van



El bombardeo de una ciudad es uno de los objetivos más interesantes de la acción de los aeroplanos. Los potentes explosivos de las modernas bombas permiten reducir a escombros en breves minutos las más recias edificaciones.



provistos de un sistema perfeccionada para abrirse, esta distancia se reduce.

Pueden obtenerse velocidades variables en el descenso, así como evitar las oscilaciones bruscas reduciendo la superficie del casquete mediante sencillas maniobras con los tirantes: esta maniobra permite impulsar cierta dirección al paracaídas.

El cinturón debe poder ser desabrochado con rapidez para hacerlo en cuanto se toca tierra, evitando ser arrastrado, como ocurrió alguna vez con ocasión de grandes vientos,

Hay muchos que niegan la utilidad del paracaídas, y afirman que no lo usarían, a causa del miedo que les inspira arrojar al vacío. Las muchas pruebas ejecutadas demuestran que es injustificado este temor, y, sobre todo, mejor es un descenso con paracaídas que a cuerpo limpio.

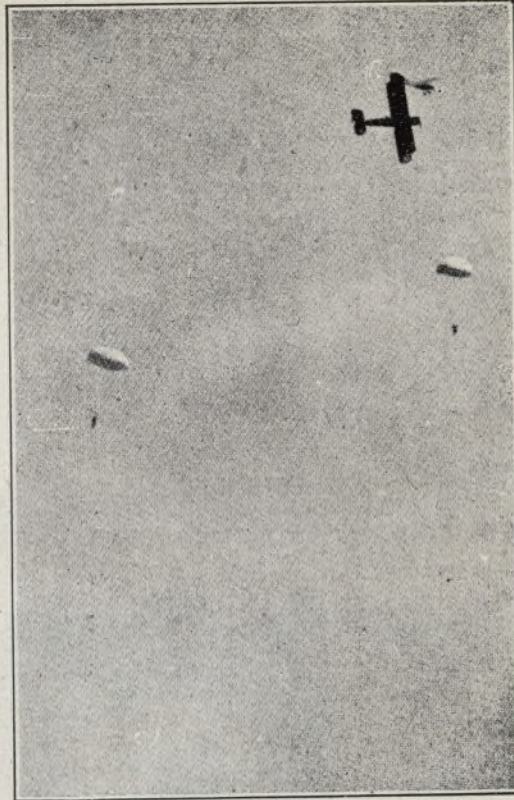
He aquí las impresiones de un aviador después del primer descenso:

«Cuando nos encontrábamos a 300 metros, el piloto me gritó: «¡Ahora!», y, sin meditarlo, me lancé fuera del aparato: me sentí caer, sin aturdirme y sin perder la noción de una caída. Ahora bien, el tiempo se me hizo largo...

El viento soplaba de frente, y sentí el ruido como de un tapiz que se desenvuelve; después sentí que suavemente tiraban de mí hacia arriba, como con un elástico...; después, un gran silencio. El paracaídas se había abierto sin brusquedad. Me parecía estar sobre un colchón de pluma: el descenso era lento y con pocas oscilaciones: el aterrizaje fué suave, y fácilmente me desprendí del artefacto.»

Un ingeniero inglés ha resuelto de un modo audaz el modo de evitar la aprensión de los pasajeros que temen arrojar al vacío: en la cabina, cada asiento está provisto de un paracaídas: el pasajero va sujeto a él y lleva el cinturón puesto, y, en caso de peligro, no debe moverse ni tomar la resolución que tanto miedo le inspira: es el piloto el que, de un modo automático, va largando pasajeros, sin que éstos se den cuenta más que cuando no les queda otro recurso que dejarse llevar.

Las presentes fotografías muestran interesantes momentos del abandono de un aeroplano por avia-



El paracaídas es el complemento del aeroplano. He aquí cómo un avión es abandonado por tres de sus tripulantes. Dos se hallan en el aire pendientes del paracaídas. El otro, al lado del aeroplano todavía no ha conseguido desplegar la lona de su artefacto salvador.



Interesante fotografía tomada desde un avión en el momento de lanzarse al aire un tripulante provisto del paracaídas. El tripulante ha descendido 200 metros sin conseguir la apertura del paracaídas y en esta caída terrible ha marchado mucho tiempo cabeza abajo. El representado en esta fotografía logró al fin el funcionamiento del paracaídas y llegó a tierra sin otra cosa que un susto regular.

dores provistos de paracaídas. En el primer grabado vense dos aviadores en el aire, pendientes del paracaídas que lentamente, dulcemente, los va acercando a tierra; otro aviador vese en el momento de abandonar el aeroplano, sin que la lona de su paracaídas se haya desplegado todavía; es éste el sargento americano E. Chambers, fotografiado en el segundo de nuestros grabados. Su descenso fué de una emoción extraordinaria. El paracaídas no se abrió en el primer espacio de 200 metros, y el aviador fué dando horribles volteretas en el aire. Al fin el resorte funcionó y el círculo de la lona amparadora se abrió por completo, normalizándose enseguida el descenso.

De haberse tirado el aviador desde menor altura se hubiera podido estrellar en el suelo antes de abrirse el paracaídas.





## EL CINEMATÓGRAFO Y LA HISTORIA

# CÓMO SE IMPRESIONA UN COMBATE NAVAL

Uno de los más salientes episodios de la gran guerra fué la batalla naval de Jutlandia, en la que se vieron frente a frente las grandes flotas: inglesa y alemana.

Por tercera vez se disputaba a Inglaterra el dominio del mar, que significa tanto como el imperio del mundo. Felipe II (1588), Napoleón I (1805) y Guillermo II (1916) *comprendieron el mar* y quisieron arrancar a Inglaterra el cetro naval; pero Plymouth, Trafalgar y Jutlandia fueron sólo débiles tentativas que antes afianzaron que debilitaron su poderío.

En Jutlandia mandaba la flota inglesa el almirante Jellicoe, y la alemana Scheer; la alemana no abandonaba sus bases; la inglesa la buscaba, pero no parecían muy propicias a empreñar una acción que creíase decisiva.

Jellicoe envió en vanguardia varios cruceros de combate, mandados por el almirante Beatty; Von Hipper aceptó y empenó la acción; pero la escuadra de alta mar, tan pronto vió a la *Grand Fleet*, se puso a la defensiva y comenzó a batirse en retirada.

Las pérdidas inglesas fueron tres cruceros de combate, tres cruceros acorazados y ocho destroyers, y las pérdidas alemanas, un acorazado, un crucero de combate, cuatro ligeros y cinco destroyers.

Acusan a Jellicoe de no haber aprovechado las circunstancias que le permitieron destruir la flota alemana; pero el almirante dice que por lo inesperado de la maniobra, en los momentos que él llevaba la peor parte, dedujo que la intención de los alemanes era llevarlo a un campo de minas y sub-

marinos, y no cayó en el lazo, suspendiéndose el combate con las primeras sombras de la noche.

Ambos beligerantes se apuntan el triunfo de Jutlandia, sobre cuyo combate van escritas varias decenas de libros, centenares de folletos y millares de artículos en revistas profesionales; pero es lo cierto que en Jutlandia no triunfó nadie; fué un doble fracaso.

En Jutlandia no triunfó el imperio alemán; la escuadra inglesa, con bajas o sin ellas, continuó fren-

te a la costa enemiga, dominando el mar, sitiando y bloqueando al adversario, mientras los buques del almirante Scheer corrían a ocultarse en sus bases, abandonando la partida, y no volvieron a aparecer hasta el 19 de Agosto de 1916, y luego... en Noviembre de 1918 para entregarse...

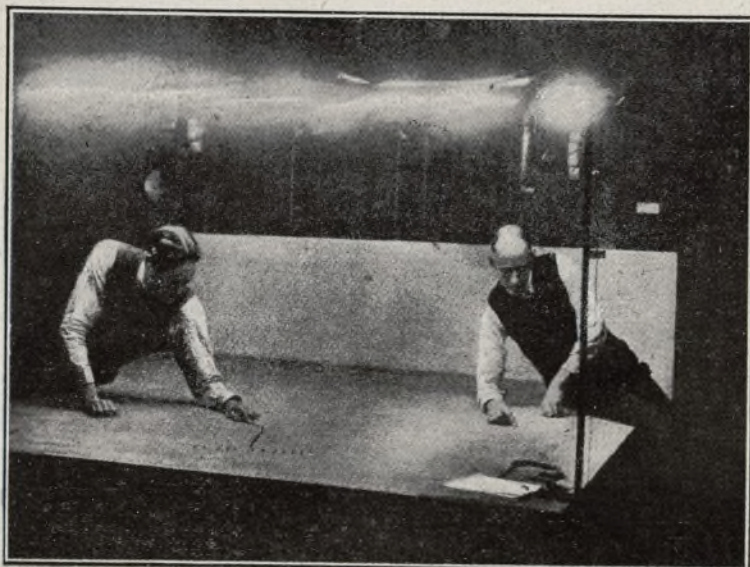
Pero tampoco venció In-

laterra, aunque quedó árbitro del campo; el submarino y el torpedo ganaron la batalla, sin combatir, y quedaron flotando como una amenaza, ejerciendo hasta el fin de la guerra una angustiosa coacción moral.

En el relato de la batalla, Lord Jellicoe habla de submarinos que no existían más que en su exaltada imaginación, y de buques que se van a pique a consecuencia de ataques de los alemanes, sin que éstos lo confirmen proclamando tal honor.

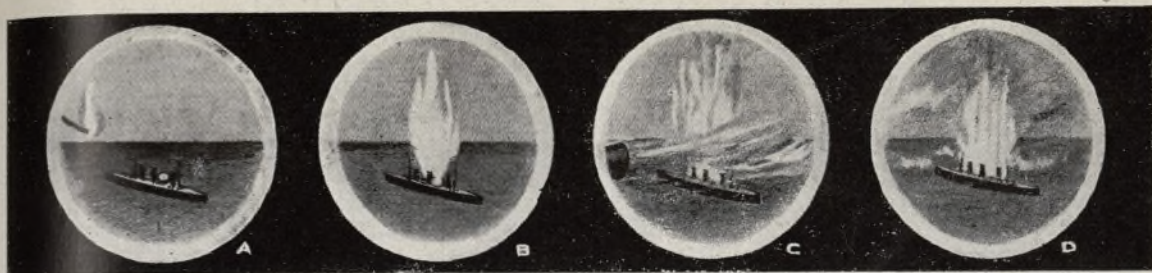
La exagerada prudencia de Jellicoe admiró hasta a sus adversarios.

Empezaba a amanecer—dice una crónica—y desde los buques alemanes se exploraba el horizonte, con la natural emoción, sin descubrir al enemigo. La alegría ante este hecho, la extrañeza ante esta



Para impresionar la película de un combate naval, los operadores sitúan sobre un tablero que figurará el mar, los modelos reducidos de los cruceros y acorazados que después de fotografiados parecerán navegar en la lejanía. A cada golpe de manivela hay que cambiar la posición de los modelos.





La explosión de las bombas se simulan haciendo caer un gramo de pólvora que se incendia aproximándole una llama. He aquí las cuatro fotografías que al aparecer sucesivamente en la pantalla hará el efecto de una tremenda explosión.

actitud de Jellicoe, colma de gozo a las dotaciones. Ya no desean volver a puerto; quieren luchar de nuevo con tan torpe enemigo. Pero su almirante Scheer es más sensato; comprende que con su escuadra averiada no se puede luchar en ventajosas condiciones y ordena el regreso a la bahía del Jade. Al doblar el buque-faro de List, el *Oofrieland* chocó con una mina que, aunque le ocasionó la inundación de varios compartimientos, no le impidió la entrada en el puerto. Esta mina había sido fondeada horas antes en unión de otras, por el buque inglés *Abdiel*, en cumplimiento de órdenes de Jellicoe.

Mientras que la flota alemana llegaba a la vista de Horn Reef, la *Grand Fleet* continuaba imperturbablemente el rumbo trazado por Jellicoe, que en actitud puramente defensiva espera la amanecida para trazar proyectos agresivos. Amanece al fin, y sin embargo Jellicoe no hace nada para buscar al enemigo; arrumba al Norte, se dedica después a reunir a sus dispersos buques, y convencido más tarde por las informaciones de las estaciones radiogoniométricas (si es que ya no estaba convencido) de que el enemigo se ha escapado, decide el regreso a las radas de Rosyth y Scapa Flow.

Así terminó este combate.

Esta gran batalla, tan difícil de reconstituir—ni los partes oficiales están de acuerdo unos con otros—y que tan apasionados y contradictorios comentarios provoca, va a ser llevada a la pantalla: pero no es fácil reunir en los mares del Norte tan monstruo-

sas flotas, ni de simular el hundimiento de veinticinco grandes buques que representaban 173.214 toneladas...

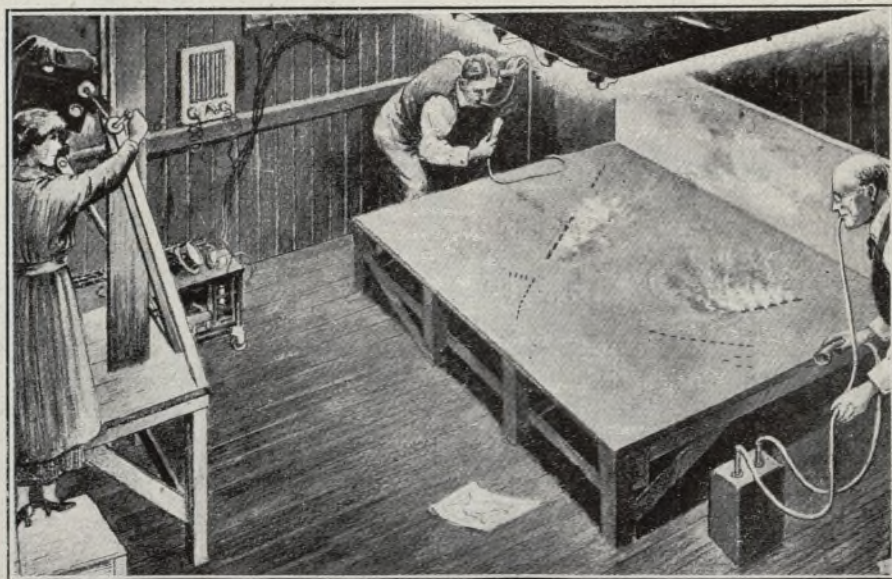
Así, lo más cómodo ha sido recurrir a la ficción para componer la película.

Sobre un gran plano de madera cuya superficie simula hábilmente el mar, los *restauradores* de la gran contienda han trazado el croquis de marcha de ambas escuadras; diminutos barquitos de madera reproducen al *Rostock* al *Pommern*, al *Nestor*...

Los destroyers avanzan, tendiendo sus *cortinas de humo*, que tanto complicaron, el problema de la visibilidad, en la batalla de Jutlandia...

El operador, filma este prólogo de la lucha, mientras los respectivos almirantes de laboratorio, con gas inflamable, con humo, y con bolitas de algodón pólvora, van dando la nota bélica, al encuentro naval...

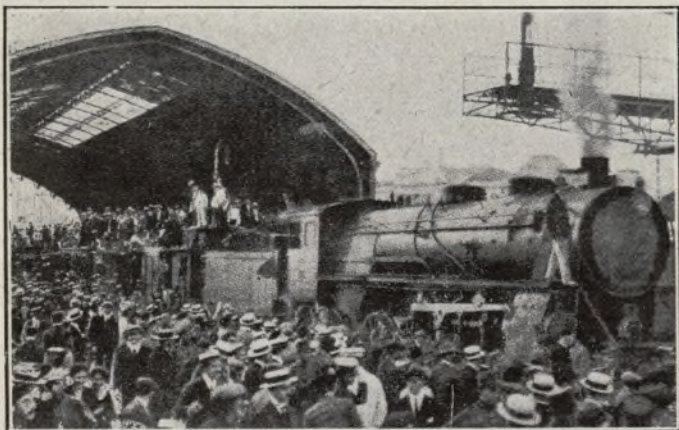
RAGIRO



Combinando los movimientos de los barcos con la impresión de la película se obtienen todas las fases de una batalla naval. Así se ha impresionado, de acuerdo con los partes oficiales, la batalla de Jutlandia, cuya composición ha necesitado ochenta mil movimientos y otras tantas fotografías.

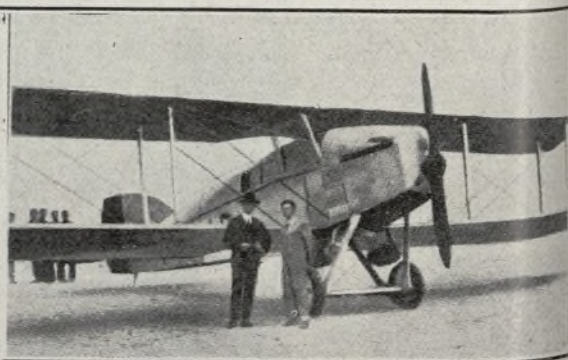
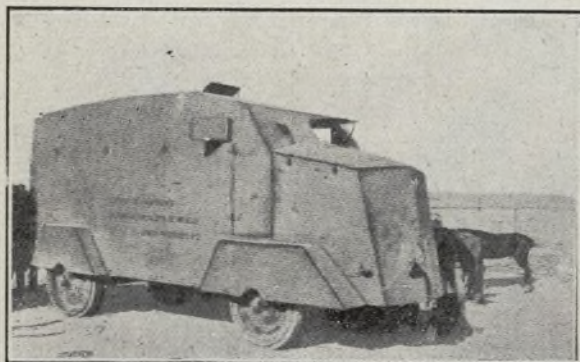


## NOTAS DE LA CAMPAÑA



Todas las guarniciones de España han movilizado tropas, y en todas partes la despedida ha sido igualmente fraternal: van nuestros soldados a vengar a los hermanos muertos traidoramente, y el pueblo que anhela la hora del desquite, les vitorea y desea que triunfen pronto.

Los soldados responden como es tradicional en nuestro ejército: estos que aquí véis son del Regimiento de la Corona, que apenas desembarcados en Melilla, se portaron tan bizarramente en un combate, que merecieron el honor de que ante ellos, desfilasen las restantes tropas.



El pueblo a su vez, con hidalga generosidad, digna de elogio, no quiere que le falte nada a sus soldados, y las suscripciones populares recaudan muchas pesetas y se regala material de guerra, que los nuestros sabrán aprovechar bien para honra de todos. Las fotografías muestran el camión blindado, regalado por el Marqués de Comillas, y el avión limousine, regalo del Sr. Marquet.





Teniente de Artillería,  
don Julio Bustamante,  
muerto en Igueriben.

Teniente de la Guardia  
civil, D. Ricardo Fresno,  
herido en Nador.

Capitán de Infantería,  
D. José Redondo, herido  
gravemente en Igueriben.

Capitán de Infantería,  
D. Felipe Navarro, muer-  
to en Ishajen.

Sargento Gallardo, de  
Infantería, herido grave-  
mente en Annual.

### El campamento.

Mi batallón hizo alto en la llanura: un oficial de Estado Mayor, indicó al jefe el lugar donde había de emplazarse el campamento: ly de unas camionetas, descargaron las lonas de cincuenta tiendas de campaña.

Mientras un par de compañías levantaban un pequeño parapeto, el resto de la tropa iza las tiendas: los oficiales indican los centros: parece que se prepara la elevación de globos: luego se escucha el tableteo de los mazos sobre las estacas, y tenemos ya edificada la ciudad.

Vamos tomando posesión de los hogares, y urbanizamos la naciente villa. Se desbroza el suelo, se perfecciona el parapeto y se abren letrinas...

Fagina para rancho. Luego se monta el servicio de trincheras, y los francos, tumbados bajo las tiendas fumamos un cigarrillo.

Obscurece, y bajo el misterio de las sombras todo es quietud y silencio: sobre la línea del parapeto, veo como se dibujan las siluetas de los que vigilan...

Pasa junto a la tienda una patrulla:—¡apagad esa luz!—grita una voz autoritaria; apago y recuesto la cabeza sobre la mochila.

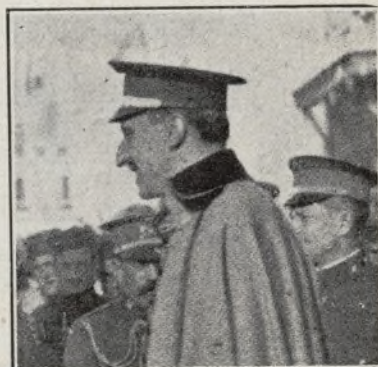
Un cornetín toca diana: salgo de la tienda enseñuado, pensando sobre lo que simplifica la vida el dormir vestido.

En la alegre mañana, tan agradable (después de

de dormir ocho horas de un tirón, el campamento es un encanto: parece un pueblo de juguete, como los que yo hacía en la mesa del comedor de casa, con soldaditos de plomo y tiendas de naipes.

En la calle principal está la guardia de prevención frente a la que se pasea un centinela con el fusil al hombro; la Casa-Correos; el botiquín con su banderita de la Cruz Roja. En la plaza del pueblo hay dos grandes cubas con agua: en las tiendas de los oficiales, los banderines indican las compañías... Me voy orientando: ya sé donde viven mis amigos, y los rancheros que nos preparan el café; y las cuadras donde el ganado consume el pienso...

Y allá lejos en una loma, veo otro campamento: otro pueblo como el mío, cuyas blancas lonas, ba-



Teniente coronel, D. Fernando Primo de Rivera, que después de su heroico comportamiento al frente de los escuadrones de Alcántara, fué muerto en la defensa de Monte Arruit.



Blocao Dema, en Benisicar. En el medallón el capitán de Ametralladoras del Regimiento de la Princesa, D. Enrique Dema, que pereció en el ataque realizado para lograr esta posición.





Capitán de Artillería, don Federico de la Paz, muerto en Igueriben

Capitán de Artillería, don Miguel de la Paz, muerto en Annual.

Teniente de Policía indígena, D. Ulpiano Chamorro, muerto en las primeras operaciones.

Alférez de Regulares, D. Fernando Tomaseti, muerto en Igueriben.

Alférez de Caballería, D. Fernando Díaz, muerto en Tistutin.

ñan los primeros rayos del sol. Parece una bandada de palomas que ha hecho un alto en su marcha.

### El cartero.

Hay en el campamento una figura simpática para

La hora del reparto es como una lotería: suenan los nombres como premios mayores: ¡Andrés López! ¡Benjamín Sánchez! ¡Cabo Fernández! Y de un lado y otro del corro surgen voces atronadoras y risueñas. ¡Presente! ¡venga! ¡aquí!

¡Bendita alegría y benditos momentos estos del



Oficial de complemento, D. Rafael Sánchez Guerra, herido en las últimas operaciones.

Capitán de Infantería, D. José Hernández Mira, muerto en Monte Arruit.

Teniente de Infantería, D. José Lacave, muerto en Monte Arruit.

Teniente de Regulares, D. Juan Muñoz Crespo, muerto en Beni Arós.

Teniente de Infantería, Ruiz Casero, herido gravemente en Dar Drius.

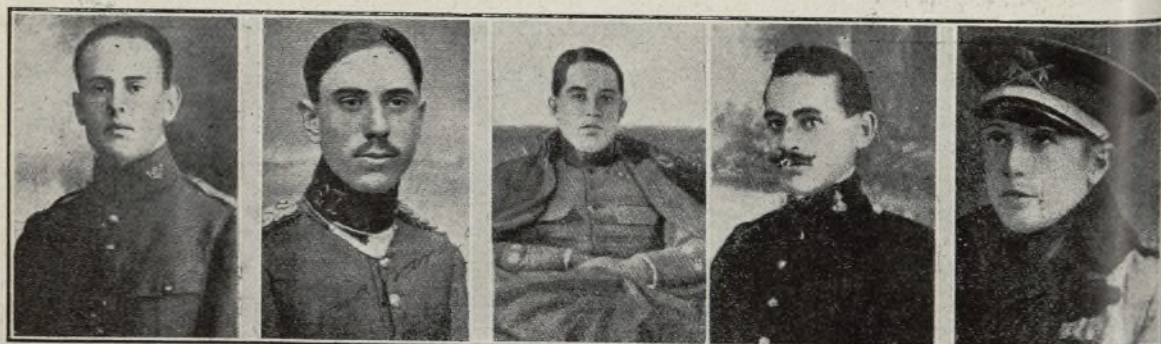
quien todos tenemos una mirada interrogativa y una sonrisa de gratitud: esta persona es el cartero.

Cuando vamos a depositar nuestras postales en el buzón de la tienda-Correo, está timbrando cartas con el sello de la unidad: el golpetazo del sello que dá franquicia sobre el papel donde van saludos y charlas con los seres queridos, es, como el postrer abrazo que lleva nuestra antefirma.

atardecer en mi campamento cuando después de un día de trabajo y de oír tiros, encuentra el soldado, como postre al sabroso rancho, la carta de una madre o de una novia que envía muchos besos!

### Los periodistas.

Hoy han visitado el campamento, infinidad de



Teniente de Infantería, D. José Pallarés, muerto en Benisicar.

Teniente de Infantería, D. Jacinto de Juan, muerto en Annual.

Capitán de Regulares, Sr. Fernández Ortega, herido gravemente en las últimas operaciones.

Sargento de Artillería, D. Eliseo Calderón, muerto en Buhafora.

Alférez de Caballería, señor Chamón, muerto en Beni-Arós.



periodistas madrileños: ayer también vinieron otros. Todos ellos, o casi todos, conocidos míos: Endériz, Borrás, Corrochano, Zegrí, Vivero, Mariscal, Pino y otros muchos...

Ninguno acertó a conocerme: los ví recorrer el parapeto, tomar notas y charlar con los oficiales; y luego en autos y motos, salir volando con dirección a la plaza.

El que sigue la campaña a través de las hojas impresas no tiene idea de lo penosa que es la labor del corresponsal de guerra.

Tiene sobre sí, el prestigio de su periódico y lucha para conquistarle el éxito del día: para conseguirlo no se arredra ante ningún sacrificio: asiste a los combates, recorre campamentos y hospitales, tertulias y centros oficiales, ayuna si es preciso y duerme cuando puede.

Necesita estar dotado de un gran espíritu analítico, para desentrañar la verdad de entre las cien versiones que corren de boca en boca, atemperarse al dolor para contemplar los santos despojos, recién sacrificados al deber; sobreponerse a las necesidades físicas, para escribir y razonar y pensar por cuenta propia, después de una jornada inquietante, en la que se ha expuesto la vida, y ha visto muchos dolores y ha sufrido muchas y encontradas emociones.

Tiene sí, el periodista en campaña algo que compensa de tanto sinsabor, y es la efusiva cordialidad que le brinda en todo momento el oficial y el soldado, que ve en los que con ellos comparten penurias y fatigas, sin más armas que unas cuartillas o una máquina fotográfica, el narrador de sus abnegaciones y sacrificios, el que llevará a los suyos las impresiones de su vida, el episodio del día, algo que es reflejo de su alma, pan espiritual luego de tantas madres y de tantas novias, que leen todo cuanto de la guerra llega, para palpar con las mismas palpitaciones de los idolatrados ausentes.

## El espionaje

En toda guerra es imposible evitar el espionaje, pero en las coloniales, es imposible, porque no se puede prescindir de los «adictos» de los «colaboradores» y muchas veces hay que dejarse engañar, hacerse el tonto, a cambio de alguna compensación. Lo que puede hacerse, es lanzar rumores falsos sobre los avances, desorientar a todos valiéndose como auxiliar de la Prensa; pero el criterio de ahora ha sido amordazar la Prensa; y mientras Melilla es una plaza abierta a moros y cristianos.

Aquí llegan barcos de todas las nacionalidades, barcos que recorren la costa africana, que pueden llevar y traer espías; al desembarcar, no se pregunta a nadie quién es, ni de dónde viene ni adónde va. Y nos parece que sería medida de buen gobierno vigilar un poco más la plaza, el puerto y a los moros, que entran y salen al zoco Reina Regente a comprar víveres y adquirir noticias para la jarca.

También unos prisioneros evadidos de Nador, nos han revelado algo sobre la fidelidad de algunos confidentes.

Como estos prisioneros saben árabe, se enteraron perfectamente de una reunión en la que se daba cuenta de una carta llegada de Melilla. En esa carta se les avisaba de que salían tropas para la Restinga, y les decían que se prepararan, porque era una columna muy fuerte.

La carta estaba escrita por un moro amigo, un moro que figuró mucho en la campaña de 1909. Un moro a quien le ha llenado España de riquezas, que usa automóvil y que, a nuestra costa vive como un gran señor.

## La Virgen de Lidón

La Virgen de Lidón ha hecho un milagro. Escuché el trágico episodio de boca de uno de los supervivientes de Annual.

Varios soldados que tuvieron que abandonar la posición fueron hechos prisioneros por los rebeldes, que los llevaron a presencia de un moro muy influyente en una de las cábilas inmediatas a la posición.

El moro dió orden de que los prisioneros fueran fusilados inmediatamente. Uno de los prisioneros, castellonense, al oír la terrible sentencia, invocó en valenciano el nombre de la Virgen de Lidón, Patrona de la ciudad. Al oírle el cabileño se levantó muy emocionado y le preguntó si era hijo de Castellón. Al ser contestado afirmativamente, el moro llevó aparte al soldado y, abrazándole, le aseguró que no serían fusilados.

Después, hablando con el prisionero, se confesó que no era marroquí, sino español, natural de Castellón, en donde huyó de joven por haber asesinado a su novia.

Su larga permanencia entre los cabileños, sobre los que tiene gran ascendiente, se ha transformado hasta el punto de que nadie sospecharía que no es rifeyo.

JUAN BISOÑO

Melilla, Septiembre 1921





# LA SORPRESA DE DESCARGA

(NOVELA ORIGINAL DE SABINO DE GOICOECHEA)

## I Una deuda

Las divisiones de Alava y de Vizcaya y la brigada auxiliar de Navarra, que se hallaban respectivamente a las órdenes del barón del solar de Espinosa, del conde de Mirasol y del coronel Ulivarri, acampaban la tarde del 2 de Junio de 1835, siendo general en jefe de todas D. Baldomero Espartero, en el alto de Descarga, entre Vergara y Villarreal de Zumárraga.

El punto escogido era muy a propósito para el descanso de un cuerpo de tropas respetable; porque situado en la margen del camino de Francia, sobre una eminencia que dominaba completamente los llanos de Villarreal de Zumárraga y de Vergara, hallábase cubierto el suelo de una lozana vegetación, como alfombra tendida por el espacio, propia de aquel país, lozana y rica además en aquella época de primavera.

En el semblante de los soldados veíase retratada una confianza ciega, y los que no se entregaban al reposo, charlaban y cantaban al rededor de las fogatas que habían encendido, esperando a que amaneciera un nuevo día en el que conquistaran frescos laureles, salvando a Villafranca, asediada por Zumalacárregui.

No lejos, o más bien muy cerca de estas tropas, acampaban sus enemigos, bajo las órdenes del jefe carlista D. Francisco Benito Eraso. Sin los rodeos del camino y sin las sinuosidades del terreno hubieran podido avistarse los unos con los otros, pues la distancia que separa del alto de Descarga a Villarreal de Zumárraga, que era donde se hallaban estos últimos, no llega a tres kilómetros.

No ignoraban en verdad, los jefes de ambos bandos la proximidad del enemigo. El carlista quiso, empero, cerciorarse de la posición y fuerza del contrario, y con este fin destacó un escuadrón de lanceros de Vizcaya y el batallón de guías de Alava al mando todos del Bengoechea.

Tan corto fué el trayecto que tuvieron que recorrer los exploradores, que cuando menos lo esperaban se encontraron en medio del campamento contrario.

Los primeros soldados de la Reina con quienes dieron de manos a boca los carlistas, corrieron en confuso tropel hacia sus compañeros. Tropezando con éstos cayeron sobre las armas que en pabellón estaban, y apoderándose de casi todos, en estos momentos de confusión y desorden, un terror pánico, oyese el tremendo «sálvese quien pueda» que difundió, con la velocidad del rayo la alarma en el resto del ejército cristiano.

Los más serenos quisieron dar cara al enemigo, pero era tal la confusión y tan grande el desorden, que se vieron arrollados por sus mismos compañeros.

La obscuridad de la noche, aumentada por una niebla densa y húmeda, convertida más tarde en menuda lluvia hizo también que tomaran a los suyos por enemigos, y hubo momentos en que se cruzaron las armas, entre los defensores de una misma causa.

Un valiente, con las insignias de coronel, arremetió sable en mano, mezclándose desesperado entre los carlistas y batiéndose cuerpo a cuerpo con ellos.

Parecía que le importaba poco hallar la muerte, ¿qué digo? la buscaba indudablemente entre los aceros enemigos, como si no quisiera sobrevivir a aquella afrenta inesperada.

Loco, con la sangre agolpada en la cabeza, no veía ni oía lo que a su alrededor pasaba. Repartía mandobles a diestro y siniestro, sin observar que iba quedándose solo entre los suyos, y que, cual otro Horacio Cocles, tenía que luchar contra todo un ejército.

Pocos momentos después, nadie se batía allí. Ocupábanse los carlistas únicamente en prender a mansalva a los cristianos, y los restos del ejército





de la Reina entraban en Vergara, heridos y estropeados unos, y desarmados los más, y todos o casi todos apoderados de un terror pánico, consecuencia natural del desastre sufrido.

Es más de media noche, y en la eminencia en que no ha muchas horas se ha visto la alegría y la algazara retratadas en los semblantes y lenguaje de miles de hombres, y poco después se percibieran los gritos, las voces de mando, las imprecaciones y los alaridos de esos mismos hombres, reina ahora un profundo y sepulcral silencio.

En uno de los barrancos que estriba la falda de Descarga, hallábase tendido un hombre, teñido su rostro en sangre y cubierta su ropa de lodo y fango.

Cuatro horas hacía ya que se hallaba en aquella situación, falto completamente de sentido. Tal vez creyéronle muerto los que a su lado pasaron.

Hondos y ahogados suspiros y un movimiento convulsivo, dieron empero a conocer que no había volado aún el alma de aquel hombre a la mansión de los justos.

Poco después alargó los brazos tratando de hacerse cargo del terreno, y apoyándose con una mano, púsose en pie, y fijando la vista a uno y otro lado, y palpándose en todo su cuerpo, parecía querer recordar el sitio en que yaciera la causa del estado en que se encontraba, y todo cuanto pudiera contribuir a orientarle de la posición y del estado en que se hallaba.

Los últimos fulgores de una de las fogatas, que así habían servido para iluminar las escenas de broma y algazara de los soldados de la Reina, como su desorden y su derrota; los últimos fulgores, digo, de una de esas fogatas, iluminaron al rostro del coronel, que prefiriendo a la deshonra de la muerte, la había buscado inutilmente en medio de las armas enemigas.

Sacudió la cabeza para salir de su letargo y dió un paso hacia adelante, como si buscara entre el tropel de ideas que se agolpaban a su mente el medio de despejarlas.

Volvió a detenerse incierto y pensativo. Largo rato permaneció dudando el partido que debería tomar, hasta que balbuceando entre dientes—¡Sea lo que Dios quiera!—echó a andar de nuevo resueltamente hacia adelante, como si real y efectivamente supiera a donde iba, siendo así que no conocía un palmo del terreno que pisaba.

Tan oscura y negra era la noche, como negros y oscuros eran los pensamientos del coronel, y así como aquélla le hacía perder terreno, éstos le

hacían perder la serenidad y valor necesarios para caminar.

Una hora escasa, que al infeliz le pareció un siglo de largo, caminaba a tientas, tropezando a cada paso, cayendo aquí y acullá, y perdiendo progresivamente sus fuerzas, en aquella lucha desesperada.

En el momento mismo en que empezaba a rayar el día, cuando rendido de fatiga, falto de sangre y perdida la esperanza caía en tierra y se echaba en brazos de Dios, pidiéndole con todo el fervor de su alma pusiera fin a sus horribles padecimientos, creyó distinguir a corta distancia, una casita blanca envuelta entre las nieblas de la montaña, cual faro de salvación, en la borrasca porque estaba pasando.

Hizo el último esfuerzo para ponerse en pie, y con la vista fija en el punto en que aparecía la casa, sin mirar al suelo, tropezando unas veces y cayendo otras, llegó más bien arrastras que a pie, hasta la puerta de aquélla.

Quiso llamar y no pudo; quiso gritar y faltáronle las fuerzas. Hubo un momento en que creyó que había llegado el último de su vida, y cruzando las manos en el pecho, dejóse caer de rodillas en el umbral de aquella puerta, detrás de la cual había esperado el alivio a sus terribles padecimientos.

Sintióse en aquel mismo momento, el ruido del cerrojo que se descorría por dentro, e inmediatamente se abrió la puerta, apareciendo en el hueco de ella una mujer joven, robusta, con esa fisonomía de franca y agradable jovialidad, tipo esencialmente guipuzcoano.

El lector suplirá la descripción que haría, si me fuera posible, de aquel tiernísimo cuadro.

Yo me limitaré a decir sencillamente, que el hombre que hacía muy pocas horas aún había hecho frente a todo un ejército, se hallaba ahora de rodillas, implorando los auxilios de una débil mujer. Permaneció ésta muda y estática largo rato, delante del coronel, pues no podía darse cuenta cabal de lo que veía.

Por fin, la pobre aldeana dió un grito, que lo mismo podía haber sido arrancado por el terror, que por la compasión, y corrió hacia adentro llamando a alguien en vascuence.

El coronel inclinó la cabeza contra el quicio de la puerta, y permaneció en el mismo sitio y en el mismo estado; no parecía sino que estaba petrificado.

Un anciano, venerable por la edad y por la nobleza de sus facciones, apareció al poco rato acompañado de la joven. Se acercó al coronel y le dirigió algunas palabras en vascuence.



El interpelado contestó con voz ahogada, haciendo un esfuerzo sobre-humano:

—¡Sufro mucho, Dios mío, sufro mucho!

Volvió el aldeano a dirigirle nuevamente la palabra, pero no tuvo respuesta. Entonces se acercó al militar; púsole la mano en la frente, y la halló bañada de sudor frío.

El anciano comprendió que el hombre que tenía delante había perdido el sentido; le cogió en brazos con una fuerza superior a la de muchos jóvenes, dió algunas órdenes a la muchacha que se hallaba a su lado, más muerta que viva, y se encaminó adentro con aquella carga, que no parecía muy pesada para él, según la facilidad con que la manejaba.

Dejó al coronel en una silla, y mientras cuidaba de desabrocharle la levita, a fin de que respirara más libremente, la muchacha trajo un poco de agua mezclada con unas gotas de vinagre, con la cual restañaron las heridas del militar, y humedecieronle la boca que la tenía seca como un corcho.

—Me habéis vuelto a la vida

—dijo el coronel, fijando una mirada de inefable reconocimiento, en la mirada tierna y compasiva de los aldeanos.

Dirigiéronse éstos varias palabras en vascuence, y como resultado de esta conversación, sin duda, se atrevió a decir la joven haciendo un movimiento con los hombros:

—No entiendes nosotros?

—¡Oh, yo sí!—exclamó el coronel con toda la fuerza de que era capaz, cogiendo al mismo tiempo la mano callosa de sus libertadores.—¡Yo sí entiendo que os debo la vida! Yo entiendo que sois buenos ¡oh, sí! muy buenos, cuando así tratáis a un enemigo vuestro.

Los aldeanos le escuchaban, comprendiendo quizás por el tono expresivo del coronel, lo que quería manifestarles.

De aquí el que la joven llevase a sus ojos la pun-

ta del delantal, y que el anciano volviera la cara para pasarse la manga de la camisa por entre la frente y las mejillas.

Volvieron a hablarse el anciano y la joven, y salió ésta para volver a entrar a poco rato con un lío de ropa.

Solos otra vez los dos hombres, hizo el anciano que el coronel se despojara de su uniforme húmedo y enlodado, y le ayudó a que vistiera un traje completo de aldeano vascongado.

Acto continuo dióle a entender que debía echarse en la cama, y cerrando la ventana y la puerta lo dejó solo.

La fatiga de la noche anterior y las fuertes emociones sufridas, habían rendido al militar, en términos que tardó muy poco en quedarse dormido.

Algunas horas después despertó sobresaltado, acosado de un ensueño pertinaz, representación viva de todos los acontecimientos en que había tomado parte hacía poco tiempo.

Al abrir los ojos creyó ver a la cabecera de la cama dos soldados carlistas, y suponiendo que

continuaba el sueño o más bien el delirio, cerró los ojos exclamando:

—¡Siempre los tengo delante! ¡lo mismo soñando que despierto!

Abrió de nuevo los ojos al cabo de un rato, y volvieron a presentarse ante su vista las mismas figuras mudas e inmóviles como si fueran de mármol.

—¡Basta ya!—gritó fuera de sí incorporándose en la cama.—Es necesario que esto tenga fin. ¡Acabad de una vez conmigo, pero no me matéis a alfilerazos!

Los dos soldados, mozos, de estatura y formas atléticas, permanecieron sin hacer el más pequeño movimiento.

Por entre los hombros de ambos apareció la cabeza del anciano, quien articuló algunas palabras en vascuence dirigidas al coronel, pero éste no





solo no comprendió lo que le quería decir, sino que hasta dudaba fuera verdad aquella voz que creía oír.

Convencióse por fin, al cabo de un gran rato, de que estaba despierto, y por consiguiente guardado por dos soldados carlistas.

La idea de que le habían vendido cruzó por su imaginación, y en aquel momento pensó vender cara su vida. Pero hallábase tan débil que apenas tenía fuerzas suficientes para levantarse de la cama, y salir a la habitación próxima, por indicación del anciano.

Allí se encontró con una mesa cubierta por un mantel limpio, y en ella colocó la joven inmediatamente una cazuela de sopas.

El coronel se puso a comer maquinalmente; tenía verdadera necesidad de alimentarse.

Pero cuando observó que el anciano no probaba bocado, y que los dos soldados carlistas continuaban en pie a su lado, guardando el mismo sepulcral silencio de siempre, experimentó, un estremecimiento convulsivo.

Pasóle por la imaginación la idea de si tratarían de envenenarle.

La fisonomía noble y simpática del aldeano, y la franca y jovial de la joven, a la vez que cierto no se qué, digno y respetuoso en los dos soldados, alejaron de su mente aquel temor, y concluyó por desecharle como un mal pensamiento.

La comida era aseada, y aunque frugal, la más a propósito quizás para el estado de debilidad en que se encontraba el coronel. Hízola éste los honores debidos sin proferir una sola sílaba, y sin que se oyeran tampoco proferirlas a ninguno de los circunstantes.

Así que el coronel concluyó de comer, púsose en pie el anciano, y con un lenguaje expresivo y a veces con tono acalorado, dirigió a los dos soldados, que le escuchaban atentamente, apoyando sus barbas sobre sus manos, y éstas en las bocas de los fusiles, una plática que tuvo todas las trazas de una alocución verdadera.

Algunas horas después, que las pasó el coronel en medio de crueles dudas e incertidumbres, cuando ya el sol se había ocultado tras la cumbre de Campanzar, hízole entender el anciano que había llegado la hora de partir.

En aquel mismo momento volvían a aparecer en la puerta de la sala los dos soldados carlistas, como si fueran dos autómatas.

El anciano cogió del brazo al coronel, que vacilaba sobre lo que debía hacer, y le puso en medio de los dos cetinelas, señalándole con la mano la puerta de la casa.

No podía ser más clara la insinuación.

Dió dos pasos hacia adelante, pero se detuvo al observar que en un rincón del portal, se hallaba la joven clavado los ojos en él, con muda pero expresiva tristeza.

Decididamente iba a ser entregado en manos de sus enemigos, o tal vez... Irguió su cabeza, y como el hombre que ya no puede esperar ya nada de este mundo, salió de la casa con paso firme y seguro y aire resuelto; último alarde de lo que se llama valor en la sociedad.

Uno de los soldados se adelantó a ponerse delante mientras el otro se colocaba detrás.

¿Podía darse mayor prueba de que lo llevaban como prisionero de guerra?

Ya hacía rato que caminaban de este modo, y aunque el coronel hizo intención, más de una vez, de preguntar a sus guardadores a donde le llevaban, desistió inmediatamente de su intento, porque comprendía que nada adelantaba con ello, cuando era indudable que no entendían el castellano, y hasta podía creer que fueran mudos, pues no les había oído pronunciar una sola sílaba.

Durante la marcha que duraba ya una hora larga, había anochecido por completo, y hubo momentos en que el prisionero pensó en aprovecharse de aquella oscuridad para abalanzarse sobre uno de los soldados, arrancarle el fusil de improviso, y perder si era necesario su vida en una lucha desesperada.

Pero las escasas fuerzas con que se encontraba, y la idea de lo que más podría sucederle, era, que fuese a engrosar el número de los cogidos la víspera en Descarga, le hicieron desistir de aquel pensamiento.

Observaba que siempre que había un mal paso que salvar, y esto sucedía con frecuencia, pues caminaban por senderos extraviados y terreno escabroso, se detenía el soldado que iba delante, como para indicarle que tuviera cuidado donde pisaba.

—Decididamente—pensaba el coronel para sí—estos individuos quieren entregarme a sus jefes en buen estado de conservación, para que no se diga de ellos que me han cogido prisionero cuando estaba fuera de combate. Todos tenemos nuestro cachito de amor propio.

Embebido en estas ideas y en otras más tristes, tropezó con el soldado de delante que se había parado hacía un momento.

Cogióle éste por el brazo, y antes de que el coronel tuviese tiempo de volver de la sorpresa que ésta acción le ocasionaba, le dijo el carlista señalándole una masa informe que se levantaba a cien pasos de distancia:



# PARA PASAR EL RATO

## DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

### CHARADA

*Dos tres cuatro* necesita poner bajo su levita el amigo harto abordable para librarse del sable.

Si *dos tres* canta con gusto dando el *cinco* en tono justo, ni vecinos ni portera le buscarán pelotera.

El tirolés, siempre el mismo saltará más de un abismo para alcanzar la *dos cuatro* de un golpe y no de teatro.

Si llega un caso esperado está el *todo* preparado, tremolando el pabellón de nuestra heroica nación.

...

### JEROGLÍFICOS

M A

A

Septiembre

(+—s) (ñ—n)

...

### CASOS Y COSAS

Enseñando un baturro a otro la fuente del Loro, en Zaragoza, le dijo:

—*Chiquito, mía* nuestro padre Adén.

—*¡Quid!*, si es el Dios Nocturno.

—*¡Qué más dá!*; los dos fueron Apóstoles!

Un estudiante fué a bañarse al río y por poco se ahoga. Asustado del peligro que había corrido dijo a sus camaradas que juraba no volver a meterse en el agua sin haber aprendido a nadar.

Dábanle a un capitán veinte hombres para atacar un reduoto formidable.

—Si a vucencia le parece, llevaré diez solamente—dijo el capitán al general.

—¿Por qué?—preguntó éste asombrado.

—Porque es mejor que muramos once que veintiuno.

—¿Con que te quieres ir?—preguntaba la señora a su criada.

—Hoy mismo.

—¿Tan mal te tratamos?

—Yo de usted no tengo queja; ¡pero viven ustedes tan lejos del cuartel!

...

### COLMOS

El colmo de la limpieza:  
No lavarse por no ensuciar el agua.

El colmo de la fuerza:  
Doblar una esquina.

...

### CONOCIMIENTOS UTILES

**Filtros caseros.**—Hay varios modos muy sencillos de hacer un filtro. El más barato y el mejor es el que se puede hacer con una maceta de floras que esté vacía. No hay más que tapar el agujero del fondo con un pedazo de esponja y llenarla hasta la mitad con

arena y piedrecitas pequeñas de pedernal o carbón. Preparada de este modo, debe colocarse sobre una vasija y llenarla de agua que, después de pasar por entre las piedras y la esponja, irá a caer filtrada en dicho recipiente. Si se quiere filtrar mejor el líquido, puede hacerse, colocando tres o más macetas una sobre otra para que el agua se filtre varias veces

**Agua de mar artificial.**—Disuélvase en cada litro de agua de lluvia, 20 gramos de sal común, 2 gramos de cloruro de magnesio, 1 de sulfato de magnesio y unas gotas de cloruro de potasio. A esto se añaden algunos centigramos de sulfato de sosa y de cloruro de calcio y se filtra.

...

### SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

A las charadas: 1.<sup>a</sup>, Astrónomo; 2.<sup>a</sup>, Pilar; 3.<sup>a</sup>, Tomasa.

A un pasatiempo de Plinio sobre la guerra:

HUMANO  
LA  
GUERRA  
GÉNERO  
UN  
EL  
CONTRA  
ATENTADO  
ES

Ordenando las palabras como indican los números, se verá cómo se puede leer: «La guerra es un atentado contra el género humano».

Al Jeroglífico: La tela de araña.